

Sobre las elecciones: /Artigues, Bufano,

Torcuato Di Tella, Godío, Toer

Debate sobre la izquierda: Brocato, Claudín, Libertini, Petkoff

Cultura y política: Aguinis, Marimón, Ortiz, Sarlo, Javier Torre

Gramsci, razón política y modernización: Marramao, Sabrovsky

Ensayo: Otra vez las clases sociales: García

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Número 7, octubre de 1987

✱ 6.-



Después del 6 de septiembre

Después del 6 de septiembre

Memorias, premios y castigos

Para ver si algo cambia...

Sergio Bufano

Mario Toer

Dejando de lado las causas que han provocado el brusco giro del electorado cabe preguntarse cuáles serán las consecuencias de esta nueva sorpresa que se produce en el complejo historia argentina. La sociedad parece haber quedado perpleja al descubrir la magnitud de sus propias fuerzas y el severo castigo que puede proporcionar si no está conforme con el gobierno que eligió para el período anterior. Esa perplejidad es explicable por la falta de práctica en el uso de los mecanismos democráticos, hecho comprensible si se toma en cuenta que desde mucho tiempo, no hubo ninguna elección tan transparente como la del 6 de septiembre (sin estado de sitio, sin provincias intervenidas, sin proscripciones de partidos). La sociedad civil ha tomado conciencia del poder que le otorga su voto y parece dispuesta a ejercerlo sin necesidad de tutelaje alguno. Saludable tránsito hacia una democracia consolidada en donde la búsqueda del bienestar común trasciende la adhesión a siglas partidarias, caudillos y nostalgias.

No obstante, el estupeor por el resultado no obedece sólo al descubrimiento de la propia fuerza sino, también, a la memoria colectiva que trae recuerdos no siempre gratos. El primero se remonta a marzo de 1962 cuando Frainini ganó en la provincia de Buenos Aires y el corporativismo militar dispuso que se detuviera aún dentro de la voluntad del electorado. El segundo —de diferente signo—, cuando en 1973 el peronismo ganó abrumadoramente y se sumió en una fenomenal lucha por una hegemonía interna que se disputó mediante las armas.

Acercá del primer recuerdo, todo parece indicar que esta democracia —aún dentro de la inestabilidad que la caracteriza—, no sufre la amenaza de su interrupción. Independientemente de la crisis producidas por los militares durante este año —y las que sin duda se van a producir en el futuro—, existe una suerte de anticuerpo del sistema democrático, fortalecido durante esta semana —en donde también se produjo una toma de conciencia del poder de la sociedad civil—, y durante el 6 de septiembre, donde se demostró que es la sociedad la que decide quién quiere que la gobierne.

Acercá del segundo recuerdo, conviene establecer cuáles son las diferencias y las semejanzas del actual peronismo con aquel que triunfó en el '73, para poder dibujar el posible comportamiento de esta fuerza política en los próximos años.

Semejanzas

*Si se trata de nombres, Reviglio, Vannelli, Rousselot, Russo e innumerables dirigentes del sindicalismo estrechamente vinculados a ellos son exponentes de un peronismo agrio que no puede dejar de asociarse con inquietantes siglas: Comando de Organización, Guardia de Hierro, también, Tercera A.

*Si es ideología, la permanencia en una buena porción del aparato partidario de la doctrina peronista como verdad inmutable, inflexible y pretendidamente abarcadora de "lo nacional" en todas sus expresiones culturales.

*Si es política, la faccionalidad de una buena parte de sus expresiones internas que entiende la política divorciada de la ética y apela a cualquier procedimiento

El electorado ha descubierto su propia fuerza y, a la vez, parece perplejo por el resultado. ¿Qué peronismo ganó las elecciones? ¿Cuáles son las diferencias y semejanzas con el que gobernó en el trágico período 1973-1976?

—la violencia—, que conduzca al objetivo deseado.

Diferencias

*Las derrotas electorales de 1983 y 1985 fracturaron la certidumbre triunfalista. No existe ya la incondicionalidad electoral y sin ella comenzó a desaparecer la soberbia que caracterizó al peronismo.

*Ha aparecido una nueva generación de dirigentes —Manzano, Busti, Alvarez, Bordón—, que está imponiendo en el peronismo una nueva cultura política desvinculada de las prácticas de la vieja ortodoxia.

*Está desapareciendo la apelación a recursos de la mitología televisita tales como las "20 verdades", "Eva eterna", "el líder", "el propio Perón como imagen endiosada.

*La sociedad civil ha emitido fuertes mensajes de que no tolerará el retorno a viejas prácticas y el peronismo ha tomado cuenta de ellos.

*Todo esto parece indicar que el peronismo que gobernará la mayoría de las provincias y que disputará —con buenas posibilidades—, las elecciones presidenciales de 1989, ha eliminado una gran parte de los vicios que lo caracterizaron en el período 1973-1976. Es considerable el cambio manifiesto del discurso y de los hábitos en un sector de ese partido.

No obstante, creo que el voto masivo —es decir, no discriminado—, obtenido por esta fuerza, no contribuye a favorecer esa tendencia sino que —contrariamente—, puede volver a crear antinomias internas aún no superadas.

La pregunta que podría formularse es la siguiente: ¿Qué peronismo ganó? Y la respuesta que surge es inquietante: otra vez *todo* el peronismo. Parece evidente que en su afán de castigar al partido gobernante, la sociedad no distinguió entre aquellos que pujan por convertir al justicialismo en un partido democrático y moderno, de los que se aferran obsecadamente a los viejos métodos que esta misma sociedad seputó en 1983. Para todo aquel que aliente el afianzamiento del sistema democrático y consecuentemente el pluralismo político, el triunfo de hombres como Busti, Bordón y el mismo Cafrero, es una magnífica señal. Pero, ¿lectura hacer del saqueo al gobierno de Reviglio, Vannelli, Russo, y por supuesto los ya mencionados Rousselot, Russo y otros tantos?

Este resultado —repto—, tiene implícito el riesgo de cercenar el valioso proceso de castigo que se estaba produciendo. Lamentablemente, la sociedad no le otorgó al peronismo el necesario tiempo histórico para que culminara el tránsito hacia la modernización. Dicho en otros términos, el justicialismo no alcanzó a convertirse en el partido inequívocamente democrático que la Argentina necesita, sencillamente por que todavía muchos —y ellos, han sido premiados. La selección

de dirigentes —que parecía haber quedado a cargo del electorado—, estará nuevamente en manos de una interna que tendrá que decantar y gobernar al mismo tiempo. Y no será tan fácil depurar a la derecha recalcitrante y obscurantista enquistada en ese partido cuando —también ella—, ha resultado ganadora. Y aunque el peronismo, la sociedad y las condiciones políticas sean otras, la memoria no perturba: la última vez que el peronismo intentó resolver su interna gobernando fue en el 1973-1976.

Las corporaciones

Hay tres corporaciones que a mi entender han visto con beneplácito este resultado. El sindicalismo, por obvias razones de lealtad partidaria. Una buena parte de las huelgas lanzadas poco antes de las elecciones tenían como propósito provocar una imagen de ingobernabilidad para favorecer el voto opositor.

Pero hay otras dos: militares e iglesia. En tanto el resultado equiparó a todas las fracciones internas del justicialismo —aquellos que mantienen estrechos vínculos con los tres corporaciones junto con quienes desean estrechar los márgenes de maniobra de esos grupos de presión—, las corporaciones tienen capacidad ahora para elegir sus interlocutores y presionar, desde una buena posición, sobre la propia dinámica del renovadorismo.

¿Cuál será entonces el resultado? Imposible adelantar un pronóstico. Pero otra perturbación reaparece en la memoria: la posibilidad de que se intente desempolvar el viejo Ejército nacional integrado a la comunidad organizada incompatible con un estado capitalista moderno.

Con la iglesia ocurre otro tanto. Si el ubaldinismo —virgen de Itatí mediante—, prosigue gracias a este nuevo impulso su política de darle una mayor participación a los sectores más conservadores de la iglesia, ésta podrá recuperar el terreno perdido en los últimos años. Vale la pena recordar que pocas veces la iglesia fue tan marginada de las decisiones políticas como en estos últimos cuatro años.

El riesgo, en fin, es que sindicalismo y militares —que ya habían comenzado a recuperarse—, gracias a los vaivenes del radicalismo, establezcan otra vez su poder coactivo. Y que la iglesia, que no lo tenía, lo recupere.

La transformación

Ahora bien, todo parece indicar que ha sido el económico el principal —aunque no el único—, motivo del voto desfavorable al oficialismo. Si esto es cierto, el problema que se planteará en el futuro —tanto en los dos años que restan para el actual período como para el siguiente, sea quien sea el que gobierne—, es cómo resolver una crisis cuyo referente no es sólo una buena o mala administración lo-

cal, sino un mercado mundial desfavorable para la Argentina.

No existe ningún inicio de esa crisis pueda ser resuelta por una administración justicialista. Una redistribución más equitativa podría llevarse a cabo si se modificaran radicalmente las condiciones económicas mundiales, cosa que no aparece en un horizonte cercano. El justicialismo deberá enfrentarse entonces con la misma escasez de recursos con que se enfrentó el gobierno radical. Y deberá hacerlo sin tener el control de la economía nacional, por lo menos hasta el '89.

Y aún más, si en esa fecha obtiene el triunfo, sabe que se encontrará en una difícil situación, sencillamente porque no pareció haber resolución de la crisis en tanto los mercados internacionales permanezcan cerrados y el tema de la deuda externa no sea solucionado.

Ningún economista se atreverá a afirmar que la actual crisis podrá ser resuelta antes de los próximos diez o quince años. Y no existe ningún partido que —fuera ya de las especulaciones electorales—, pueda ofrecer una solución efectiva a la sociedad.

¿No hay, entonces, salida alguna?

Probablemente esa salida haya que buscarla en una transformación de las reglas de juego políticas antes que en planes económicos que ya han sido probados —y fracasados—, en todos —, con las consecuencias conocidas.

Esa alternativa podría provenir de una reforma de la Constitución que brinde la posibilidad de gobernar a los partidos representativos de la sociedad, *compartiendo* esa responsabilidad desde el ejercicio del gobierno y no dejándola librada al oficialismo de turno.

Hasta ahora, todas las propuestas electorales se han basado en planes económicos que se resumen en promesas facilistas: aumento a los jubilados, altos salarios, reducción del desempleo. Pero llegada la hora de gobernar —aún aquellas dictaduras tuvieron en sus manos todo el poder imaginable—, chocan con una realidad inmovible: la Argentina no podrá alcanzar un desarrollo económico ni siquiera modesto en tanto no se modifiquen condiciones mundiales que superan su capacidad decisoria.

Y parece que esto llenará todavía muchos años.

Conviendría orientar la reflexión, entonces, hacia nuevas formas semiparlamentarias que obliguen a las fuerzas políticas a participar como mediadores reales —y no declamatorias—, en la toma de decisiones. Se obtendría así, en primer lugar, una mayor cuota de responsabilidad de aquellas fuerzas que aún permaneciendo en la oposición están obligadas a participar en esa toma de decisiones. Y simultáneamente, se lograría evitar estos cambios bruscos que, aparentemente, reflejan a un electorado que busca soluciones definitivas e inmediatas —gracias entre otras cosas a mágicas promesas preelectorales—, pero que al ser implementadas indiscriminadamente y sin comprender que serán todas las expresiones políticas las que deberán participar de un proyecto que está mucho más allá de un período electoral, mucho más allá de un elaborado plan económico. Está en la transformación permanente de un sistema democrático que ya ha demostrado sus virtudes, pero que todavía no logra resolver el tema de la justicia social.

El desplazamiento de votos hacia el justicialismo produjo una sensación de sorpresa militar a la de 1983, esta vez de signo contrario. Con la sola excepción de Capital Federal, en algunos lugares algo más, en otros algo menos, el viraje estuvo presente desde Jujuy y Misiones hasta Tierra del Fuego. Hoy abundan las especulaciones de quienes fueron los protagonistas, quienes constituyeron ese conglomerado, que cambió el signo de la elección. El principal interrogante puede plantearse en términos de si los resultados electorales del '83 y el '85 constituyeron una excepcionalidad y hoy vuelven las aguas a sus cauces más profundos o si existe una masa apreciable de votantes que se define en términos coyunturales manteniendo una distancia significativa con las alternativas políticas hoy existentes.

La primera alternativa es la que sostiene hoy los dirigentes justicialistas. El peronismo renovado habría quitado del medio las variantes que desnaturalizaron al Movimiento y éste se reconstituye con su base histórica y en torno al 40 % de la población que sería su constituyente natural. Sin embargo, son muchos los datos que hacen pensar que esa alternativa no ha sido la dominante y que la masa de votantes plenamente identificada con las posiciones históricas del justicialismo se encuentran dispersos en todos —, de los 40 %.

La masa de "indefinidos" que surge de todas las encuestas estaría expresando esta situación, y estaría dando la pauta también de que su definición, mayoritaria por los candidatos del PJ expresa su descontento que encuentra hoy ese canal, así como en el '83 y el '85 encontró en la propuesta alfonsínista un cauce para sus aspiraciones de entonces.

En 1983, la explicación más aceptada del triunfo de Raúl Alfonsín, descansaba en 3 variantes básicas que no eran previsibles a priori según el comportamiento electoral tradicional.

1) El voto femenino, que benefició apreciablemente a los candidatos radicales sobre la base de ofrecer garantías de estabilidad ante los desbordes previsibles por parte de un peronismo en el que aparecían signos ostensibles que amenazaban reitar aspectos que habían caracterizado el período 1973-1976.

2) El voto juvenil, que se identificaba con las consignas de vida y paz que desplegaron los radicales y que después de la lucha intestina del período aludido y de heridas como las dejadas por el terrorismo estatal y la guerra de Malvinas, tenía sobradas razones para desconfiar de que el justicialismo iba a ser capaz de generar un cauce que hiciera justicia y cerrara el paso a nuevos enfrentamientos.

3) El voto de sectores de trabajadores que desconfiaban de que sus reivindicaciones fueran contempladas en el marco de inestabilidad que había caracterizado el último gobierno peronista.

No existen aún indagaciones que permitan registrar pormenorizadamente el voto en la reciente elección pero cabe pensar pocas dudas que las dificultades económicas de los sectores de menores recursos tendió a unificarlos en un voto de protesta sin los desgajamientos que acabamos de enumerar.

El resultado del 6 de septiembre podría señalar la exigencia de una sociedad que ha sido receptiva al llamado de participación. ¿Qué alternativas se le presentan ahora al radicalismo, tanto en el plano social como en el complejo tema económico?

También se puede concluir que aquellos factores que generaron dudas en cuanto a la vocación estabilizadora del PJ respecto de las instituciones democráticas, fueron en buena medida evitados. Las razones que estuvieron presentes con fuerza en el '83 y que aún no se disiparon en el '85, no gravitaron para que sectores apreciables de mujeres, jóvenes y trabajadores excluyeran la alternativa que presentaba el PJ. En consecuencia hay que evaluar como razones implicadas en el viraje producido el peso específico de la coyuntura, de la situación económica en términos generales, la situación particular de algunos sectores concretos, la situación institucional en cuanto a la perspectiva de vigencia de las instituciones democráticas.

El otro aspecto a evaluar es el grado de certidumbre existente en cuanto a que las propuestas justicialistas y los hombres que han sido electos puedan efectivamente producir los cambios que se promueven.

No vamos a abundar sobre la situación económica —resulta evidente que más allá de algunos indicios de reactivación que el gobierno pudo exhibir, la situación de

vastos sectores es difícil y que la imagen de que se vive una situación crítica es reconocida también por los voceros oficiales. Podemos pensar entonces que muchas mujeres que antes votaron por la seguridad, hoy votaron reclamando por esta situación. Muchos trabajadores que votaron por la estabilidad, hoy lo hicieron por mejoras en sus ingresos. La expectativa favorable que en el '85 supuso un Plan Austral que auguraba que la inflación se detendría, encuentra al electorado frente a los fatídicos dos dígitos que vienen a instalarse en los precios de todos los meses.

¿Jaminan los nuevos votantes al PJ que éste cuenta con una receta para modificar lo decimos que no. Los discursos de un Di Tella, un Cavallo, un Domingo y del propio Cafrero, para nombrar los que se supone "saben" de economía, difícilmente haya producido certezas en este sentido. Solo está el beneficio de la duda. Y también la notificación al gobierno de que lo predominate es el descontento que no se quiere que todo signifique como hasta ahora, que los más privilegiados sigan gozando de un espacio irrisorio

la credibilidad en este plano signi siendo expectante: "a ver que cosa..."

En el terreno de las situaciones concretas también los virajes pueden ser distintos. Lo más difícil de ponderar son los aspectos que se refieren a la vigencia institucional democrática, que se suponía que era el fuerte del gobierno radical, el patrimonio que se conserva en la figura del presidente.

¿Se voró a pesar de este aspecto o porque también en este terreno se expandieron dudas que antes no existían? Dijimos que las principales dudas habían sido dejadas atrás por la vigencia renovadora en cuanto su dirección democrática. La publicidad televisiva que se limitaba a mostrar a Cafrero junto a Alfonsín en el balcón de la Casa Rosada durante los acontecimientos de Semana Santa, resulta elocuente en este sentido. Podría decirse entonces que éste dejó de ser el handicap apreciable que diferenciaba a radicales de peronistas. Votar por el PJ no significaba subestimar la vigencia de la democracia. Significaba todo caso buscar otro cauce en su seno.

La apreciación de que las exigencias militares en cuanto a su papel en la "guerra sucia" y en cuanto al alcance de la justicia podrían haber sido enfrentados con mayor firmeza por parte del gobierno, se confirma en algo bastante generalizado y muchos de los candidatos peronistas así lo expresaron, más allá de que sus propuestas concretas pudiesen o no haber sido más lejes. En todo caso, la "obediencia debida" implicó un costo político que no se puede subestimar en lo que hace a la credibilidad del gobierno.

Tampoco en este terreno es presumible que exista una plena convicción de que los candidatos justicialistas expresan un compromiso mayor con posiciones de principio que cierran el paso a las variantes autoritarias. Se expresa aquí también en primer lugar desconformidad con la postura oficial. Nuevamente nos encontramos con un voto tentativo, que genera una nueva expectativa en el corto plazo pero que de modo alguno cierra las puertas a futuras rectificaciones.

Estamos entonces frente a una opción que sigue teniendo como principal característica una escasa adhesión a las variantes del espectro político y que privilegia las alternativas posibles en el corto plazo que ofrecen los partidos mayoritarios. Que no se identifica plenamente con la perspectiva por la que optó y que desconfió de las variantes más principales que se le ofrecían a izquierda y derecha del espectro político.

Es mucho lo que podría decirse de la conformación del espectro político actual de las dificultades que han supuesto los largos períodos de invernación para que sus perfiles sean más nítidos y para que la adhesión del electorado pudiese ser más firme en uno u otro sentido, pero trascienden los marcos de un artículo con las características de éste, que sólo pretende bosquejar la situación política desde el punto de vista electoral que se ha configurado después de las recientes elecciones.

A izquierda, en sus diversas manifestaciones, no pudo superar el techo del 8 % del electorado. La principal lección que podría extraer la izquierda, particularmente en su versión más doctrinaria del FRAL y el MAS, y en alguna medida también el disminuido PJ, en plena crisis de identidad, es que el electorado es re-



fractario a la crítica implacable. La recomposición del voto popular que consiguió el PJ no fue desde el antifascismo militante, sino por el contrario salvaguardando la figura del presidente por su reconocida significación en el proceso de democratización y solicitando del ubaldinismo una "minoría" en el movimiento huelguístico. Podemos seguir pensando entonces que sectores apreciables que se consideran de izquierda siguen optando por los dos principales partidos. Los que privilegian la consolidación de una institucionalidad democrática, por el radicalismo, y los que privilegian el protagonismo de los más necesarios, por el justicialismo. Por todas las razones antedichas es dable suponer que el PJ renovador accede buena parte de la adhesión desde esta perspectiva que le había sido esquiva en 1983 y 1985.

La derecha en algunos distritos tuvo mejor suerte. Pudo consolidar en ciertos espacios la presencia de la UCeDe, como en Capital Federal, y convocó con la imagen de un gobierno autoritario y eficiente con la figura de Bussi en Tucumán. No es novedad la debilidad orgánica de las expresiones políticas de derecha en nuestro país. También es dable suponer que su electorado potencial (que no tiene por ser menor a un 20 %) sigue optando en buena medida por los principales partidos. Una franja adherida al nacionalismo corporativo sigue viendo en el PJ un canal posible a sus aspiraciones y otro sector, sin duda más numeroso, reactivó al peronismo, lo hace por el mismo motivo que lo hizo cuando, ante el mayor énfasis de apelaciones populares de candidatos como el Changi Cáceres en Santa Fe, abandona el radicalismo para encarsarse en la Democracia Progresista liderada por el ex intendente rosarino "prodeista" Naitale o que en un distrito donde no es jefe autoridades ejecutivas como en la Capital Federal, expresa con mayor sutileza tras los candidatos en la UCeDe.

En cualquier caso, la afirmación de la presencia de la UCeDe en la Capital y en menor medida en la Provincia de Buenos Aires, resulta un acontecimiento novedoso y de varias implicancias, donde lo nuevo consiste en una mayor identificación con las propuestas y candidatos de parte de su electorado, pero que aún así, de mediar una elección que involucre la presidencia de la república y a pesar de que la derecha busque una alternativa propia para 1989, volverá a ser tironeada por la opción de quienes tienen posibilidades de triunfo.

Esta situación paradójica, en que posiciones opuestas del arco ideológico se encuentran votando los candidatos de un mismo partido, sigue tornándose ambigua la escena política, provocando la desconfianza de los jóvenes y el escaso acompañamiento de sectores importantes de la población.

En resúmenes cuentas, las elecciones de 1987, a pesar de que los dos partidos mayoritarios sumados retroceden algunos puntos, sigue poniendo de manifiesto que el electorado opta por alternativas que suponen gravitar desde posiciones de poder.

¿Qué conclusiones surgen como más ostensibles en un primer análisis? a) No se ha puesto en tela de juicio el proceso de consolidación de las instituciones democráticas; b) la proyección de la figura de Alfonsín como garante del proceso de democratización fue insuficiente para que no se manifestara el descontento por la situación económica y por lo inconclusivo del saneamiento de la deuda pública y de sus instituciones más cuestionadas.

La principal enseñanza que debiera sacar el gobierno del resultado electoral es que vastos sectores no quieren ser espectadores. Está en cuestión la modalidad de

producir hechos políticos desde la cúpula, con un escaso protagonismo de quienes quieren ser actores de los principales acontecimientos de nuestra vida política. Que las dificultades económicas podrían enfrentarse con una mayor presencia pública dispuesta a respaldar medidas estructurales de control. Que las propuestas de cambios superestructurales (convergencia, reforma constitucional, traslado de la capital) no consiguen el arraigo deseado cuando vienen de arriba hacia abajo. Que el estilo de gestar acuerdos a través de operadores que se manejan en las alturas (acuerdos con los 15, convergencia electoral) coloca a las bases, partidarias y al conjunto de la población en una situación distante y desconfiada. Que para afrontar transformaciones que permitan afirmar bases duraderas en este proceso de democratización el centro de gravedad de la gestación y consolidación de las iniciativas políticas debe situarse en las bases, entre la gente que quiere ser protagonista. Hoy al gobierno se le presentan distintas alternativas:

a) ceder a las incitaciones que vienen de la derecha y asumir plenamente el ajuste económico, renunciando de hecho a sus pretensiones de expresar a los sectores populares que se mantienen hoy, en su lugar, sin pretender introducir ninguna innovación, en una especie de retirada austera; c) convocar a los que realmente están dispuestos a encarar cambios en profundidad y con la responsabilidad del caso a sumarse a la tarea, cualquiera sea su proveniencia política y en particular a los sectores más consistentes de la renovación peronista.

Si el radicalismo se definiera por la última alternativa corre el riesgo, sin duda, de malquistarse con una franja del electorado que opta por votarlo como es la Capital Federal, pero también abriría la perspectiva de volver a aspirar al voto popular. Sabido es que jugar a dos puntas tiene las patas cortas y que a mediano plazo se pierde en uno y otro lado. Algo de eso ha comenzado a suceder.

Por su parte el PJ mal haría en considerar como definitivamente propios a tantos votos que solo le toca a probar... sin que el vínculo afectivo que los justifica sea a la antigua...

Al peronismo triunfante le caben también distintas alternativas:

a) situarse como la única alternativa política de centro izquierda (Guido Di Tella *dixit*) para las elecciones de 1989, montándose sobre el descontento social y empujando al gobierno hacia la derecha; b) acordar con el gobierno sobre puntos parciales, pero enfatizando su potencialidad de encarar en el futuro, sin compañías significativas, las funciones de gobierno y las transformaciones anunciadas;

c) participar de una convocatoria general donde la mejor de las expresiones del campo popular asuman de conjunto la resolución de las complejas tareas que aparecen en el horizonte, dejando definitivamente en el camino a las figuras y corrientes que siguen evocando un pasado que no quiere renoversa.

Como puede verse las alternativas de encuentro y desencuentros coinciden en muchos casos. Está en los principales protagonistas dar el impulso que permita la búsqueda de coincidencias. Aunque haya que bajar y dar de nuevo. El espectro político gana en claridad y será más fácil sentarse protagonista desde el ámbito de un acuerdo social que no volverá a ser instrumentado en definitiva por las variantes ordenancistas y autoritarias que mostraron su presencia en Tucumán y que, como bien conocemos, están al ascho.

Una ecuación difícil

Javier Artigues

Los agraces frutos que en septiembre cosecharan las propuestas de izquierda abren interrogantes respecto de la capacidad de construir una alternativa

Los escasos dos mil votos obtenidos por la izquierda sanjainiana en las elecciones de esta franja que a magna cosecha electoral que se diera a la poire en los pasados comicios del 6 de septiembre. Domingo de elecciones en el cual reapareció, como de costumbre, el iciebere contra el que chocan todas las fuerzas que desde este sector del arco político suelen presentarse bajo variados siglas.

Resulta conveniente intentar separar la paja del trigo a fin de indicar, en primer término, quienes estarían o no comprendidos en esta área. Desde este inicial punto comienzan a formularse preguntas tales como, por ejemplo, si puede incluirse dentro de la izquierda al Partido Intransigente. Resulta evidente que, en principio, no estaría cuanto menos un acto temerario, puesto que tanto por su origen como por sus prácticas, aparece en todo caso como un vertiente más del "campo nacional y popular", informe espacio donde confluyen peronistas de toda extracción, radicales, peronistas forjistas y, entre otros, ex izquierdistas entendiendo hoy, en causas irreductibles —especie de AD-Annuncios a la crisis—. Similar a lo señalado respecto del PJ le cabría al PVR, donde junto al cuestionado FC venaludo aparecen sobre el escenario peronista revolucionarios (?), seguidores de personaje más reciente y un planteamiento final de una serie de ignotas agrupaciones.

Los 750.000 votos conseguidos en la referida ocasión, dejan al conjunto de la izquierda con un causal menor al que logra la UCeDe —900.000 sufragios y el 5,7 % contra el 5,4 % de aquella. Es decir, con menos voluntades que las conquistadas por uno de los partidos de la derecha local, peojo aún con relación al peronismo (41,5 %), o al radicalismo (37,3 %).

De forma tal que este país aparece, como tantas veces, ante el mundo menor de izquierda, "privilegio" que comparte con un restringido número de países como el Paraguay o los Estados Unidos. Con la diferencia de que en el primero sobrevive todavía una larga y cruel dictadura, y en el segundo, al menos, los izquierdistas influyen —de manera no desdeñable— en las esferas de la cultura.

Más allá de los datos que reflejan que sólo la vigésima parte del electorado vota su preferencia entre las distintas listas de izquierda, es evidente que otro sector potencialmente votante de izquierda fácilmente —no mensurable— optó por abrirse del abanico que se le presentaba.

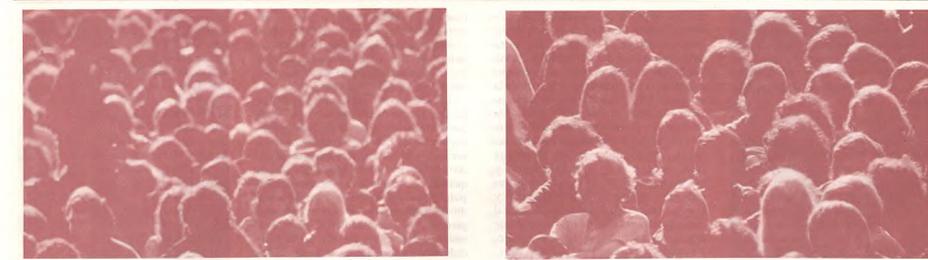
A quienes decidieron sufragar por el radicalismo, no sólo le atribuyen, desde el momento, razones tales como la gobernabilidad en estos tramos de transición a la democracia o, por último, como "mal menor", habría que agregarles aquellos otros —menos, seguramente— que tras la consigna del "voto-castigo" terminaron con un "voto-harajiri" al haberse dejado arrastrar por el encanto de sirna proveniente del maquillaje "renovador" que ha pretendido ocultar el rostro de una fuerza de conocida vocación izquierdista; fuerza que recibiera el abierto y paupérrimo aporte de las buesnas de la "izquierda nacional" y del maesta Partido del Trabajo y del Pueblo (PTP).

La incapacidad que se puso de manifiesto al no haber podido sino de algunos estratos en esa franja que a magnas voluntades depositó en las urnas otras papeletas, habla de una crisis que no por reiterada debe dejar de causar asombro. Al confusiónismo en las propuestas que muchos exhibieron, se añaden las imágenes que durante la campaña presentaron candores de metal, el apuro por el cambio no deseado, como ser el caso del ex-DC, ex-PJ, hoy Idepo (FRAL) Néstor Vicente, o a un Luis Zamora tentando suerte en otro distrito por el cual dos años atrás disputaba —vejea y no perdida costumbre conservadora, cosa Luder (PJ).

De los resultados se desprende que dos de las alternativas al sistema venaludo al igual crecimiento con relación a las elecciones de 1983 y de 1985: la Unidad Socialista y el MAS. Esta última agrupación, de orientación trotskista (como el Partido Obrero) pasó de 56.027 votos (0,4%) en el 83 a 227.326 (1,4 %) del pasado 6 de septiembre. En su cargo está el levanido del cual electoralmente no se alcanzó al MAS para encumbrar a alguno de sus candidatos al Congreso, legislaturas provinciales o al Concejo Deliberante porteño; representación institucional a la que tampoco pudieron arribar el PC —174.015 votos (1,1 %) en 1983, 350.816 (2%) del FREPU COMAS y 274.998 (1,4 %) del FRAL (PC-PH) en 1987—, el 77- el PO —17.688 (0,1 %) en 1983, 47.619 (0,3 %) en 1985 y 42.679 (0,2 %) en 1987—.

Alentador resultó el panorama para la Unidad Socialista que, a pesar de la humilde campaña electoral que efectuara, cosechó 235.525 voluntades (1,4 %) —105.247 votos (1 %) en 1985— cuando se constituye —que la coloca como quinta fuerza en el país, detrás del peronismo, la UCR, la UCeDe y el PJ, y primera en el ámbito de la izquierda. Esta alianza que conforman el Partido Socialista Democrático y el Partido Socialista Popular con el objeto de ocupar el espacio que deja vacante, al dividirse, casi treinta años atrás el histórico PS, logró ciertos progresos en distritos como Santa Fe donde de 99.721 votos (6,9%) en 1985 ascendió a 123.923 (8,1 %) del pasado septiembre; guarnición que le permitiera al socialismo, luego de los dos años, regresar al Congreso con una banca por dicho provincia, en la cual, a su vez, incrementó a cuatro el número de sus representantes ante la legislatura. Y, asimismo, en el orden municipal, revalidaron sus títulos como contenidos los de Zárate (Buenos Aires) y Monteros (Tucumán) —integrantes del PSD—, así como el de la legislatura municipal de Hernando (Córdoba). Ouedando pendiente la suerte que habrá de correr la alianza en las elecciones municipales santafecinas, convocadas para noviembre próximo y donde se pondrá en juego la intendencia de la localidad de Casilda, obtenida por el PSP en 1983.

Cerrado el balance, resta aguardar si existe suficiente capacidad para modificar un discurso y un accionar políticos hacia, a la izquierda del populismo, permita vehicular una alternativa que deje de ser en sí misma otra de nuestras utopías.



Después del 6 de septiembre

Bipartidismo e izquierda

Julio Goglio

Lo más significativo de las elecciones del 6 de septiembre no es la derrota del radicalismo sino el hecho de que ningún partido logró la mayoría absoluta, afirma Goglio. Y lo explica.

Las elecciones del 6 de septiembre han sido analizadas por analistas y dirigentes políticos desde dos perspectivas importantes. Una perspectiva se afina en los resultados cuantitativos de la elección y su incidencia en la relación de sus fuerzas entre los partidos; en este análisis obviamente se pone el énfasis en la derrota electoral de la UCR; la rápida recuperación y victoria del PJ, el relativo avance de la UCeDe en la Capital Federal y por último la raquítica votación de la izquierda tradicional. Otra perspectiva se centra en la composición de los 600.000 votos de ventaja del PJ sobre la UCR (6.600.012, el 41,5 % de los votantes para el PJ: 5.948.610, el 37,9 % de los votantes para la UCR, todos por diputados); existen opiniones preponderantes que provienen principalmente de anteriores votantes del PJ, desplazamiento de votantes perifericos de la UCR hacia el PJ y de gran parte de jóvenes votantes nuevos.

En lo que se refiere a las causas del resultado electoral hay explicaciones sumamente variadas: para la UCR, se trata de un voto adverso de "advertencia"; para la izquierda tradicional, que busca deseperadamente aparecer recompensada de alguna manera por su descalabro, se trata de un voto "castigo" a la UCR, coincidiendo con la UCeDe, que también comparte la naturaleza punitoria del voto en tanto la UCR no aplica la "economía política de mercado" sustentada por Alsogaray; por último para el PJ se trata de una "voto esperanza", en tanto el resultado expresaría que una gran parte de la población, especialmente los asalariados, no se resignan a una democracia socialmente injusta y adelanta un eventual triunfo del PJ en las elecciones presidenciales de 1989.

Algo es evidente: en 1983 una abrumadora mayoría de votantes optó por la UCR y Raúl Alfonsín, porque el discurso de ese partido y ese candidato se correspondió con el reclamo mayoritario: instalación de una democracia política, restablecimiento del tejido social democrático, relaciones internacionales pacíficas; ahora, en 1987, continuando la tendencia presente en las elecciones de 1985 (renovación parcial de las cámaras de Diputados y Senadores), en el centro de la demanda de los electores ha estado presente la situación económica. Por eso una mayoría votó por la "justicia social" reclamada por el PJ o por una "economía liberal" reclamada por la UCeDe y otros partidos de derecha.

Todos los datos precedentes dan cuenta de un desgaste del gobierno radical: ese desgaste tiene su eje articulador en el fracaso del Plan Austral para detener la inflación, eje alrededor del cual se suman otros factores adversos de orden político y económico-financiero, como son su crítica política con las FFAA que con el duto a la ley de obediencia debida, un tratamiento desprolijo en materia de participación de las provincias en los ingresos fiscales, la caída del salario real y la alta tasa de desocupación y subocupación y la inseguridad personal. Pero todos esos datos y explicaciones no dan cuenta de lo que más saliente que presenta esta elección: ese hecho no reside en la derrota de la UCR, reside en que en estas elecciones lo más significativo es que nuevamente ningún partido logró la mayoría absoluta.

Por qué es tan importante que en estas elecciones ningún partido haya obtenido la mayoría absoluta? Porque en cualquier país en el cual el comportamiento electoral tiene a fraccionarse en minorías graduales y desplazamientos electorales es necesario un mecanismo compensador que provenga del sistema político. Y, en Argentina, de lo que carece este régimen democrático instalado en 1983 es justamente de un sistema político que lo sustente: este sistema para el caso argentino no puede ser otro que un sistema bipartidista no excluyente articulado alrededor de la UCR y el PJ.

Para los dirigentes peronistas el sistema político con la justicia social, para los radicales esta todavía inmaduro para captar la inviabilidad del populismo, para la izquierda tradicional es un país conservador y el movimiento obrero ausente la "ideología burguesa del peronismo". En verdad, quien está en mora es la elite política progresista del país para comprender que no es lo mismo régimen democrático (establecido por la Constitución nacional) que sistema político real.

Es cierto que para los peronistas su dificultad para impulsar el bipartidismo proviene de sus antiguos vicios corporativistas, que lo conducen a subsumir la democracia política en un acuerdo efectivo entre los "factores de poder". Esta concepción dificulta el diálogo con la UCR y otros partidos. Es también cierto que en el radicalismo predomina una concepción pseudo-rousseauiana de la democracia política. Esta es concebida como suma de voluntades ciudadanas, lo cual termina en la ficción de un poder puramente formal (gobierno) aislado de los agrupamientos sociales (partidos, sindicatos, movimientos sociales, etc.). Esa diferentes valoraciones de lo político han tenido trágicas consecuencias en el pasado al impedir la constitución de un sistema político estable. Ello ha permitido sucesivos golpes de estado por la derecha liberal y nacionalista (1955, 1956, 1966, 1976). Pero, luego de la última dictadura militar torrista (1976-1983), es hora que se haga el aprendizaje, porque de lo contrario este país en decadencia puede desembocar en un nuevo golpe cívico-militar "restaurador", que dará comienzo a una noche aún más larga que la vivida entre 1976-1983. Entonces de lo primero que es necesario lamentarse en 1987 es que no haya tomado desde 1983 un gobierno de coalición con eje en la UCR y el peronismo. Argumentos no faltan para explicar esta ausencia. Pero lo cierto es que con un gobierno de coalición hubiéramos tenido un plan económico compartido, las juntas militares hubieran tenido un juicio político a la griega (es decir por culpables de "dictadura" y como correlato por genocidio, y no el embrollo de los juicios civiles por crímenes aberrantes); la democratización sindical hubiese seguido un camino más lineal con los "25" y no en el género fútbica de la ley Mucci y otros desvarios. Los aspectos positivos (Beagle, distensión en Malvinas, cultura democrática, divorcio, etc.) se hubieran articulado en un programa global compartido.

explicar algunas desprolijidades. Justamente esas desprolijidades han existido y pueden acutarse si se insiste en la suicida actitud de no afrontar el problema de fondo: necesidad de producir un "shock político-cultural" y dar nacimiento al sistema político bipartidista.

Es cierto que estamos a dos años de elecciones y por ello es tarde para un gobierno de coalición. Pero también es cierto que estamos en una situación políticamente peligrosa: por un lado la UCR controla al PJ, pero ha perdido el control de las cámaras y de 16 distritos electorales (provincia) sobre 24, entre ellas la decisiva provincia de Buenos Aires; por otro lado, el PJ debe gobernar en provincias y ser al mismo tiempo oposición, todo dentro de un estilo que le garantice una imagen de partido confiable y superar definitivamente los recuerdos negativos de 1975-1982. De manera que la situación objetiva impone a ambos partidos a cogerse del brazo.

A cuatro años del restablecimiento de la democracia política es necesario no olvidar ni un instante que en este país la derecha liberal y nacionalista no ha tenido que por aceptar la vigencia del régimen democrático y mucho menos superado su tradición autoritaria. Estos "vicios" de la derecha argentina no son casuales sino que responden a un comportamiento político esbozado desde 1916, cuando perdió para siempre la posibilidad de gobernar sólo por "vía de las urnas". Desde entonces ha aplicado una táctica permanente: reconquistar el poder por la fuerza. En Argentina, la democracia política no será garantizada mientras que la derecha político-militar-empresarial mantenga viva la seguridad de que una confrontación irracional radical-peronista conduce al país al "caos". Entonces reaparecerá con su verdadero rostro autoritario para restaurar el orden y esta vez posiblemente con un abierto perfil pinochetista.

La derecha argentina es soberbia y desprecia a radicales, peronistas, intransigentes, etc. Piensa que los volteos con cuantos escopetazos y no está lejos de tener razón, si nos atenemos a la experiencia histórica. Pero necesita condiciones políticas favorables, esto es un cierto consenso social y el apoyo de sectores de ambos partidos. Como es bifronte hoy trabaja en varias direcciones: por un lado la UCeDe (y sus aliados) tienen de formar un polo opoitor "neoliberal" con la UCR y el PJ, pero por otro trata de atraer a la UCR para un eventual frente anti-peronista en 1989; desde otro ángulo, sectores nacionalistas de las fuerzas armadas, con el apoyo de obispos ultramontanos

consolidando vínculos con sectores ortodoxos semi-desplazados del peronismo; por otro lado el terrorismo pamfilista de derecha persiste... ¿Es necesario ser ciegos, sordos o ingenuos para no ver ese incesante proceso de reactivación de la derecha tradicional?

En los últimos números de La Ciudad Futura se viene desarrollando un intercambio de ideas sobre las perspectivas de la izquierda en la Argentina. Creo que es posible vincular ese debate con este artículo, en tanto es posible que en este país no haya posibilidad de una alternativa de izquierda si no se asumen dos tareas simultáneamente: aportar a la construcción de un sistema político estable que instale gobernabilidad en el régimen democrático y trabajar arduo y firmemente para instalar en la sociedad civil y en la sociedad una nueva cultura política que permita hacer consistente la causa fundamental que ha conducido al país a la decadencia y al pueblo trabajador a la frustración, pesimismo e incredulidad.

La izquierda tradicional argentina es revoltosa pero primitiva. Es primitiva porque su marginamiento histórico desde 1945 de la cultura política nacionales ha reforzado su dogmatismo: subsisten como sectas, con normas de agrupamiento que lejan a los políticos de masas y más cercanas a las normas de lealtades y jerarquías de la familia extensa descrita por la antropología clásica. Como esta compuesta por personas que tienen ideales de redención social es persistente y activa. Pero es sólo revoltosa porque no sabe disputar el poder; como escribiera Machiavello "El príncipe debe temer el miedo de los revoltosos, salvo que estén cerca del pueblo o de los poderosos". Nuestra izquierda, perseverante e idealista, ni está cerca del pueblo ni de los "poderosos" (en este caso, qué otros que las fuerzas armadas).

Sin embargo, en Argentina hay una izquierda posible. Esa izquierda es viable en tanto se vayan produciendo acercamientos e intercambio de opiniones en

tre grupos políticos que dentro del peronismo, radicalismo, intransigentes, socialismo, cristianos y otros, se vayan perfilando un estilo de pensar la política como una síntesis de las prácticas populares cristalizadas en culturas políticas desde la perspectiva histórica del mundo del trabajo: izquierda es por eso sinónimo de síntesis de aportes del liberalismo popular radical, del nacionalismo laborista peronista, de la cultura católica progresista, como institución de cohesión nacional e identidad social; de las culturas políticas regionales como articulados del pueblo y el estado nacional, de la tradición sindical como herramienta de democratización de la economía y humanización del trabajo, los nuevos movimientos sociales (derechos humanos, feminismo, ecologismo, etc.). Esa síntesis puede producirse si el eje social articulador es el mundo del trabajo y el proyecto un modelo abierto de socialismo plural.

La Argentina es —metafóricamente— la Australia que no fue. Eco ya lo conocía Jauretche, que comprendió como pocos que la causa principal que nos condujo a la decadencia es que en 1930 la salida de la crisis debió haber sido el pasaje de una economía laudista agro-exportadora a una economía agroindustrial integrada. Esto también lo atizó Juan B. Justo. Pero lo que sucedió fue en cambio el montaje de una industria de sustitución de importaciones "paralela" al sistema económico agro-exportador. El malentendido histórico no pudo ser resuelto por el peronismo porque éste heredó los primeros resultados del proceso de sustitución de importaciones y no se basó en el papel del Estado para entrar en un modelo superior. Ser de izquierda quizá sea pugnar por reinstalar la racionalidad histórica que nos condujera a dinamizar un modelo de economía moderna integrada y de propiedad mixta, políticamente plural y socialmente justa. ¿No será esto nuestro "socialismo a la argentina"?

Una nueva sociedad y una nueva economía sólo serán viables por voluntad mayo-

ritaria del pueblo. De allí la importancia sustancial de la democracia política como el único ambiente posible para que un país plural que se acercó tanto a ser una sociedad moderna, pueda hacer efectivamente real tal posibilidad histórica.

Las elecciones del 6 de septiembre pueden ser un punto de arranque hacia ese conflicto crucial de la historia argentina, que debió haberse comenzado a resolver hace diez años atrás, y que fue aplazado por un lado por el enfrentamiento de izquierda convertido en terrorismo antipolítico y por otro por el terrorismo de estado. La larga marcha se detuvo entonces, pero sólo por siete años. En 1983 recomenzó nuevamente. De allí que lo especialmente importante en estas elecciones no sea tanto quien ganó, como si esas elecciones contribuyeron a volver consciente la necesidad de articular un sistema político estable, como condición fundamental para la supervivencia de la democracia política. Por eso, una tarea que hoy debería acercarse a grupos de distinto origen político e ideológico es retomar la idea de la UCR: nuevas fuerzas de reforma a la Constitución nacional. Sacando del poder exabruptos como la reelección presidencial, nostálgicas vueltas a la Constitución del 49; lo esencial es acordar una constitución simple y no reglamentarista que prefigure una nueva sociedad civil y política para el país: sistema semipresidencialista, primer ministro, transformación del senado en representación de provincias/regiones, democratización de la gestión económica, perfil abierto de una economía mixta-integrada, reforma militar, derechos del mundo del trabajo, divorcio, etc, son, entre otros, temas centrales. La desconfianza liberal argentina se agona a la reforma constitucional porque sabe que, como ocurrió en las reformas provinciales sucedidas entre 1985-1986, privarían propuestas renovadoras. Es que la sociedad política argentina es potencialmente renovadora.

En las elecciones del 6 de septiembre presentaban todavía un cuadro político complejo. Por un lado el pe-

ronismo muestra el lado positivo de su renovación política hegemónica y se observa una creciente búsqueda de colaboración con la UCR. Por otro lado el PE es ahora más homogéneo y el presidente Alfonsín ha planteado la absoluta necesidad de llegar a compromisos con la oposición. Pero en el justicialismo han aparecido algunas voces de triunfalismo revanquista. A su vez, la UCR muestra con nitidez que es todavía un partido electoral subsuimido en el gobierno y sin autonomía partidaria. No cabe duda que estos partidos deberán resolver luchas intestinas y superar todavía tradiciones políticas excluyentes. Las elecciones del 6 de septiembre deberán servir para que en esos partidos se consoliden actitudes racionales y renovadoras.

Otro asunto de vital importancia es que la sociedad civil, ante la todavía ausencia de una auténtica decisión de las FFAA de integrarse en el sistema democrático, debe hacerse cargo también del asunto militar. La reforma militar es importante, pero no basta: la sociedad civil debe afrontar el problema convocando a oficiales y suboficiales a "salir a la calle" uniformados. No es posible seguir haciendo lo del avestruz —es decir preferir que se queden en los cuartos— porque esoacentúa la paranoia militar. Es necesario que los ciudadanos desarmados convivan en la calle, en el restaurant, en el cine, con los ciudadanos de uniforme.

¿Pero qué ocurre con los que se quedan fuera del bipartidismo? En realidad nadie que sea inteligente quedará fuera si acepta por un lado que el 80% es PJ o UCR y que es necesario vivir esa realidad como suya y aportar sin sectarismos a la renovación de esos partidos, y si capta que ninguno de esos partidos podrá gobernar sólo y que serán necesarias las más diferentes alianzas. Si el sistema político se consolida quedarán fuera la derecha ultranortista y los "revoltosos". Estos últimos seguirán siendo, pero poco a poco pueden volverse más comprensivos, si aspiran a que el Príncipe se vea obligado a tenerlos en cuenta.

En las elecciones del 6 de septiembre presentaban todavía un cuadro político complejo. Por un lado el pe-

ronismo muestra el lado positivo de su renovación política hegemónica y se observa una creciente búsqueda de colaboración con la UCR. Por otro lado el PE es ahora más homogéneo y el presidente Alfonsín ha planteado la absoluta necesidad de llegar a compromisos con la oposición. Pero en el justicialismo han aparecido algunas voces de triunfalismo revanquista. A su vez, la UCR muestra con nitidez que es todavía un partido electoral subsuimido en el gobierno y sin autonomía partidaria. No cabe duda que estos partidos deberán resolver luchas intestinas y superar todavía tradiciones políticas excluyentes. Las elecciones del 6 de septiembre deberán servir para que en esos partidos se consoliden actitudes racionales y renovadoras.



Al final, 16 puntos porcentuales votaron a la UCR, dejando sólo a 3 bajo banderas partidarias propias. Todo esto se resume en las dos primeras columnas del cuadro siguiente:

Table with 5 columns: Party, 1973, 1983, 1987, and an unlabeled column. Rows include Justicialistas y aliados, Peronistas, Radicales y aliados, etc.

No se ha incluido a ningún sector inactivo en estos totales, no porque no los hubiera, por supuesto, sino porque en el momento de la verdad tuvieron que votar por alguien. Lo que se intenta es rastrear sus comportamientos anteriores para tener alguna idea de sus preferencias. En este análisis se supone una permanencia de ciertos porcentajes que es solo una primera aproximación a la estructura de actitudes distribuida en el electorado argentino. La justificación de este enfoque es que no hay otro disponible con los datos existentes, salvo el se opta por dar demasiado crédito a encuestas que sólo reflejan a partes del electorado, y además con bastante divergencia entre unas y otras.

La gran alquimia electoral de Alfonsín consistió en ir sumando a su 21% inicial ciertos aportes de izquierda. En una primera etapa incorporó a una buena parte de ese total izquierdista que hemos estimado, y que daba entre los incorporados al FREJUPE y los independientes un 19%. Dentro de la izquierda, claro está, se incluye no sólo a los de convicción marxista sino también a los de orientación reformista o cristiana, o meramente pragmática. Alfonsín, de esta manera, ante la opinión pública se veía como potencialmente dueño de alrededor de un tercio del electorado, con lo cual debía enfrentarse a un peronismo que, perdiendo a sus aliados de izquierda, era previsible que cayese de sus talones. En esta primera etapa, Alfonsín se convirtió en posible polo antiperonista, lo que le valió el apoyo de la gran mayoría del centro derecha, nacional o provincial, con lo que superó el 50%. Ese centro derecha que votaba independientemente había tenido 20 puntos porcentuales en 1973, y bajó a 5 en 1983; los restantes 15 aflojaron a Alfonsín. De la izquierda,

centro derecha y provinciales que alcanzaron el 13%. Suponiendo que el total con preferencia clara de centro de derecha en esta etapa histórica del país, permanece en el 70% alcanzado en 1973, resulta que todavía un 7% queda en el radicalismo, directamente votando por Alfonsín, o por partidos coaligados en la Convergencia. No se está suponiendo aquí que ese aludido 20% es el techo máximo que puede aspirar la derecha en la Argentina. Es simplemente una estimación de las preferencias y raíces actitudinales del electorado en la situación actual, que por cierto pueden gradualmente ir cambiando. Lo mismo ocurre para la izquierda, y para los "peronistas clásicos" o "radicales netos". Pero por el momento fijamos en el tiempo las preferencias, para estimar las relaciones entre actitudes básicas y voto partidario.

En cuanto a la izquierda que vota por sus propios partidos, después de la gran recuperación de 1985, bajó bastante (de aquí máximo de 11% a un 7%); pero se mantuvo por encima de lo alcanzado en las presidenciales. Contrastando los dos puntos extremos correspondientes al actual período constitucional, o sea 1983 y 1987, como se ve en el cuadro, hay un aumento de la izquierda que vota a sus propios partidos, desde el 3 al 7%, lo que obviamente se ha conseguido a expensas del alfonsinismo. Para llegar al 19% que era nuestra estimación de la fuerza total de la izquierda desde 1973, quedan 12 puntos porcentuales, que deben haber ido en parte al peronismo renovado, quedando los restantes en la UCR. Lo que ha ocurrido es que el peronismo ha conseguido tener su progresiva fragmentación o debilitamiento, fantasma muy real en las elecciones intermedias de 1985, y ha comenzado a reconquistar una parte de sus antiguos aliados de izquierda, aún cuando adoptando estas actitudes bien distintas a las que existían que se venía en 1973.

¡Vengan de nuevo las cifras del cuadro, para tratar de establecer algunas conclusiones!

(i) el radicalismo, a pesar de su actual-

descento, ha quedado claramente por encima de su caudal histórico de las últimas décadas. Para pasar de su tradicional cuarto del electorado a este más de un tercio precisa haber englobado a trozos de la izquierda, la derecha y el peronismo, aunque de éste lo que sacó es más bien el sector orientado a la izquierda; las "clásicos" que puede haber incluido en las presidenciales los perdió sin duda ahora.

(ii) el peronismo, manteniendo su base del 40%, sumó ahora por lo menos 3% de izquierda que figura en el cuadro. De hecho, debe haber algo más de izquierda en ese monto, puesto que los 40% "clásicos" incluyen a ciertos componentes de derecha que han abandonado ahora las banderas justicialistas. Pero aunque a nivel de ciertos dirigentes e ideólogos esta purga es importante, es más difícil estimar su impacto a nivel de votos.

(iii) la izquierda que en las presidenciales de 1983 se había nucleado casi totalmente en el voto alfonsinista, ahora en su mayoría ha emigrado, sea a posiciones partidarias propias, o al justicialismo.

(iv) la derecha, después de haber aportado al voto alfonsinista en 1983, ahora se ha liberado, refluendo a troncos partidarios propios, en mayor grado que la izquierda, que experimenta el polo de atracción peronista.

De las cuatro familias ideológicas políticas señaladas, la más homogénea, ya avanzada la renovación, es el peronismo, a pesar de algunos baluartes provinciales y sindicales que aún quedan sin ser tocados por los nuevos aires. Los pies de barro del movimiento, sin embargo, están dados por su masa "inflexible" de electorado de bajo nivel educacional, a la que incorpora con símbolos y recuerdos de una conducción carismática que debe transformarse para seguir siendo eficaz. Una opción que tiene es seguir renovando a fondo sus estructuras, lo que lo haría atractivo para buena parte de la izquierda, pero puede hacerse



perder amplios sectores provincianos de conducción caudillesca. La alternativa, de procurar reagrupar a todos sus elementos clásicos, moderando las innovaciones, implica un cierto inmovilismo, un persistir en quedarse aislado del resto de la opinión pública nacional. Y las condiciones de la Argentina actual ya hacen difícil mantener mayorías sólidas sobre esa base tradicional. Inspirándose en la fraseología del General Perón, al tablón de 40 centímetros que tiene Caferro le hace falta agregar otro de por lo menos 10 o 15 cm., para pasar la zanja del 50% y establecer las bases de un gobierno justicialista eficaz.

La tradición radical es la más heterogénea, sobre todo medida a nivel de sus electores, no tanto de sus activistas o dirigentes. Una convergencia de familias ideológicas tan diversas parecía ser viable sólo como respuesta a una crisis muy aguda, a una transición como la que se vivió en 1983. La tradición se precisaría recrear condiciones de polarización para volver a ganar votos. Es muy difícil, por otra parte, ganarios en la izquierda; más tentador, y más probable, es recuperarlos en la derecha, por reflejos antiperonistas.

En cuanto a la derecha, ha conseguido un importante núcleo de integración en la UCD, aunque para aliarse con los demás sectores de orientación federalista va a tener que superar su ideologismo. No es imposible, de todos modos, que esto ocurra, sobre todo si no se da el reagrupamiento alrededor del radicalismo como "mal menor".

La izquierda, después de la debacle de su intentado polo intransigente, está en una condición de extrema y pareja fragmentación en cuatro sectores casi iguales, los intransigentes, los socialdemócratas, los trotskistas y los comunistas. Si esto no cambia, los días de la izquierda como opción sería estántes, y la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo de crecimiento propio, como lo ha hecho la derecha. Es verdad que no existen indicios de que esto esté por hacerse, aunque la atracción hacia el peronismo va a ser imparable, a pesar de los reparos ideológicos. Para sobrevivir como opción la izquierda precisa volver a generar un polo

Conversación con Héctor Polino

El cooperativismo: una opción para salir de la crisis

Gustavo Merino

¿Qué fenómenos se están desarrollando en el campo cooperativo?

El primer fenómeno que se advierte es el del crecimiento y desarrollo; nunca antes el país verificó un avance tan significativo desde el punto de vista cuantitativo y cualitativo como ahora. La constitución de más de 2500 nuevas entidades en 3 años y medio de gestión, es una cifra récord, frente a las 4000 cooperativas existentes el 10 de diciembre de 1983. Nunca antes el país conoció un crecimiento tan acelerado en tan poco tiempo. El ritmo de crecimiento se ha incrementado aún mucho más en los últimos meses, marcando una tendencia que es altamente positiva.

El segundo fenómeno es el de la ampliación del campo de acción concreto del movimiento a actividades inimaginables hasta hace poco. La constitución de cooperativas de trabajo de discapacitados, físicos y mentales; la constitución de cooperativas de trabajo de discapacitados, físicos y mentales; la constitución de cooperativas de exportación de pequeños y medianos empresarios industriales; la constitución de cooperativas de trabajo de la industria electrónica, informática y de telecomunicaciones; la constitución de cooperativas de provisión de feriantes de puestos municipales; la constitución de cooperativas de provisión de servicios a taxistas para llevar a cabo un programa de transporte oficial, en reemplazo de los vehículos oficiales; la constitución de cooperativas de provisión, para llevar a cabo la insembración artificial de animales, etc.

El tercer fenómeno es el avance en el campo de la integración horizontal y vertical no sólo institucional, sino fundamentalmente en el campo económico del movimiento cooperativo de nuestro país. Se han iniciado hitos y avances con movimientos cooperativos de otras partes del mundo, Uruguay, Brasil, Japón, Suecia, entre otros completa un panorama auspicioso de nuevos e importantes emprendimientos.

El cuarto fenómeno es el avance de la educación cooperativa en escuelas, colegios y universidades impulsada por el gobierno nacional, los distintos gobiernos provinciales e incluso municipales.

El quinto fenómeno es el desarrollo de las cooperativas escolares, formadas por los alumnos de nivel primario y secundario, como un nuevo método pedagógico que nos permite y nos ayuda a hacer prácticas de la democracia, la solidaridad, el humanismo y la participación. Varios centenares de cooperativas escolares se han constituido en los últimos tiempos, sobre todo en el interior del país.

El sexto fenómeno es el interés creciente que se observa entre los maestros y profesores por estudiar y comprender la capacitación cooperativa, organización por las áreas educativas del nivel nacional, provincial y municipal, por la Secretaría de Acción Cooperativa y por distintas entidades solidarias de primer y segundo grado.

El séptimo fenómeno es la realización cada vez en forma más numerosa de seminarios, mesas redondas, congresos, debates, encuestas, etc., organizados por universidades, facultades, asociaciones de Profesionales, y el propio movimiento cooperativo, sobre temas jurídicos, contables, económicos, impositivos, financieros, vinculados al universo cooperativo.

El octavo fenómeno es la creación en distintos congresos deliberantes del inte-

El avance del cooperativismo en los últimos tres años ha sido notable, afirma Polino. El desarrollo de este sector de la economía social, dice, permite la emancipación del hombre de todo tipo de explotación y eleva su calidad de vida.

rior del país, de comisiones vinculadas al tema cooperativo, como así también la creación en distintas municipalidades, dentro de los departamentos ejecutivos, de organismos de distintos niveles: departamentos, direcciones, subsecretarías y de telecomunicaciones; la constitución de cooperativas de provisión de feriantes de puestos municipales; la constitución de cooperativas de provisión de servicios a taxistas para llevar a cabo un programa de transporte oficial, en reemplazo de los vehículos oficiales; la constitución de cooperativas de provisión, para llevar a cabo la insembración artificial de animales, etc.

¿La participación es sólo privada o también estatal?

Fundamentalmente privada. El gobierno alimenta el desarrollo cooperativo; creó la Secretaría de Estado de Acción Cooperativa; puso en funcionamiento por primera vez en toda la historia del país el estudio de un Plan de Desarrollo Cooperativo; puso en actividad los mecanismos referidos a la ley 16.583, sancionada en 1984, vinculada a la educación cooperativa en escuelas, colegios y universidades; derogó el impuesto a los capitales que pagaban las cooperativas desde el año 1978; creó por ley un fondo para ser destinado a la educación, promoción de disolución y liquidación de la CAP, Corporación Argentina de Productores, para transformarla en una cooperativa de los pequeños y medianos productores pecuarios; redactó un proyecto de ley referido a las cooperativas de trabajo; propicia la participación de las cooperativas de Servicios Públicos, en el campo de la radiodifusión, televisión y servicios complementarios, etc. Pero el sobrio democrático confía en los beneficios de la cooperación libre. Hace suyo el pensamiento de Charles Gide cuando dijo "que el sistema cooperativo no ha nacido en la cabeza de ningún sabio, ni de ningún reformador social, sino en las entrañas mismas del pueblo".

¿El cooperativismo es una opción para salir de la crisis?

Sí, es una herramienta de desarrollo, de cambio, de transformación, de progreso económico y social. En los paí-

ses estancados, atrasados y dependientes como el nuestro, es un instrumento valioso para motorizar el campo social en libertad, dentro del pluralismo político e ideológico, respetando los derechos humanos, las libertades públicas, en el marco de la ley y la Constitución Nacional. Históricamente, en Rochdale, Inglaterra, fue la reacción frente a la explotación de los trabajadores resultante de la llamada "Revolución Industrial" del siglo XIX; en Alemania para satisfacer las necesidades de crédito agrícola a través de las cajas "Raiffeisen"; en Dinamarca, para competir en los mercados externos del comercio de huevos y carne de cerdo, sus productos básicos de exportación.

Nuestro país fue el primer país de la región donde se organizaron cooperativas por los productores agrarios para defenderse de las arbitrariedades que a comienzos de siglo imponía en las relaciones entre los propietarios y quienes trabajaban la tierra como arrendatarios o arrendatarios. También, para elevarse a cabo las empresas multinacionales en la comercialización de la producción agropecuaria.

El cooperativismo no es una panacea universal, ni un elixir milagroso que por arte de encantamiento resuelve todos los problemas. Es un aporte importante en la búsqueda de soluciones, dentro de un enfoque de desarrollo integral de nuestros pueblos. Es un instrumento eficaz en la lucha contra el hambre, la ignorancia, el desempleo.

El cooperativismo posibilita la construcción de una sociedad en la que el trabajo, el tiempo libre, la salud, la educación, la creación, el confort, el poder y la libertad sean patrimonio de todos.

¿El desarrollo del cooperativismo puede facilitar las privatizaciones?

Por supuesto que sí. Vivimos en un país de economía mixta, con 3 sectores bien definidos. Un sector público, formado fundamentalmente por las empresas del estado; un sector privado sin fines de lucro, de carácter solidario, constituido por las cooperativas, las mutualidades y las obras sociales de los trabajadores, conformando el sector de economía social; y un sector privado de carácter comercial y lucrativo.

Las empresas del estado deben mantenerse en todas aquellas actividades vinculadas a la soberanía, a la seguridad nacional, y a la planificación económica de la economía.

El resto de las actividades conviene transferirlas al sector privado sin fines de

lucro, entre otras razones, porque en la mayoría de los casos son administradas por funcionarios que no creen en el rol del estado, o porque están vinculados a intereses lucrativos.

Las cooperativas de trabajo existentes, o las nuevas entidades de este tipo, pueden hacerse cargo de actividades vinculadas al proceso de producción industrial en manos del estado, con las siguientes ventajas comparativas, entre muchas otras:

- a) el esfuerzo de los asociados que defienden un interés propio, se beneficia directamente con una mayor productividad;
- b) se benefician además, disminuyendo los costos de control de calidad, al efectuarse cada trabajador desde su puesto de trabajo;
- c) la inexistencia de paros y huelgas, al superarse las contradicciones entre el capital y el trabajo;
- d) el excedente generado se reinvierte en la empresa común, y en caso de distribución entre los asociados beneficia a la economía general del país, generando una mayor demanda de bienes;
- e) la cooperativa es una empresa democrática; cada asociado posee un voto, cualquiera sea su posición en la misma, y el monto del capital invertido;
- f) el trabajo se organiza sobre la base de valores solidarios, no en función del lucro del capital; tiende al mejoramiento de las condiciones de vida de los actores del proceso productivo, dando nacimiento a formas concretas de democracia económica.

En las empresas del estado de servicios públicos es conveniente que en los directorios participen los representantes de los trabajadores y de los usuarios, dando origen a la verdadera co-gestión que practican los países más modernos, progresistas y avanzados del mundo.

Las cooperativas de servicios públicos pueden y deben asumir cada vez mayor cantidad de actividades que hoy están en manos del estado. Por ejemplo:

- a) la construcción de redes y ramales de distribución del gas natural y plantas de almacenamiento de gas envasado;
- b) el desarrollo de la telefonía y electrificación tanto urbana, como rural;
- c) la construcción de redes domiciliarias de distribución del agua potable y desagües cloacales.

Se orienta de esta manera la acción programática de la comunidad; se revela al estado el encargo por sí actividades que pueden llevarse a cabo con menor costo, con mayor eficiencia, y una práctica concreta de la democracia participativa.

Se desburocratiza el aparato estatal, se democratiza el proceso económico a través de la descentralización y la autogestión y se consagra por modelo de sociedad de economía mixta, con un poderoso sector de economía social.

El desarrollo de este sector de economía social, posibilita la auténtica emancipación del hombre de todo tipo de explotación y permite llevar al mismo tiempo la calidad de vida de sus protagonistas.

Los argentinos Entre la incertidumbre y la esperanza

Oscar Terán

Al menos la justicia poética está de nuestra parte: Si hay argentinos que se pintan el rostro para la muerte, otros se siguen cubriendo de máscaras para la vida.



"pimienta en la memoria" Enrique Molina

Estas son unas reflexiones débiles y protegidas de la extemporaneidad que el vértigo argentino alienta—merced a sucesos recientes como el minitejezo de Tucumán o el autoacuartelamiento de La Tablada. Inexorablemente, todos ellos se resocdan hasta sus fragmentos vital o mortal de la memoria que han quedado fijado en los sucesos del último abril. Y no únicamente por los beneficios secundarios que pudiere otorgar la melancolía; también por la necesidad de no olvidar que los efectos de ese acontecimiento que no ha concluido según resonando como una campanada sorda en el escenario nacional y en el fondo mismo de nuestra subjetividad. Además, molestos viajeros se encargan de recordarnos al visitar este país: después de Semana Santa, ya no somos los mismos. Entonces me pregunto qué soy yo, entre la incertidumbre y la esperanza, que vivo en este tiempo donde pasa lo que ni siquiera sé si debía pasar.

Me place fantasear que, cuando se escriba la historia de la felicidad en la Argentina, futuros investigadores se toparán con estos hombres que habremos sido nosotros y cuyo lugar en aquella historiografía les resultará de difícil definición, ya que verificarán que fuimos complejos animales escindidos entre la ilusión y el dolor. Expresión sin duda de un universo partido en dos, puesto que mientras en zonas no subestimables de la sociedad la transición a la democracia avanza aunque con dificultades, por otra parte en porciones más reducidas pero no menos poderosas operan los amos de la violencia siempre dispuestos a enjarsarse los colores de la muerte para salir, con la exofthalmia en la cara pintada, a destrozar los sueños, la justicia, las libertades, los placeres, los sueños...

Y sin embargo, la loca esperanza torruera por sortear a los hombres ante el horror y a lo insostenible, y por eso, por eso mismo, nos demostramos que después de Semana Santa pudimos seguir viviendo; esto es, entonando las ceremonias costosas y triviales de eso que se llama (como si hubiera otra) la vida cotidiana. Es cierto: también están las nubes del cielo, ésto que para Rosa Luxemburg eran el testamento irrefutable de que la patria es una palabra vana. Pero quienes como yo concierno otros cielos y en un gesto de suprema soberbia fueron incapaces de verlos iguales a este cielo, saben que dondequiera que estén lo buscarán por sobre los horizontes espléndidos pero ajenos. Aquellos eran una algaría para otros; Rilke lo sabía: no hay peor afrenta.

Por lo demás, si en esta empresa médica se ahusa no literalmente la vida, deseará ahuyentar de mí mismo la tentación del repliegue absoluto hacia la privacidad, dado que si el pasaje de la política a la moral configura un síntoma de los tiempos, entre nosotros la suerte de la subjetividad está atada a la recomposición de un espacio público donde el poder pueda circular eludiendo hasta donde sea posible las furias de la violencia.

Una y otra vez me digo: no retornarás a esa isla al mediodía con olor a utopía; no retornarás a esa isla al mediodía con un grito al siego de amenaza hacia los otros, prefiero concluir con una voz de esperanza hacia los propios. Una vez que propone a quien quiera oír la necesidad de no naturalizar como normal la amenaza militar y que sienta el derecho de reclamar firmeza ante la misma a los que ejercen en el gobierno.

Como residuo final de esta inquietud me queda, después de todo, la suposición cierta de que al menos la justicia poética está de nuestra parte: puesto que si hay argentinos que se pintan el rostro para la muerte, otros prefieren seguir cubriéndolo con máscaras para la vida. Tal vez, en tiempos amenazados, sea una de las más piadosas maneras de seguir persiguiendo las sombras siempre huidizas de la frágil felicidad.

A veinte años de la muerte del Che Ernesto Guevara, argentino

Juan Carlos Portantiero

En todo ese trayecto que conduce a la gran Historia, el Che se va despojando de sus orígenes. Pero siempre creyó que entre él y la Argentina se mantenía un compromiso impago.

No creo equivocarme al afirmar que Ernesto Guevara vivió el hecho de ser argentino por lo menos con ambigüedad. Decidió asumirse como cubano con la convicción de que esa era una manera mucho más adecuada de ser latinoamericano, en una búsqueda de identidad en su país natal.

Pero si el análisis terminara allí la conclusión resultaría demasiado simple: un hombre que, para entregarse a la "patria grande" repliega a su "patria chica", en una operación que no fue extraña, por ejemplo, a ciertos espíritus románticos del siglo XIX europeo. Quiero creer que en el Che cobilaron con ese "cambio de piel" otras tensiones, otras atavismos que hicieron más contradictoria su decisión.

En muchos aspectos, extemos e internos, jamás dejó de ser argentino ni de patriota. Eso, al menos, fue lo que sentí la única vez que lo ví de cerca, en el remoto 1961 y en una noche calurosa de Santiago de Cuba. Había mucha gente en ese club expropiado por el flamante revolución —que ya se había definido como socialista tras la victoria de Faya Girón— y por lo tanto me sentí muy a gusto. Pero me había demasiado subido. Veinticuatro horas antes, en un encuentro fortuito con el grupo de argentinos y de uruguayos que lo integraba, el Che nos había invitado a conversar. El diálogo, por cierto, no fue histórico ni importante que lo fuera. Nos historiaba sobre todo el encuentro en sí mismo, la posibilidad de ver a un profesional que encarnaba nuestros ideales, que había ingresado a la leyenda y que era, a la vez, un compatriota.

Su acento cubano (aunque en algún grado parecía forzar la pronunciación), su uniforme verde olivo y su gran cigarro lo mimetizaban con las estampas de los héroes guerrilleros. No habló de la Argentina, tampoco, pero hubo algo, impalpable, en sus gestos, en la temperatura de su humor mordaz, en cierto aire despectivo frente a preguntas que le parecían banales que lo ligaban, temperamentalmente, con la patria americana. ¿Ruptura o hay un lugar en la Argentina? ¿Ruptura con su país? Una primera lectura indicaría que ese es el primer de su búsqueda existencial. Pero poco a poco esa historia individual va a encontrarse con otras historias en una trama por lo que el Che se sedimentó con el que el resto de los latinoamericanos califican a los argentinos—va a ir reemplazando a Ernesto Guevara Lynch.

Bolivia, primero, aún como un médico humanitario. Guatemala, luego, ya vinculándose con la política al ser derrocado el gobierno progresista de Jacobo Arbenz. Por fin la aventura de Bolivia, que no fue la lucha en Sierra Maestra, el guerrillero ya cubano, entrando en La Habana y realizando en el siglo XX una epopeya del siglo anterior, cuando en el combate con los españoles no había patrias particulares.

En todo ese trayecto que conduce a la gran Historia, el Che se va despojando de sus orígenes. Pero siempre creyó que entre él y la Argentina se mantenía un compromiso impago. Quiso cumplirlo en 1963, organizando una guerrilla en Salta, sus discípulos fueron derrotados. Insistió otra vez, ofreciendo entonces su propia vida en la aventura de Bolivia, que no era sino una estación hacia la Argentina. Y en esas selvas trágicas consumió una pasión no correspondida.

Cierto es que la aristocracia a la que pertenecía el gran dinero se había en su familia era más bien de hidalgos venidos a menos, parientes pobres de la opulenta oligarquía, aunque seguramente conscientes de su estirpe. No creo que esos orige-

Debate sobre la izquierda Quiébrase y soldaduras

Carlos Alberto Brocato

En números anteriores de La Ciudad Futura iniciamos el "Debate sobre la izquierda". A él se suma ahora Brocato, quien se interesa por ese lugar errático en el que deambulan quienes buscan una reflexión "desdogmatizada, un pensar sin garantías fiduciarias".

causativa) de profundas modificaciones en lo social universal, a las que se suele denominar casi consensualmente como cancelación del ciclo de la modernidad. Pero, apenas digo esto, no puedo reprimir dos imágenes que se me cruzan. Una me interroga sobre el carácter existencial-me genérico o intelectualmente prestado de esa percepción de lo social universal y sus modificaciones. En rigor, lo que parece más identificable entre nosotros es el sentimiento de derrota, de retroceso, algo diferente de lo que se siente desde el reflejo prolongado y aun desde el reflejo a secas.

La otra imagen, de inocultable parentesco con la primera, me observaba si esa remisión actual a la "crisis de la modernidad", para emplear el latiguillo, no será sobretodo, esto es, conservando su parte de irreducible conceptualidad, no será sobretodo un subterfugio de la inteligencia en quiebra, un prestamo "científico" para disimular las grietas. Así en el terreno polémico en el que todos, quien más quien menos, estamos entramados, es por lo común difícil reconocer esta superposición, y mucho más reconocerse en ella. Cada uno desde cada posición elige por lo general el interlocutor más conveniente, aquel al que puede tumbar con módicos sopapos. Si se interloquiere polémico es, por ejemplo, la izquierda argentina, cada vez más desmantelada de obispos y más sobreviviente en monaguillos, el cinturón de oro será sin duda para los "posmodernistas"; revalidará el título. Si, a la vez, los nostálgicos y entusiastas escogen las últimas inscripciones, algunas bastantes cínicas, en el afonsimismo, se aspirarán el triunfo, robustecidos en su inmarcitable *clan* proto-marxista.

Cuando me acometen estas dos imágenes me desahoga la teoría; se reviven un residuo de triquiñuelas, aturdo, adivinación histórico-social que, digase lo que se diga, a los alardos o con catrédica mansedumbre, reinstalan la transparencia y la lucidez.

Espero que me libere me exima de gloriosos artificios. Una parte de la estética política con la que intento andar, con pretensión analógica, la situación actual de la izquierda en la Argentina y en particular de sus intelectuales. Una de las pretensiones debo hacerla manifiesta pues no confío demasiado en lo implícito y los mandamientos que hacen de ella la primera vez, en este ingrato mundo. En fin, que pasa lo que nos pasa. Certo es que desde la perspectiva de los protagonistas siempre pasa algo inédito, y no les falta del todo razón, y eso inédito se reviste de una infinita curdidad histórica, casi un designio que acoge la bienaventuranza de la vispera. ¿Cómo objetar este último existencialismo?

Verdad que, a diferencia de aquellos intelectuales, hoy poseemos una percepción más nítida del reflejo revolucionario prolongado y de que éste se acompaña (eludo toda alusión

No, me digo, no hay ningún lugar desde donde se puede asumir la crítica sin el riesgo de la simulación, lo ilusorio, las coartadas, la autoconformación. Apenas si existen algunas proflexias precarias. Por ejemplo, rehuir la tentación de enmaridar en grupo, la comuna ideológica, que lo dicen. No hablo de lo organizativo, que siempre es útil, sino de ese maridaje en que todos, actúan y líderes, se seducen. Trueque de afinidades correspondidas, de murmullos atropelados, de convicciones mutuas y consenso, preserva ilusoriamente la identidad crítica, suelta pastosamente los pedazos. Fabrica otro dogmatismo más alambicado. Hay, también, un contra-slogansimo. Invocar la utopía, gruñir, puede simular un refugio del desconsuelo y la disolución, una mera gestualidad de "dure", o el subgénero de la novela política. En estos años, al grito de: "¡Uto-!-!-!" suelen hacerse actos relámpagos en los que se denuncia a los "realistas"; los utopistas, a continuación, se abrazan entre ellos y marchan juntos al cine. Más crepusculares, los teofundacionistas escriben monografías en las que "articulan" (verbo de conmovedores efluvios gramscianos) la democracia contractual: don el espiñardo, contratan a gente robusta que disuelve a cachorros los actos relámpagos de los utopistas. La polémica entre intelectuales ha sido siempre cruenta, como lo prueban recientes mesas redondas de áspero transcurso.

Como en los yanquis de la alegoría y otros innumerables relatos que podrían acercarse, lo que se juega es la convulsión de ese lugar imaginario de certidumbres y certezas en el que cada uno se había abroquelado para sentirse seguro de sí y de sus ideas y apuestas. Que se refuerza con la pertenencia a un partido, a un grupo, a un club, da lo mismo. Espacios consensuales en los que las "convicciones explicativas" naufragadas se calafatean o se exemplarizan por otras. Modelos de comprensión histórico-social que, digase lo que se diga, a los alardos o con catrédica mansedumbre, reinstalan la transparencia y la lucidez.

No quiero decir con esto que el proceso de estructuración social de ese "espacio independiente", para llamarlo de alguna manera, sea una tarea ajena (hay muchas influencias indirectas) a los grupos políticos y actores partidizados en sus probables reconstituciones, y a la recuperación. Pero poco puede esperarse en esta dirección de los intelectuales de esas características, cuya tradición *adhesionista* a los partidos y a las alas de cada época y su tradicional vocación por el poder los predispone a inclinarse hacia otro lado, pese a que evocan la independencia de sus respectivos discursos. El Poder, digo, el del Sistema, el de la conografía que conforta, pero también los micropoderes que se instituyen alrededor de nosotros y a muchos de los cuales nos vinculamos y pertenecemos y protagonizamos.

renza de lo social, un saber omniconcreto. Lo digo con ironía, no con sarcasmo. Comprendo que nadie soporte plácidamente la erosión de un universo de certidumbres. Cuando la clandestinidad histórico-social es socavada, el malestar se torna insostenible. Se intenta disparar de esa tensión hacia algún lado. Arrojar pedruzcos, ventilar el mundo a explosiones de denuncia, jurarse que hubo errores pero que es necesario recomenzar desde lo mismo evitándolos, son formas de negar un atolladero que no sabemos cómo resolver ni tal vez queramos. Esto, me parece, concierne al partidismo. Pero también se escapa de allí imaginándonos que las nuevas ideologías culturales nos restituyen la seguridad que perdíamos. Si nos instalamos en la "posmodernidad", abrimos de un tajo el futuro. En cuanto a los intelectuales peronistas críticos — no quiero excluirlos de este bosquejo — empezarán a mostrar, con la victoria electoral, cuál es el alcance del criticismo ochentista de cada uno. Los aguarda ahora su propio "realismo".

Me interesa, en cambio — o apuesto a él —, ese lugar errático, en los "bordes" (tal vez otra ilusión) en que deambula una franja de argentinos jóvenes y maduros (nada de demagogia generacional) que busca una reflexión desdogmatizada, un pensar sin garantías fiduciarias. Emergentes de los remezones y desajustes de los setenta, reconocen las incertidumbres como tierra proclama para la reflexión teórica y no disimulan ni se disimulan la precariedad y provisionalidad de ese lugar, que se maneja y renueva constantemente. Tomizados muchos, en erráticas molduras grupales otros, también ellos deben ser incluidos en la alegoría y sus analogías. Quiero decir, también ellos pueden analizar, más tarde o más temprano, en un puerto de aguas protegidas. No hay queche en blanco para nadie.

De ellos, por último, no surgirá la reconstitución de la izquierda en la Argentina. Ojalá que sean pocos los que, aun en duermevela, se dejen cautivar por esa ensoñación. Pero de ellos depende, y no es poco, la instauración de un margen (para no provocar equívocos con lo de "marginalidad") sociocultural relativamente estable. El es, al menos para las capas intelectuales, un espacio vacante de la modernidad incumplida en la Argentina. Ello significará la estructuración socio-existencial de un independentismo positivo, que por ahora sólo preexiste como negación del partidismo setario, negatividad culturalmente azarosa e históricamente frágil y amenazada.

No quiero decir con esto que el proceso de estructuración social de ese "espacio independiente", para llamarlo de alguna manera, sea una tarea ajena (hay muchas influencias indirectas) a los grupos políticos y actores partidizados en sus probables reconstituciones, y a la recuperación. Pero poco puede esperarse en esta dirección de los intelectuales de esas características, cuya tradición *adhesionista* a los partidos y a las alas de cada época y su tradicional vocación por el poder los predispone a inclinarse hacia otro lado, pese a que evocan la independencia de sus respectivos discursos. El Poder, digo, el del Sistema, el de la conografía que conforta, pero también los micropoderes que se instituyen alrededor de nosotros y a muchos de los cuales nos vinculamos y pertenecemos y protagonizamos.

Aspiraciones, conspiraciones y realizaciones

Cecilia Braslavsky

Salvo raras excepciones, la historia de las políticas educativas argentinas es la historia de decisiones que los partidos o corporaciones en ejercicio del gobierno intentaron poner a la sociedad. En efecto, el estilo más habitual de definir lo que se debía hacer con el sistema educativo fue siempre reunir a grupos de asesores, generalmente designados a partir de vinculaciones personales con los altos funcionarios de turno o de la pertenencia a corporaciones afines a los funcionarios que agitan a la mesa para que ellos dirijan qué medidas llevar a cabo y luego procurar imponerlas. El Congreso pedagógico es un intento de romper con esta tradición. Su gran aspiración es generar vastos espacios de debate, para que las políticas educativas se formulen y se implementen en un marco de aparición se complementa además con otra: servir de modelo para nuevos mecanismos de debate y discusión alrededor de los temas relevantes de la vida del país. Así se expresó, por ejemplo, en la reunión de apertura de las actividades del Congreso en la Capital Federal que tuvo lugar en el Teatro Óleón en 1986. En esos nuevos mecanismos debían tener en común la interpretación de las necesidades de la población en materia educativa y la recuperación de la creatividad popular para su mejor atención.

Por la práctica cotidiana del Congreso pedagógico se entendiendo que no es tan sencillo romper con una afosa tradición de conducción autoritaria de la educación. El parlamento, con la ayuda del Poder ejecutivo y de numerosas organizaciones y personalidades, en su mayoría proveniente de los partidos políticos demócratas, que actuaron en forma de escenario subieron actores diversos y de su actuación resultó en más de una ocasión un conjunto de reflexiones y propuestas que bien podrían haber sido el fruto de las sesiones de una comisión nombrada por un gobierno de facto. [Aunque en este sentido, ¿quién está conspirando contra el surgimiento de un congreso pensado por muchos como democrático y popular de una propuesta educativa coherente, democrática y popular?]

Al menos cuatro grupos de factores conspiran contra el surgimiento de una propuesta educativa democrática y popular coherente a partir de las deliberaciones del Congreso pedagógico. El primero se refleja en una fuerte desigualdad de los actores del Congreso, el segundo es el resultado de la "penetración capilar" de orientaciones de los grupos más desfavorecidos de la población; el tercero es la permanencia de desconfianza y popularidad de un estilo "chicanero" dentro del conjunto de actores del campo democrático y popular, y el cuarto consiste en la indefinición del debate ideológico, político y de la lucha reivindicativa.

Al escenario del Congreso pedagógico subieron por un lado los actores colectivos del campo democrático y popular. Estos actores colectivos están organizados en diversos partidos políticos nacionales, en gremios de tradición democrática, en organizaciones de lucha por la escuela pública y popular, en instituciones de apoyo a las organizaciones de padres, etc. De uno u otro modo representan a la gran mayoría de la población. Tienen en grupos de investigadores, políticos y gremialistas a voceros calificados. En diversas etapas de la vida del país, en particular durante los gobiernos milita-

res de los últimos años sus miembros fueron perseguidos e inhibidos hasta de observar, leer y pensar. No se producía información válida, confiable y relevante sobre nuestros sistemas educativos. No se editaba lo poco que se producía. No se traducían, no se imprimaban textos políticos y había que ganarse la vida de cualquier cosa. Para muchos estaba vedado el ingreso al sistema educativo. Tienen convergencias de las cuales no siempre son conscientes y que minimizan frente a divergencias que agitan a Confianza en ocasiones al oponente con el enemigo y dejan así, precisa e indeciblemente, al enemigo las manos libres para avanzar con sus planes. Por otro lado subieron entonces al escenario del Congreso pedagógico los sectores del campo antidemocrático y populista, y que en los últimos años hacen fe de profesión demeritista. Estos últimos, entre los cuales pueden mencionarse a los grupos del sector privado de la educación que dirigen los grandes colegios pagos de élite, a grupos de asesores estables de la corporación militar, y que en los últimos años se han desparejado, se enfrentaron en el seno del Congreso pedagógico los minoritarios segundos disponen de todo su tiempo, de una experiencia ininterrumpida e incluso de salarios y de una sólida infraestructura financiada por sus poderosos aliados. Debe ser delicada la acción (debate ideológico) otros de acción directa de cómo alcanzar las metas que se proponen (lucha política), o necesidades concretas de grupos de personas (lucha reivindicativa). Más aún, como resultado de esta indiferenciación a veces ha resultado una fuerte acción colectiva, por ejemplo, algunos gremios docentes, asumiendo o redujeron toda su reflexión y todas sus acciones a uno o dos de los tres planes posibles: por ejemplo, al plano de lo reivindicativo a través de una justa lucha por salarios más altos. Paradójicamente desprevalecieron a través de ese reduccionismo el hecho de que la combinación de esa lucha con otra, por ejemplo para mejorar la calidad de la educación primaria, podría haberles acercado mayores solidaridades.

Respecto de la primera aspiración del congreso pedagógico pueden expresarse a esta altura de su desarrollo dos desenlaces. El primero es que al analizar el conjunto de sus actividades, deliberaciones y aportes pueda evaluarse que se han interpretado las necesidades de la población en materia educativa y se haya recuperado la creatividad popular tanto en su definición como en su realización. El segundo es que esto no haya sucedido, que las propuestas sean un conglomerado inorgánico de iniciativas o que sean el proyecto educativo de los supuestos iluminados de siempre. Es probable que en el segundo caso evaluadores apresurados dentro del campo democrático y popular sientan la tentación de evaluar al Congreso pedagógico como un fracaso.

Sin embargo la gran realización del Congreso pedagógico puede llegar a ser su incapacidad para permitir el surgimiento de un programa educativo democrático y popular coherente. En efecto, la idea del congreso y su organización estuvieron fuertemente impregnadas de componentes utópicos. Entre estos componentes pueden mencionarse: a) la idea de que los actores sociales pueden tener el mismo peso en los debates, al margen de su his-

toria; b) la idea de que todos los ciudadanos perciben sus problemas educativos y pueden diseñar los cursos de acción que más convienen a sus necesidades al margen de la penetración de los mensajes que fueron agregados durante décadas; c) la idea de que una sociedad que ha hecho más de diez años con sus divisiones y estériles discusiones permitió que la atropellaran, puede cooperar fructíferamente sin inconvenientes ni tropiezos y d) la idea de que esa misma sociedad puede de procesar sus problemas educativos y sus intereses grupales y políticos con la madurez necesaria como para avanzar pese a las mismas en el terreno del debate de ideas. El desarrollo del congreso ha puesto en evidencia que estas convicciones no eran realidades, pero nos las señala como los grandes desafíos para el ejercicio más profundo de la democracia. De este modo, la incapacidad del Congreso pedagógico para permitir el surgimiento de un programa educativo democrático y popular coherente puede llegar a ser la gran oportunidad que se nos ofrece de diagnosticar con gran precisión cuáles son algunos de los mecanismos concretos, que más allá del montaje de un escenario, es imprescindible accionar para ir avanzando en la génesis del proyecto educativo democrático y popular coherente y consensual que en este momento no poseemos.

Las actividades del Congreso pedagógico, además, permitieron avanzar en la discusión de elementos que deberán integrar ese proyecto. En este sentido, puede decirse que permitieron equilibrar ciertas contradicciones que hasta ahora algunos nos aparecían como irreconcilables. Es así como antes, quienes reivindicaban el sentido nacional de la educación, desafiaban la importancia de los aportes en ciertas áreas del conocimiento, que pueden tener validez universal (por ejemplo en el terreno de la termodinámica, la biología genética y la física atómica). Hoy esto ya no sucede. En muchos escritos de partidos, organizaciones intelectuales y políticas con tradición de defensa del patrimonio cultural nacional, se reconoce junto a la necesidad de conferir a la educación argentina un carácter nacional; la necesidad de que a través del sistema educativo se respete la idiosincrasia nacional y se respetar las idiosincrasias locales, provinciales y sociales. Un interesante ejercicio de democracia para las actividades que restan del Congreso pedagógico sería intentar ubicar más ejemplos de superación de viejas antinomias ideológicas y generar cursos de acción para cada uno de los puntos de convergencia que se puedan conformar. Otro ejercicio, ahora para cada grupo social o para las organizaciones que los representan, podría consistir en imaginar cómo combinar el apoyo a esos cursos de acción con la prosecución de las luchas reivindicativas. Si se logra avanzar en estos caminos, el Congreso pedagógico habrá sido un éxito, aunque la vez no surja de él un "proyecto educativo nacional y popular coherente", que tenga la forma de un nuevo libro gordo de Petete.

En efecto, la idea de que los actores sociales pueden tener el mismo peso en los debates, al margen de su his-

Política y Cultura

Las relaciones del estado con la cultura son, en democracia, un tema espinoso, antes cubierto por interrogantes que por certezas. El problema de la política cultural de los gobiernos, del papel de los administradores, de los alcances en materia de apertura o de intervención, dista de estar claro para nadie que no sean los autoritarios de siempre, con uno u otro signo. En esta aproximación al asunto de **La Ciudad Futura** se incluyen entrevistas a Marcos Aguinis y Javier Torre, puestas en contrapunto con un enfoque sobre la política oficial para la cultura de Beatriz Sarlo. El artículo de Sarlo aborda cuestiones fundamentales, como es el vínculo entre pluralismo irrestricto y calidad de la oferta en los organismos culturales del estado, el presupuesto, la autonomía y los medios de comunicación masiva. Básicamente, su trabajo tiende a plantear que la mera redistribución de bienes simbólicos parece una actitud insuficiente si no va acompañada por otras instancias prácticas.

Conversación con Javier Torre

Al San Martín no hay que dejarlo crecer

Antonio Marimón

¿Cuál es la política del Centro Cultural General San Martín?

La idea es generar un espacio abierto, lo más abierto, y ecléctico posible. Tenemos dos puntos de apoyo: la libertad de expresión y la no censura. A partir de esa política entre comillas, una política muy modesta es que aparezca el discurso de los otros; no tanto que el emisor sea el poder, sino que sea el que está fuera del poder. Hemos dado espacio a todas las líneas de creatividad y de pensamiento, y consideramos que la cultura no es sólo el recitado, la conferencia, el espectáculo, sino la elaboración concreta. Por eso también hay aquí talleres. Para los medios que tenemos, esto convocó mucha gente y la sigue convocando. Reflejar distintas variantes de pensamiento y todas las vertientes del espectro de la cultura democrática, tratando que el que tiene algo que decir encuentre un lugar, esa es nuestra intención. Así estamos llegando a los 5 millones de personas que han pasado por el Centro Cultural en casi cuatro años de actividad. Es un número atractivo, creo que es un pequeño hallazgo. Se trata de una labor de la que participa la comunidad; el ama de casa, el empleado, los jóvenes, el hombre de la calle, etcétera. Se dio así desde el principio y llama bastante la atención.

¿El presupuesto es suficiente o no?

El presupuesto es mínimo. Prácticamente hemos trabajado en base a imaginación y creatividad y gracias al apoyo de la gente. Yo parto de una teoría muy personal:

cada trabajador intelectual que hace un aporte, ya sea pequeño o grande, además del reconocimiento y del encuentro con el público, tiene que ganar algo, una lógica remuneración. En esa meta he fracasado. Nunca hemos logrado presupuesto para ello. Este año, en octubre nos quedamos sin dinero para pagar a los artistas; tenemos que decirles que su trabajo no será remunerado. Es realmente muy triste. Por razones de dignidad y de sentido común el trabajo cultural ha de tener su gratificación, ¿verdad? Creo que ha prevalecido en la asignación del presupuesto un criterio elitista. El Teatro Colón tiene 35 o 40 veces más presupuesto que el Centro Cultural. Con el gasto para la puesta de una ópera en el Colón, nosotros vivimos tres años. Leamos otras cifras: al San Martín vienen 5 millones de personas, una ópera del Colón la ven 10 mil personas. Los números no cierran. Hay más apoyo para el público que va a la ópera que para la persona que desea ver una película, una presentación de libro o una conferencia gratis. Así todos los días pasan cosas: a veces mejores, a veces peores. Pero es como si esto creara desconfianza en algunas esferas. Al San Martín no hay que dejarlo crecer demasiado.

¿Esa es una actitud de alguien definido?

Es una impresión que tengo, muy subjetiva. A la participación se la declama a menudo, pero la participación auténtica en los hechos no gusta a muchas personas. De pronto, para nosotros se traban los expedientes, se postergan notas, se demoran los más simples trámites burocrá-

ticos. Creo que el San Martín con todos sus defectos, y yo soy el primero en ponerme en el banquillo de las fallas, es importante. Nosotros seguimos luchando por la autonomía, y la autonomía nunca nos la dieron.

¿Cómo es el público que asiste al San Martín?

Es el público más diverso que te puedas imaginar. Encontrás el estudiante, el ama de casa o el empleado de clase media típica, también el jubilado y hasta el marginal. Si, al San Martín vienen marginales y siempre he sentido el mismo respeto por ellos que por otros concurrentes. Son, aunque no gusten, una cara de la realidad argentina. A veces vienen, dicen pavadas, y bueno: son, existen. El intelectual tiene delante un mosaico de la realidad multitudinario, mucho más fuerte que el que le es conocido. No soy un partidario de la juventud por sí misma o desde un punto de vista romántico, pero se ha incrementado el público joven y eso me gratifica. Es un público que hace largas volas, participa en debates, le da mucha vida a los encuentros.

¿Este panorama fue planeado presuntamente, o es que se dio así?

No, salvo que así no se convocó a un sector del público en particular. En 1983, el año de mi llegada al San Martín, vivieron 23 mil personas. O sea, 2 mil personas por mes. Nosotros, al año siguiente, ya estábamos en un millón de personas, más de cien mil por mes. Entonces, es el nuestro un público diverso, no

elitista. Tampoco quiero hacer exageraciones a partir de la situación: la clase obrera no viene al San Martín. El San Martín es un lugar de las clases medias duramente castigadas por la crisis y que encuentran refugio a una inquietud: cultivarse, ver, producir algo en el aspecto cultural. Esto no es el Pompidou, no es el Kennedy Center, es un laboratorio en pleno subdesarrollo, y como tal lo llevamos adelante.

Bien, pero ¿cómo se articula pluralismo con calidad? ¿Y a dado el pluralismo, no merece otra atención la selectividad de los eventos?

Con esa pregunta me agarrás. ¿Que te puedo contestar? ¿Yo voy a discriminar quién es buen poeta y quién es malo? No me atrevo a hacerlo. ¿Quién escribió buenos libros y quién no? No me atrevo, no puedo distinguirlo. Yo creo que ese problema lo superamos con prepotencia de trabajo: Borges, Eco, Littin y muchos otros estuvieron aquí; con ellos tranquilizo mi complejo de inferioridad. Si han estado lo más grandes, pueden venir los que están para probarse. La embajada de Francia eligió el San Martín para que Mitterrand dé una conferencia en Buenos Aires; por algo será, ¿no? Esto es lo que permite que seamos ricos; con si han venido las grandes, yo me siento con los no-generos. Afortunadamente, hay tiempo y espacio para todos. Vos, como espectador, si te clavás con algo, tenés derecho a levantarte e irte. El público ha sido el mejor juez, el público ha sido prudente y marcó a quien quiso chistar a alguien. La



gente defiende al que está actuando; ese respeto es muy lindo. Yo estoy enamorado, más que nada, del público del San Martín. La gente está ahí, hace dos horas de sola en ocasiones. Cuando vino Zanussi a la Argentina, él dijo que quería presentar su película antes de que empezara la función; es un sistema que no se estila entre nosotros. El empezó a hablar y no faltó una voz gritando: "Queremos ver la película". No te imaginás cómo la gente salió a defenderlo al polaco, como si fuera del barrio. La interrelación gente-hombre de la cultura acá es magnífica. Una fantasía mía, cuando termine mi tarea en este lugar, es hacer un centro cultural en un pueblo del interior. Me animo a hacerlo con un cuarto y veinte sillas. La gente, cuando la gente, aflora lo suyo: su cuento, su canción, su duda, su disenso. Eso me tienta mucho.

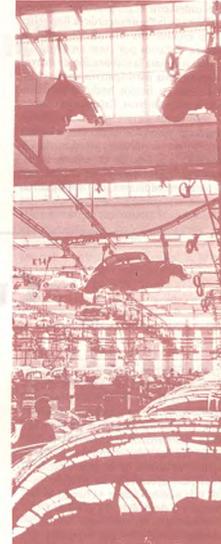
Vos tenés ideas específicas sobre los medios de comunicación. ¿Qué dirías de su papel actual?

Lo primero es que uno de los motivos de que el radicalismo perdiera las elecciones fue por mal manejo de los medios. No digo que no los usó con demagogia, todo lo contrario. El radicalismo perdió entre otras cosas a través de los medios, porque le dio basura a la gente. Y el argentino, aunque se crea que con Moría Casán lo satisficen, se le escapa; nosotros somos un pueblo que quiere nivelar por arriba. El argentino es serio, vive el conflicto social, quiere que mejoren las cosas. Acá se creyó que los medios tenían que trabajar

para Jamaica o Haití, se usaron para estupidizar en estos cuatro años. Los medios tienen que ser para ennoblecere, para permitir el disenso, para sembrar solidaridad y para permitir la libre expresión, cosa que tampoco existe. Mientras la sociedad necesita avanzar, los medios retroceden a los peores momentos del Proceso. Hubo un desencuentro en el manejo que se le propuso a la gente y esto se reflejó en las elecciones. Los candidatos de plástico se publicitaron con todo el aporte de los medios, y con sus métodos más triviales, ¿y quiénes ganaron? Por la vieja relación del peronismo con la sensibilidad popular, ganó el peronismo. Después discutimos si sus candidatos van a gobernar bien o mal, pero es un hecho que ganaron porque sabieron del embuste que propone el manejo de los medios.

¿Cuál es tu criterio para que cambien?

Yo hice una propuesta cuando dirigí ATC por veinte días. Democratizar el canal, convocar a los creadores de la cultura, rechazar la vulgaridad, grosería y estupidez. Que los estratos medios tuvieran su espacio; que las minorías tuvieran un espacio: marginados, homosexuales, mujeres, gente vinculada con cancheros y que se ve reflejada en manera sórdida por los medios. Pero hay muchos obstáculos, ¿verdad? Es el principal obstáculo: ¿Primeramente existen intereses creados para desarrollar un proyecto así, aunque también hay una cosa peor: miedo a que los medios problematizara a los señores del poder. Y es tal cual.



Conversación con Marcos Aguinis

Seguimos obstruidos por concepciones autoritarias

Guillermo Ortiz

—Usted habla, con motivo de la presentación en sociedad del proyecto de democratización de la cultura del desecho de ampliar las vías de participación y de qué aún el país se encontraba asfixiado por una devoción autoritaria.

—Sí. Se trata de iniciar de alguna manera un principio de expansión creciente de la cultura democrática como forma perseverante y sistemática de alcanzar una real democratización de la vida cotidiana. Todavía seguimos muy obstruidos por concepciones autoritarias que han estancado nuestro crecimiento. La alternativa que pretendemos con este proyecto tiene efectos múltiples y no es fácil reducirlo a pocas palabras. En primer término, se puede decir que el autoritarismo se basa en la existencia de una serie de verdades intocables que tiene, en sus sacerdotes o implementadores privilegiados, al grupo de poder que mejor maneja la estrategia para su consenso; para imponer esas verdades en calidad de dogmas al resto del cuerpo social. La sociedad queda así inhibida para participar, impugnar y cuestionar. No conoce la verdad ni la crea y no le cabe otra salida que la obediencia consciente. En caso contrario, es castigada. Esto genera consecuencias graves que tienen que ver con la pasividad que se apodera del cuerpo social a favor de un esquema paternalista que aún sigue predominando en nuestro país y que determina de manera encubierta, y no tanto, que la mayor parte de la gente se dedique a protestar y lamentarse, al sentir una profunda impotencia, fruto hábilmente diseñado por la misma cultura autoritaria.

—La reforma cultural implica una modificación sustancial en la concepción de ciertos axiomas y valores.

—Creo que revisar algunos principios ya internalizados siempre es doloroso y resistido. El hombre le teme al cambio y todas esas modificaciones no pueden hacerse de forma espectacular ni metérica. Este programa fue lanzado en 28 de abril del año pasado y presentado a la UNESCO en el año '85. En cuanto al espíritu que lo anima, podemos pensar en lo que actualmente está produciendo en la Unión Soviética con Gorbachov, al poner el acento en el cambio de mentalidad, a la par del económico, para una población que estuvo sometida durante décadas a un sistema centralista, vertical y autoritario. Es lógico que allí los resultados se den de manera más acelerada al utilizarse instrumentos de adoctrinamiento que son precisamente los que nosotros queremos evitar. Pensamos en un camino más difícil y menos rimbombante que consiste en huir de la mecánica de la imposición, del "lavado de cerebro", enfatizando la necesidad de lo que podemos denominar el autodiagnóstico. Que la gente, a través de diversos espacios de reflexión y debate, se anime paulatinamente a participar, a abandonar la tipología de receptor pasivo del hecho cultural.

—¿Cuáles fueron las ideas que se pusieron en marcha?

—En la Secretaría de Cultura pusimos en marcha varios proyectos: uno de ellos ha

sido tratar de evitar los apoyos artísticos y técnicos.

—¿De alguna forma reorganizadores de la concepción de Estado asistencialista?

—Diría que limitaban las resoluciones individuales. Pensábamos en proyectos compartidos, en asociar al Estado con los beneficiarios de forma que ese beneficio no se considerara una dádiva del poder central, sino un producto genuino del esfuerzo de los actores involucrados. Otra iniciativa fueron los circuitos culturales interprovinciales, que tienen el propósito de hacer circular nuestros bienes por todo el territorio destruyendo los tabiques que separan a los argentinos. Así se acentuó el conocimiento entre las provincias vecinas, dejando de ser extraños para otros, aumentamos las fuentes de trabajo, estimulamos la creatividad y fortalecimos la valoración del producido cultural de cada sitio, ya que cada provincia debe escoger lo que va a presentar afuera. También llevamos a cabo infinidad de encuentros de artes visuales, con 20 más reproducciones de pinturas argentinas de la mejor calidad para ser distribuidas en las escuelas provinciales. Creamos grandes centros artísticos en el interior del país, como el Festival de Bariloche; asimismo fundamos el MATRA, mercado de artesanías tradicionales argentinas que trabajan 80 mil obreros, y que tiene el objeto de estimular a los trabajadores de artesanías que son uno de los sectores peor remunerados y menos explotados por el intermediario. Además

mi gestión fue muy tomada en cuenta la situación de las bibliotecas populares y comunitarias, donde no solo buscamos que haya libros sino que se conviertan en lugares de reunión. Existen 1.800 bibliotecas populares y estamos en una agresiva política de reactivación de todas ellas, en su mayoría creadas a fines del siglo pasado por hombres que ponían parte de sus sueldos en esa empresa y que con el tiempo fueron decepcionados. A través de un plan especial pudimos dotarlos de 300 mil libros nuevos y estamos procurando afianzar los contactos con cada una de ellas para volverlas a convertir en centros de tradición cultural. Recuerdo que cuando se sancionó la nueva ley de bibliotecas populares, alrededor de 500 enviaron cartas al Senado apoyando esta nueva ley, que reformulaba la vieja de Sarriento. Fue apabullante. Los señores no tuvieron más remedio que acelerar su sanción.

—¿Y con respecto a los museos?

—Los nuevos fueron objeto de una política a nivel nacional que no se había dado hasta el presente en la historia del país. El año pasado, por ejemplo tuvo lugar por primera vez en la Argentina, y en todo el hemisferio sur, el Congreso Internacional de Museos. Además acabamos de lanzar una guía en tres idiomas sobre 315 museos argentinos, cosa realmente inédita en nuestro país y que habla de cierta preocupación en este aspecto.

—¿Y de acá al futuro?

—Recientemente el programa fue trasladado al área de la Presidencia de la República y esto implica una refundación de su estructura. Estamos por crear un Centro de Consultoría para la elaboración de nuevos mini-programas participativos aprovechando lo que ya hemos hecho para trasladarlo a otros países. Estamos en contacto con varios amigos que desarrollaron programas parecidos al nuestro (España planteó en la última reunión de la UNESCO la aplicación de nuestra iniciativa a esa ciudad), como es el caso de los países escandinavos, que consiguieron una enorme participación a nivel de los municipios, al punto que la mayor parte



Tren de las artes

Cultura con trocha y camión

Guillermo Ortiz

Estación Federico Lacroze. Enfrente, la calle escenográfica de ángeles y cúpulas. Todavía rastros de silencio y madrugada flotando en los andenes y el penetrante olor de los puestos de flores que rodean el cementerio. La muerte y su feria. La luz empieza a filtrarse por los amplios ventanales de la gran estación, con el paso apresurado de algunos viajeros y la mañana que se va haciendo de murmullo y despedida. Es el sábado 12 de septiembre y un tren parte rumbo a la Mesopotamia. Son seis vagones y la locomotora. A último momento, dos nuevos coches son enganchados a la cola y serán desguachados automáticamente en Curuzú Cuatiá, Saladas y en la propia ciudad de Corrientes. Sólo dos vagones: en uno de ellos, se acomodó un delgado salón de exposiciones con pinturas y tapices, artesanías y fotos; en el otro, se instaló un microcine con capacidad para 45 personas sentadas. ¿De qué se trata? Del tren cultural, no de otra cosa. O bien, "del tren de las artes", como advierten al unísono las señoras de la Secretaría de Cultura, el coordinador y el técnico que formarán parte de la travesía. "No conviene llamarlo tren cultural —aclaran— porque la gente del interior lo asocia a un proyecto de los últimos años del Proceso que tenía esa denominación. Y que no sirvió para nada. Nuestro proyecto es distinto ya que el enfoque, el espíritu y la intención cambió radicalmente. Aquel 'tren cultural' simplemente llevaba algunas cosas al interior del país para mostrarlas y nada más. En cambio, este 'tren de las artes', exclusivo de la democracia, no sólo lleva cosas de acá sino que vamos incorporando otras a medida que hacemos el recorrido. No trasladamos 'el saber de la capital' dejando al resto como meros receptores pasivos, sino que nos interesa que nuestros compatriotas funcionen participativamente incorporándose a través de sus propias expresiones culturales". El proyecto está organizado por el área de Proyección y Cooperación Social de la Secretaría de Cultura de la Nación y se implementa junto a las direcciones de Cultura de cada localidad a las que se avisa el día de llegada del convoy para que utilicen los preparativos y la recepción.

Una suelta de acontecimiento pueblerino o festividad de provincia que viene a exhumar aquel espíritu trashumante y desmanteado del viejo comediantes. El tren recibe trabajos de artistas de diverso tipo del interior del país que llegan a Buenos Aires antes de la partida y otros que se suman en el lugar. La histo-

ria empezó a dar vueltas por la imaginación de Carlos Gorostiza, primer secretario de Cultura, allá por el '83, pero algunas complicaciones y desacuerdos con las autoridades de Ferrocarriles Argentinos truncaron las iniciales intenciones. Recién el 18 de junio de este año, con mucha agua bajo el puente, partió el primer tren cumpliendo paradas en Zárate, Gualaguayú, Gualaguayú, Concepción del Uruguay y Basavilbaso, para retornar el 6 de julio y exponer su recolección los primeros días en la misma estación y luego en el Museo de San Isidro. El segundo convoy salió con una muestra de pintura en base a obras de Alberto Delmonte, Jorge Rivera y Nancy Fernández; otras de esculturas de Rolando Ramondetta, diversas películas cedidas por el Instituto Nacional de Cinematografía, como "La Patagónica Rebelde", "Los chicos de la guerra", "Tiempo de revancha" y "La tragedia"; también cortometrajes y documentos del Fondo Nacional de las Artes y audiovisuales varios. Y por primera vez se incluyó una obra teatral: "La bicicleta" de Walter Operto, con la actuación de Cecilia Flores y Renée Fiores, debida-

mente remunerados por la Secretaría y dirigidos por Oscar José Viale. Una de las imposibilidades que tenía el proyecto estaba dada por el cambio de trocha. En este momento el acuerdo se circunscribe al General Urquiza, pero continúan las gestiones con las otras líneas para incorporar el norte y la Patagonia y otros ramales alejados en los tramos de excursión. No solamente está pensado para los niños de escuela sino para adultos y distintos habitantes de pueblos y ciudades. El material es variado y por las noches, además del microcine del tren, suelen aprovecharse las salas del lugar organizándose funciones simultáneas. También, si se hace un encuentro de dibujo se utiliza el andén para intercambiar experiencias con los artistas del lugar. "El tren no es más que un símbolo, el puntaje inicial para otros desarrollos de la misma índole", concluye con un pie en el estribo el coordinador. Se está trabajando en ese sentido con el "Leiva-sueños", un camión que durante el año pasado recorrió quince capitales de provincia del noroeste y Cuyo, y en el que viajaron algunos narradores de cuentos

infantiles junto a un denominado "módulo de bibliotecas cerradas", especie de mini-estación cerrada de manera con 100 volúmenes que se deja en el lugar como donación después del trabajo recitativo. A finales de este mes, el "Leiva-sueños" recorrerá la provincia de Buenos Aires, más allá de Bahía Blanca, deteniéndose en Carhué, Píhué, Coronel Suárez, Tornquist y Médanos. Una moderna troupe en cuatro ruedas teatral y casi juglaresca. Y para el futuro próximo, ya se está pensando lo que se llama "postas culturales de interior a interior", trabajo multidisciplinario entre las provincias sin la intermediación de Buenos Aires, que llevará a organizar semanas juveniles en Tierra del Fuego o correntinas en Mendoza. Hipótesis todas motivadas por el común denominador de la participación y la necesidad de vincular a las distintas culturas de nuestro país. Una forma de evitar el aislamiento que efectivamente existe en el mercado, los organizadores culturales del radicalismo operaron, en verdad, como si el mercado existiera. Crearon espacios nuevos de circulación de bienes simbólicos (una especie de abundancia, efecto de labores como de Torre) o reforzaron espacios subvencionados, como los grandes teatros oficiales. Pero no se plantearon lo que parece esencial en una sociedad más o menos moderna como la argentina, donde los espacios gratuitos de distribución o los semigratuitos y subvencionados están en relación de contigüidad y competencia, generalmente desventajosa, con las ofertas que despliega el mercado, caracterizadas por su gigantesco poder de atracción, en especial las emitidas desde los grandes medios de comunicación de masas. Allí están algunos de los puntos ciegos de la política radical en el plano de la cultura: omisión de una ley de libro; ausencia de iniciativas para el equipamiento de la industria editorial; imposibilidad de dictar una ley de comunicaciones (hoy se afirma que se privatizarán algunos canales de televisión antes de que sea ley sancionada, lo cual parece grave); manejo errático de la televisión en manos del estado. Respecto de las relaciones entre estado y mercado no hay discursos, grandes lineamientos, política ni planificación.

La considerable oferta emanada de agencias como los centros culturales de capital e interior no puede ser substituida. Capas media urbana y algunos fragmentos marginales o populares se beneficiaron con ella y circularon por las tramas, efectivamente abiertas, de los centros culturales, que, en muchos casos, se convirtieron no en canales de distribución, sino en espacios creativos de nuevas modalidades de recepción y comunicación horizontal. Si tuviera que hacer un balance, diría que es el mejor de la poli-

de la recaudación queda en las mismas municipios, ya desentendidos de las áreas centrales. En estos momentos también estamos en la preparación de encuentros y seminarios con las áreas de extensión universitaria de todo el país, la Universidad Tecnológica Nacional, conjuntamente con hospitales y entidades vinculadas a la psicología social, arribando seminarios y talleres.

—Existirían grupos visibles de oposición al proyecto?

—Sí. La gran prensa del país, que es de derecha y, en la mayoría de los casos, no demócrata.

Después del pluralismo, ¿qué?

Beatriz Sarlo

La afirmación del pluralismo es el rasgo básico que sustenta las dos entrevistas anteriores. Los discursos, en cambio, tienen modalidades diferentes: por un lado, la exhortación antiburocrática de Aquino muestra de claros propósitos programáticos; por el otro, el enunciado de una práctica, apoyado en una experiencia exitosa, de Javier Torre. La profesión del pluralismo es una de las condiciones para diseñar políticas culturales no autoritarias: se trata de un piso, pero no alcanza para arribar a un proyecto, sobre todo porque una política cultural reborda el marco, sin duda exitoso, de un centro en particular. Después del pluralismo, ¿qué?

Existen tensiones que el discurso radical no sospecha. En primer lugar, entre políticas emitidas desde el estado y las políticas definidas por un mercado sin duda poderoso. En este aspecto, el gobierno radical no ha empezado a enfrentar el problema: cuando se producen conflictos con las fuerzas del mercado (el caso de los canales de televisión, por ejemplo), los funcionarios de la cultura no tienen problemas y se apoyan al político para llevarlas a la práctica. El paso vertiginoso de Torre por Canal 7 es, sin duda, una muestra de lo segundo.

Inmerso en el líquido de la "reforma cultural", Aquino no parece haber reflexionado suficientemente sobre qué significa una reforma cultural política y llevarla a la práctica. El paso vertiginoso de Torre por Canal 7 es, sin duda, una muestra de lo segundo. Inmerso en el líquido de la "reforma cultural", Aquino no parece haber reflexionado suficientemente sobre qué significa una reforma cultural política y llevarla a la práctica. El paso vertiginoso de Torre por Canal 7 es, sin duda, una muestra de lo segundo. Inmerso en el líquido de la "reforma cultural", Aquino no parece haber reflexionado suficientemente sobre qué significa una reforma cultural política y llevarla a la práctica. El paso vertiginoso de Torre por Canal 7 es, sin duda, una muestra de lo segundo.

Existen tensiones que el discurso radical no sospecha. En primer lugar, entre políticas emitidas desde el estado y las políticas definidas por un mercado sin duda poderoso. En este aspecto, el gobierno radical no ha empezado a enfrentar el problema: cuando se producen conflictos con las fuerzas del mercado (el caso de los canales de televisión, por ejemplo), los funcionarios de la cultura no tienen problemas y se apoyan al político para llevarlas a la práctica. El paso vertiginoso de Torre por Canal 7 es, sin duda, una muestra de lo segundo.

Existen tensiones que el discurso radical no sospecha. En primer lugar, entre políticas emitidas desde el estado y las políticas definidas por un mercado sin duda poderoso. En este aspecto, el gobierno radical no ha empezado a enfrentar el problema: cuando se producen conflictos con las fuerzas del mercado (el caso de los canales de televisión, por ejemplo), los funcionarios de la cultura no tienen problemas y se apoyan al político para llevarlas a la práctica. El paso vertiginoso de Torre por Canal 7 es, sin duda, una muestra de lo segundo.

certez no debatidas, pero, al mismo tiempo, se revela insuficiente. En este punto, quisiera volver a la relación, no problematizada por los funcionarios radicales, entre las redes culturales del estado y las de la industria y el mercado.

El estado mantiene sus redes culturales por varios motivos. En primer lugar, porque no hay otros actores sociales que quieran tomar a su cargo muchas de estas agencias o instituciones. La burguesía argentina parece poco inclinada a repetir las experiencias de sus pares europeos y norteamericanos; por el momento, las fundaciones privadas sólo asientan al estado de manera ilustrativamente ahorrativa. En segundo lugar, porque el estado democrático tiene, como es de sus funciones, la de ampliar los límites sociales tradicionales de la circulación y la producción cultural, incorporar nuevos sectores, reestructurar las posibilidades de acceso. Finalmente, y esto me parece importante, decidir un conjunto de intervenciones encaminadas a promover líneas y tendencias que, en razón a sus intereses y a su dinámica capitalista, la industria cultural re- zaza.

Respecto de este último aspecto, el estado tiene en el campo de la cultura no sólo una función redistributiva sino una función de punta. La redistribución más igualitaria afecta a los sectores populares y a los sectores medios. En este sentido, juega con la experimentación, con el despliegue de estéticas nuevas, con el apoyo a líneas de investigación artística que, por lo general, no son recogidas ni promovidas en el mercado, controlado privadamente, de bienes culturales. Una mera remisión al pluralismo antidemocrático no alcanza para comenzar a pensar este problema. Vinculado como lo está a las relaciones entre estado y mercado, me parece un nudo central que la política cultural del radicalismo no se ha planteado seriamente.

Y esto afecta, en primer lugar, a los sectores populares que, por muchas razones, tienen muchas posibilidades de opción frente a las propuestas invasoras de la industria cultural. Pero afecta también a los productores que no van a encontrar en los gerentes de la industria cultural interlocutores dispuestos a promover proyectos colocados en contra de las estéticas mercantiles. El estado no pone en debate la cuestión de los valores, resigna una de las funciones de sus agencias culturales.

La otra cuestión importante es mencionada por Torre en el final del reportaje: los medios de comunicación de masas y, en especial, la televisión. La "reforma cultural" de Aquino es casi tan general como abstracta ("la cultura debe ser permanentemente reinventada de los modos más diversos", etc.) y el gobierno radical no ha podido o no ha querido encontrar el problema bien concreto de los canales televisivos que, hoy por hoy, son los emisores más podo-

rosos en el ámbito de los sectores medios y populares. La televisión queda habitualmente al margen de los discursos oficiales sobre la cultura y el gobierno pareciera capturar en la pinza de los intereses privados que lo influyen poderosamente y el chantaje a que es sometido por los voceros periodísticos de esos intereses, que agitan la consigna de libertad de prensa y libertad cultural para expulsar al estado de los medios de comunicación masivos.

Como sea, lo cierto es que el gobierno no se ha movido en la dirección de un canal público de televisión (punto que estaba contemplado en la plataforma radical) y sigue asistiendo a la competencia caótica entre los propios canales que administra, sin haber logrado, tampoco, diseñar una política fuerte para el canal 7 que, por el momento, es el que seguirá en propiedad del estado. Hay varias razones para que esto haya sucedido así. La primera es la dificultad insuperable con que tropiezan funcionarios del área cultural para implantar algún tipo de autoridad sobre las redes culturales del medio masivo. A ello se agrega que los canales de televisión se desplazan como área de dependencia de la Secretaría de Cultura a la presidencia, vía secretaria de información, y de allí de nuevo a cultura, con los correspondientes cambios de funcionarios y de política. La segunda es la indefinición de los límites entre las acciones de los intereses privados y más groseramente comerciales. Probablemente esta sea la razón de que, en cuatro años, no se haya aprobado una ley de comunicaciones que, si se es coherente con las declaraciones de pluralismo, debería ser antimonopolista.

En tercer lugar, en este mismo sentido, aparecen en las intervenciones de Torre, están llamativamente ausentes de los discursos pronunciados por Aquino. La ausencia de políticas culturales que vayan más allá de la afirmación de democracia y pluralismo, puede tener consecuencias justamente contrarias a la vocación participativa que los discursos enuncian. Otro decir: la ausencia de política en relación a otros poderosos agentes privados, implica, como ha sucedido en el caso de los grandes medios de comunicación visuales, tener sólo un modelo mimético frente a la iniciativa que queda, por entre, en el campo de los empresarios culturales privados.

La idea que falta también en las políticas radicales es la del espacio y la gestión pública de las agencias culturales. El discurso oscila entre una referencia a los ciudadanos (dimensión liberal) y una referencia a los sectores populares, marginales, minorías (versión democrático-popular o populista, según los casos). Pero son referencias a sujetos individuales o colectivos más que a formas organizativas en las cuales esos sujetos podrían desplegar proyectos autónomos tanto del estado como del mercado. Soy consciente de que esta alternativa es complicada, pero la sociedad misma la está favoreciendo, sin que el estado haya hecho nada en contra. La multiplicación de emisoras locales de radio, de gestión pública y comunitaria, marca una dirección que las políticas culturales del radicalismo no ha comenzado a explorar y, si siquiera, ha incorporado conscientemente. Oscilando el espacio entre la abstracción y la práctica, el espacio del diseño a mediano plazo ha quedado desocupado.

BUENOS AIRES

lo espera con "buenos aires"

¡Acérquese y descubrala!

Visitar a Buenos Aires es entrar a la Argentina por la puerta grande. Es descubrir a una Argentina pujante, que crece día a día y recibe con calidez a quienes la visitan. Conozca a Buenos Aires.

En la Dirección General de Turismo municipal el turista encontrará la orientación y asistencia necesaria para complacer mejor su estadía y descubrir esta hermosa Buenos Aires.

Dirección Gral. de Turismo
Sarmiento 1551 - 5° P. Tel. 40-1856

El primer paso del turista en Buenos Aires

Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires
Secretaría de Cultura



Reflexiones acerca de un pragmatismo iluminado

Gramsci en Chile

Eduardo Sabrovsky

La vigencia de Gramsci en Chile se vincula con la crisis del tipo de relación entre teoría y práctica establecida por la izquierda. Para Sabrovsky, el concepto de hegemonía es el lugar donde se manifiesta esta crisis, pero a la vez sólo a partir de él es posible plantearse su superación.

"Las heresías que debemos temer son las que, cuando se desarrollan con la ortodoxia... pueden confundir los fines. Los Teólogos

Nos proponemos en este artículo desarrollar la tesis de que la vigencia actual de Gramsci en Chile, a cincuenta años de su muerte, se relaciona con una profunda crisis del tipo de relación entre teoría y práctica que ha establecido tradicionalmente la izquierda marxista chilena. Esta crisis se pone de manifiesto ya durante el gobierno de Salvador Allende, constituyendo una de las componentes de su derrocamiento, y se manifiesta en la actualidad en la incapacidad de la izquierda para articular el conjunto de la oposición en una estrategia antidictatorial. Más precisamente, las ideas que nos proponemos desarrollar son tres. La primera establece que la relación teoría-práctica ha tendido a ser externa, que su unidad ha sido ilusoria, encubriendo serios cráneos, desencuentros. La segunda, que esta modalidad de relación ha hecho crisis, y que la divergencia actual en el interior de los partidos políticos de la izquierda, que incluso atraviesa al partido comunista, responde a diversos proyectos de reparación, de reunificación de la teoría y la práctica. Y por último, que Gramsci, y particularmente el concepto de hegemonía constituyen el lugar teórico donde esta crisis ha quedado al descubierto, y desde el cual es posible plantearse su superación.

Resulta innegable comprobar cómo una cierta prescindencia teórica, que contrasta con una práctica rica y creadora, ha sido una constante histórica de la izquierda chilena. En consecuencia, el marxismo, el partido más influyente, el partido comunista. Más allá de su peso numérico, que ha sido importante (cerca de al 20% del electorado en las elecciones de marzo de 1973, las últimas realizadas en el país), el PC ocupa un lugar preponderante en el mito fundacional de la izquierda chilena (Luis Emilio Recabarren, padre del movimiento obrero surgido en las salitreras, es también el fundador del PCH.), cuenta con vínculos internacionales de importancia, con una relevante presencia en el mundo cultural con figuras del calibre de un Pablo Neruda, y ha sido durante su historia capaz de presidir una práctica política y social estructurante de un bloque histórico que hasta 1973, impulsa transformaciones sociales profundas de signo democrático y socialista, cuya figura pareciera recortarse aún en el seno mismo de la timbela dictatorial. Desde sus inicios, ya con Recabarren, quien opta por formar sindicatos y asociaciones culturales, esta práctica está presidida por una lógica a la cual no cabe más que calificar de hegemónica, que privilegia la acumulación de fuerzas y la lucha, cultural en un sentido amplio, por articular un sujeto popular y conquistar espacios en el interior de una sociedad civil cuyas "fortificaciones y trincheras" (Gramsci) han alcanzado un nivel de complejidad peculiar. En esta perspectiva, los éxitos de la izquierda, su ascenso casi ininterrumpido durante las más de tres décadas que median entre el triunfo del Frente popular en 1938 y el período de la Unidad popular, se deben, antes que a su adhesión a un ideario explícito, a su capacidad para hacer crecer y asumir como su momento histórico de masas el imaginario democrático

y socialista, modernizador, nacional-popular y humanista que desde diversos ángulos irrumpe, cautivando la conciencia colectiva de la sociedad chilena.

Desde este imaginario, que domina su conciencia práctica, se debería desplegar la verdadera conciencia teórica de la izquierda. Sin embargo, su contenido no emerge en el discurso teórico y con ello, es negado allí donde debía alcanzar su plenitud: el resultado es un silencio teórico, una relación externa entre teoría y práctica, de acuerdo con la cual la primera hace las veces de envoltorio retórico de la segunda, aunque sus contenidos sean disímiles y a menudo opuestos. Esta forma de relación entre teoría y práctica, cuya paradoja esbozaremos más adelante, es el pragmatismo que, por vía de la nominación queremos dar cuenta de dos aspectos: la firmeza e inmediatez del vínculo con el imaginario colectivo del cual se nutre, que le permite ser pragmática y eficiente; iluminada; a la vez, la pobreza de su autoconciencia respecto a esta inserción cultural, que la lleva a atribuir sus victorias a una relación puramente con la realidad, posibilitada por la posesión de una herramienta que le da acceso al sustrato último de lo real: la ortodoxia marxista-leninista.

La explicación de esta carencia de consumación teórica de la práctica hegemónica, desde la cual ella misma —la teoría— habría operado como factor de hegemonía y cohesión del bloque histórico radical entonces, no en una mera ausencia, sino en la ocupación del espacio teórico de la izquierda por parte de un producto de signo distinto, una ortodoxia marxista correspondiente a una cierta práctica del socialismo real, pero desnaturalizada de su suelo histórico y exaltada a la categoría de ley general subyacente a todas las cosas e indiferente a su roce, que bastaría con aplicar. De una manera paradójica, por virtud de los reconocimientos que cada país dentro de la izquierda chilena niega en su discurso explícito aquello que constituye el núcleo de su práctica. Así, mientras desarrolla una rica experiencia de trabajo con vastos sectores cristianos, adhiere a un materialismo filosófico que no ha sido elaborado en el vacío, sino en respuesta a una realidad que se le había por conquistar la hegemonía cultural en países donde el clero jugaba el rol de intelectual orgánico de la autocracia, lo cual lo lleva a reivindicar una concepción de la verdad de su proyecto histórico no ya como la expresión de una voluntad colectiva, de "la potencia, la terrenalidad de un pensamiento" (Marx, *Tesis Sobre Feuerbach*), sino como una verdad absoluta, emanada desde un ámbito de objetividad extrahumano, y capaz de desajalar a las formas de conciencia religiosa del terreno privilegiado de la verdad. Asimismo, el largo y trabajoso proceso de articulación histórica de un sujeto popular iniciado con Recabarren coexiste con un discurso —cuyo rasgo se remonta a la II Internacional— para el cual hay un protagonismo

estaba pensado en el núcleo teórico de la ortodoxia marxista era una práctica muy jerarquizada, convencional y socializadora, en las cuales "el Estado lo era todo" (Gramsci), a una visión reduccionista de la historia, a una concepción metafísico-materialista tanto de la verdad del proyecto histórico socialista como de sus portadores: todo ello se oponía a la tarea de pensar la práctica real, de corte hegemónico. Por lo tanto, no se de extrañar que en instantes críticos, haya quedado al desnudo la separación entre teoría y práctica, y que un proyecto de reparación de esta cesura en el plano teórico desembocara en un cuestionamiento del paradigma heredado: para el socialismo en Chile le parece haber sonado —para variar, *post festum*— la hora de la teoría.

Hay que tener claro, éso sí, que hay dos posibles estrategias de solución al desencuentro de la teoría vs. la práctica: una implica pensar la práctica, permitiendo que su verdad aflore al discurso teórico; la otra —presente ya a lo largo de casi toda la historia de la izquierda chilena— se propone legar sobre la práctica a partir de una teoría caracterizada en su núcleo por representar, tanto la elevación a nivel paradigmático de una narración crucial —la Revolución de Octubre— como el ocultamiento de los indicios concretos, de las huellas dactilares de dicha operación. Una vez consumado este proceso, tal teoría queda disponible para ser "aplicada" a cualquier realidad.

La noción de "aplicación" es un aserto clave para dilucidar la paradoja y límites del pragmatismo iluminado. La teoría de la aplicación constituye la versión oficiosa de las relaciones entre teoría y práctica por los sectores más representativos de la izquierda, los partidos políticos. Así por ejemplo, el ideólogo y dirigente comunista Orlando Millas, en una entrevista realizada en 1981 expresa lo siguiente: "Creo que hay un período en que comienza a conocerse el marxismo, que viene desde el primer pasado, y que se prolonga hasta el primer decenio de este siglo. El segundo es el período de la aplicación del marxismo a la realidad chilena... [que]... se extiende desde comienzos de la década del 10 hasta nuestros días".

Por lo dicho anteriormente, no aplicó el marxismo, sino que se insertó en el imaginario democrático y socialista que se abrió paso en la sociedad chilena. Pero lo que sí hizo, a través de la teoría de la aplicación, fue abandonar el terreno teórico, dejándolo a disposición de aquellos que sí estaban dispuestos a practicarla consecuentemente. Entre los desafíos que el movimiento popular chileno ha desarrollado con la teoría, antes que representar una barrera para el desarrollo de una práctica rica y creadora, ha sido, dentro de ciertos límites, su condición de posibilidad, en la medida en que ha sido presidida por el pragmatismo iluminado, en consonancia, como hemos dicho, con la inserción inmediata de la izquierda dentro del imaginario colectivo popular.

Con la crisis del 73, sin embargo, el modelo del pragmatismo iluminado se topa con sus límites. En momentos como los que se vivieron entonces —como los que se viven ahora, se recorre a la vez un camino a la II Internacional— para el cual hay un protagonismo

incomprensión tanto del carácter de las transformaciones que se propone como del bloque histórico que las impulsa, desarrollando una estrategia de sobrepasamiento por la izquierda, que fue capaz de paralizar el desarrollo de una estrategia hegemónica hacia los sectores medios y hacia las instituciones armadas por parte de la Unidad popular, dejándolos disponibles para servir de apoyo al autoritarismo conservador. Nuestra tesis es que el avance de la ultrazquierda, coincidente con la profundización del conflicto en la sociedad chilena, fue el resultado de su consecución con la ortodoxia marxista constituyente del sentido común de la izquierda chilena: esta ortodoxia, tal como Gramsci lo determinó, no se ha constituido en el vacío, sino en el contexto de la estrategia de "salto al poder", correspondiente a sociedades "donde el estado era todo".⁴ tal contexto introduce un sesgo inevitable sobre su universo teórico, incluso sobre sus rasgos aparentemente más neutrales —por ejemplo, el privilegio, ya puesto de relieve por Gramsci, de la noción de "Estado" en la tradición técnica del marxismo— y determina que, inevitablemente, en la medida en que nos movemos al interior de él, estemos privilegiando ciertas formas de hacer política en detrimento de otras. La izquierda chilena exhibe así una coherencia inaceptable al pragmatismo iluminado que la lleva a exzarivar por momentos decisivamente sobre una fracción apreciable de la militancia de la izquierda. De hecho, precisamente en los momentos en que el pragmatismo iluminado alcanza su mayor grado de identificación con el imaginario democrático y socialista, la orfandad teórica en que lo caracteriza —la "falta de aplicación" se hace más patente: durante toda su historia, y particularmente durante los años 60 y período de la Unidad popular, el Partido comunista chileno carece de teóricos, y el espacio teórico del movimiento popular —casi, podría decirse, en la medida en que se media con los sectores notorios los rasgos hegemónicos de su práctica— es crecientemente ocupado por el althusserismo de la "ruptura epistemológica" el cual, al consignar el privilegio de la vanguardia en el acceso a la verdad, es incapaz de dar expresión a un imaginario de carácter nacional-popular. En la medida en que tanto partidarios como adversarios del campo hegemónico de la Unidad popular comparten el paradigma teórico de la ortodoxia, el resultado de la polémica teórica debe, inevitablemente, favorecer a los segundos: esta discusión sobre un terreno común que no es el de la teoría, sino el de la práctica, es el núcleo del debate, en el cual, no por casualidad, priman las citas y la hermenéutica de los clásicos.

Con el exilio y la ilegalidad postgolpe, la izquierda ha perdido su inserción inmediata en el imaginario nacional-popular. Con ella, han desaparecido las condiciones que hacían posible al pragmatismo iluminado, y se ha puesto a la orden del día la cuestión de la unidad de la teoría con la práctica; en este ponero, la unidad de la teoría con la práctica se encuentra la presencia organizada en un ala de ultrazquierda, consistente en diversos y cambiantes fracciones, con un grado variable de influencia sobre el Partido socialista, y caracterizada por poner constantemente en discusión teóricamente, al margen de la trayectoria concreta del movimiento popular. En la década del sesenta, inventada por esta misma interpretación del futuro de la revolución cubana, esta ultrazquierda incrementó su influencia en el PS, pronunciándose en contra de la confluencia entre el centro político —el Partido radical, la Democracia cristiana y la izquierda; frente a la experiencia de la Unidad popular manifestaría



Año X - No. 30 - julio-octubre de 1987

abre la oportunidad para dar origen a un pensamiento acorde con los rasgos hegemónicos de la "vida chilena al socialismo", dando expresión en el terreno teórico a aquello que ha estado presente en estado práctico en la trayectoria del movimiento popular.

El interés por Gramsci surgió en sectores de la izquierda chilena con posterioridad a 1973 tiene esta crisis por trasfondo. En lo que sigue intentaremos discernir cuáles son las claves profundas de tal interés. En primer término, habría que decir que hay en Chile una lectura de Gramsci anterior a 1970, efectuada fundamentalmente por intelectuales del PC. Sin embargo, por el contexto en el cual se da, esta lectura no descifra las tendencias profundas del pensamiento gramsciano, sino que se limita a encontrar en él una legitimidad ideológica para una política de la superestructura, reorientado por acontecimientos como la Reforma Universitaria y la necesidad de articular sectores crecientes de la intelectualidad con el tronco del movimiento popular.

Para la tradición marxista heredada, la cuestión de la unidad teoría-práctica no es un tópico; más bien, desde una óptica positivista, se la supone resuelta de antemano desde el lado de la teoría, a la cual se la supone capaz de acceder a un ámbito no contaminado de objetividad; por excelencia, esta teoría es el materialismo dialéctico, al cual la manualística le atribuye la capacidad de expresar las leyes más generales de la materia inorgánica, de la vida y de la sociedad. La obra de Gramsci, en cambio, puede ser interpretada globalmente como una reflexión en torno al modo y las instancias concretas en que se realiza históricamente tal unidad. No hay en él, como se afirma en *Materialismo y empiriocriticismo*, una epistemología que arbitre de antemano el acceso de las distintas formas de conciencia al ámbito de la objetividad, sino la ocupación de este ámbito por formas diversas, en la medida en que en torno a ellas se ha podido históricamente articular una voluntad colectiva hegemónica: el objetivo, para Gramsci, no es otra cosa que el "universalmente subjetivo".⁵ De allí la atención de Gramsci en torno a instancias concretas de articulación: los intelectuales orgánicos, los partidos o intelectuales colectivos, el "primer punto" en el cual convergen los aportes de Maquiavelo y Spinoza, por ejemplo, frente al catolicismo, la preocupación de Gramsci, a diferencia de Lenin, no sea su desarrollo epistemológico del terreno de la verdad, sino que la pregunta acerca de como es que el catolicismo ha sido, históricamente, una verdad.

Es en el plano de la articulación epistemológica de una voluntad colectiva donde se resuelve el problema de la unidad de la teoría y la práctica. La izquierda chilena, sin embargo, a pesar de realizar una prác-

tica marcadamente hegemónica, careció de la hegemonía como distinción conceptual que le permitiera reconocerse en su práctica, con Gramsci, en cambio, la centralidad de las prácticas hegemónicas da lugar a un privilegio de la tradición hegemónica, en el discurso teórico, en vez de estar confinada a una cierta marginalidad donde debe ser justificada como excepción, mediante un cuidadoso ejercicio de selección de citas "clásicas".

La centralidad de la noción hegemónica que es posible discernir en Gramsci permite clarificar en posición al paradigma positivista que privilegia unilateralmente el carácter objetivo del discurso teórico — una concepción de la objetividad, de la verdad tal discurso, entendidas no ya como una relación privilegiada con un mundo de objetos, sino por el contrario, como expresión de su carácter hegemónico, de su transformación en "sentido común" de un bloque histórico. Así, respecto a la posibilidad de "prever", índice de la capacidad atribuida a la ciencia positiva de enfrentar sin mediaciones al mundo real, dice Gramsci: "... es posible 'prever' en la medida en que se aplica a la medida en que se ocupa, ocupa el escenario de la izquierda durante estos años. Todos estos esfuerzos involucran una renovación, una heresia. Por una parte, el integrista radical que se propone refundar la praxis colectiva a partir de una teoría asumida como una colección de leyes universales que es posible aplicar, y cuyo mérito, más allá de las intenciones de sus portadores, consiste en hacer patentes las raíces de la crisis, excluyendo todo saltono nostálgico que se proponga, simplemente, retrotraer la situación a 1973 (es decir, un *retrofit* del pragmatismo iluminado). Por la otra, el proyecto de una filosofía de la praxis de carácter gramsciano que aspira, no a fundamentar —puesto que para ella no hay un exterior de la historia desde donde se pudiera aportar ese fundamento— sino a discernir la racionalidad implícita en la praxis histórica del movimiento popular, recuperando la racionalidad que ya existió en la teoría, incluso en sus tests de más alto nivel.

Una tal filosofía de la praxis, recuperando la inserción en el imaginario ilimitado característica del pragmatismo iluminado —pero ahora no como una inserción inmediata en el mediático mundo a teoría, autoconsciente y autititulado— sino meramente en sentido común renovado de los intelectuales, tanto colectivos como individuales de la izquierda, puede operar como factor de rearticulación y cohesión de un bloque histórico que retome en Chile las tareas democráticas y socialistas.

Consejo de dirección

- Carlos Altamirano
- José Aricó
- Maria Teresa Gramuglio
- Juan Carlos Portantiero
- Hilda Sabato
- Beatriz Sarlo
- Hugo Vezzetti

Directora

Beatriz Sarlo

Diagramación

Carlos Tirabassi

so.⁶ Pero, más allá de una literalidad gramsciana a la cual no pretendemos aferrarnos, es posible someter a crítica estas nociones sin abandonar la lógica instaurada por el "inmanentismo historicista" que constituye el núcleo no negociable de una filosofía de la praxis, y de la cual las nulas cada más que una ontología residual, de la cual es posible prescindir. La importancia de esta prescindencia radica en que supera la escisión instaurada entre un discurso teórico protagonizado fatalmente por la clase obrera, y los procesos concretos de constitución de identidades políticas populares heterogéneas en las cuales el marxismo se ha visto envuelto a lo largo de su historia, sin poder sino embargo expresar las plenamente.

En el caso de Chile de fines de la década del 80, la expansión y profundización de las relaciones capitalistás que se ha experimentado durante estos años parecieran instaurar un escenario "clásico", que asegurarían al protagonismo proletario y la "aplicación" del marxismo. Ello determinaría, en un lenguaje también "clásico", la primacía de la contradicción entre burguesía y proletariado y de las tareas de la revolución socialista, de un carácter democrático. El espectro de la II Internacional está presente en esta visión vigente en algunos sectores de la izquierda chilena, manifestada en el privilegio otorgado a la búsqueda de "un camino propio", por sobre la recomposición de la izquierda en la forma de un sujeto popular, proceso que pasa por una concertación amplia anti-dictatorial, y cuyo centro en esta asignado con anterioridad, sino a su asimilación, es precisamente, parte del proceso. "La clase obrera, centro y motor de los cambios", decía el Programa de la década del 60; esta consignación, sin embargo, se refiere a una situación de una situación de hecho, era la producción de una voluntad histórica por producir, tanto a ella como al espacio político que la hiciera —y la hace— posible.

Los esfuerzos por superar la figura histórica del pragmatismo iluminado, por descifrar la medida en que el socialismo ocupa el escenario de la izquierda durante estos años. Todos estos esfuerzos involucran una renovación, una heresia. Por una parte, el integrista radical que se propone refundar la praxis colectiva a partir de una teoría asumida como una colección de leyes universales que es posible aplicar, y cuyo mérito, más allá de las intenciones de sus portadores, consiste en hacer patentes las raíces de la crisis, excluyendo todo saltono nostálgico que se proponga, simplemente, retrotraer la situación a 1973 (es decir, un *retrofit* del pragmatismo iluminado). Por la otra, el proyecto de una filosofía de la praxis de carácter gramsciano que aspira, no a fundamentar —puesto que para ella no hay un exterior de la historia desde donde se pudiera aportar ese fundamento— sino a discernir la racionalidad implícita en la praxis histórica del movimiento popular, recuperando la racionalidad que ya existió en la teoría, incluso en sus tests de más alto nivel.

Una tal filosofía de la praxis, recuperando la inserción en el imaginario ilimitado característica del pragmatismo iluminado —pero ahora no como una inserción inmediata en el mediático mundo a teoría, autoconsciente y autititulado— sino meramente en sentido común renovado de los intelectuales, tanto colectivos como individuales de la izquierda, puede operar como factor de rearticulación y cohesión de un bloque histórico que retome en Chile las tareas democráticas y socialistas.

Notas

¹ Un inventario de esta evidencia incluye el desplazamiento del rol central del proletariado

en el discurso político del socialismo, y su sustitución por un sujeto articulado hegemónico, desde Lenin y la socialdemocracia rusa, en consonancia con el traslado a "Oriente" del escenario de la revolución: los más de 60 años transcurridos desde los últimos levantamientos proletarios en Europa Occidental; la imposibilidad de la clase obrera como clase "pura" en la "teoría de la importación" (teníamos una imposibilidad, por último, como "clase en sí" ya esbozada por Gramsci en "Americanismo y fordismo"; en la media en que se descarta toda clausura de la esfera económica, se colan las distinciones entre bases y superestructura, y quedando en evidencia los aspectos hegemónicos a la cultura del trabajo. Ver al respecto nuestros trabajos "Filosofía y Política Hegemónica", Simoeso Gramsci, Instituto Gramsci Roma e Instituto Alejandro Luchocka, Santiago de Chile, mayo 1987, y "Marxismo y teoría del silencio teórico", Coloquio Chileno-Francés de Filosofía, CEREC-CECO Internacional de Filosofía, Santiago, junio 1987. Algunos de estos aspectos han sido desarrollados por Ernesto Laclau y Chantal Mouf, *Hegemony and Socialist Strategy*, Londres, 1985.

2) Lo que Gramsci denomina "fatalismo" es reconocido como una forma ingenua de expresión de la voluntad histórica, correspondiente a una etapa aún subalterna en la constitución de un sujeto histórico: "La voluntad real se

viste de acto de fe en una cierta racionalidad de la historia y de una forma primitiva y empírica de finalismo apasionado que aparece como sustituto de la Predestinación o la Providencia de las regiones confesionales. Se debe enfatizar, sin embargo, que una fuerte actividad de la voluntad está presente incluso aquí, interviniendo directamente en la "fuerza de la circunstancia", pero sólo implícitamente... El fatalismo no es más que el ropaje de la actividad real v de la voluntad actual cuando se encuentra en una posición débil". "Cuestiones de filosofía, política y cultura", en el sentido de la comunidad, la religión y la filosofía", *Cuadernos de la cárcel*, Q. XXII.

3) Revista *Arcaica*, núm. 15, 1981, p. 69.

4) La cita clásica de Gramsci al respecto es la siguiente: "En Rusia, el Estado era todo, la sociedad era primaria y gelatinosa en el Occidente, había una relación proporcional entre el Estado y la sociedad civil, y cuando el Estado se tambaleó, se reveló inmediatamente una estructura robusta de la sociedad civil. El Estado era un muro exterior, tras el cual se levantaba un sistema poderoso de fortificaciones y trincheras: más a menos numerosos de un Estado en otro Estado, pero siempre presentes, por ello mismo, de un reconocimiento preciso de cada país en particular". ("Lucha política y guerra militar", Gramsci a continuación

desarrolla la idea de que, para estos países en los cuales la sociedad civil se encuentra bien desarrollada, la cuestión de poder del Estado en el tránsito al socialismo debe definirse, no a través de un ataque frontal o "guerra de maniobra", sino mediante lo que él denomina "guerra de posición". Y para la guerra de posición, agrega, "una concentración sin precedentes de hegemonía es necesaria".

5) "Podría parecer que pueda existir una objetividad extrahistórica y extrahumana. Pero quisiéramos que fuera así. Pero quisiéramos que se pudiera colocarse en este "punto de vista del cosmos en sí mismo", y qué significaría tal punto de vista? Se puede en realidad afirmar que estamos frente a un residuo del concepto de Dios, específicamente en su forma misma de un dios desconocido... Objetivo significa siempre "fuerza objetiva", lo cual puede sostenerse que corresponde exactamente a "historicamente subjetivo" en otras palabras, objetivo significaría "universal subjetivo". Gramsci, "La era llamada 'realidad del mundo exterior', Cuadernos de la cárcel, Q. XVII y VII.

6) Gramsci, "El príncipe moderno", en "Breves textos sobre la política de Musquiotti", Cuadernos de la cárcel.

7) Antonio Gramsci, "El concepto de ciencia", *OXFVII*. Podría pensarse que la validez de esta afirmación no alcanza a las ciencias natura-

les, cuya capacidad predictiva parece incuestionable. Sin embargo, la predicción científica naturalista se da al interior de condiciones rigurosamente controladas, que son creadas por el investigador, y con ellas, son "creados" también los resultados como tales.

8) La referencia es a Luis Corvalán, Secretario General del PCCCh, quien en alguna ocasión durante la década de los 60 planteó la cuestión de la relación entre la izquierda y los sectores cristianos de avanzada como un viaje en tren, donde algunos se van bajando en estaciones intermedias. Lo desafortunado de esta metáfora consiste en que la destitución del "tren" se da por establecida de antemano, sin reconocer el derecho de "los pasajeros" a determinarla.

9) Esta ambigüedad queda en evidencia, por ejemplo, en el siguiente pasaje: "Para escapar simultáneamente del solipsismo y de las concepciones mecanicistas implícitas en el concepto del pensamiento como una actividad receptiva y ordenadora, es necesario plantear la cuestión de manera 'historicista', y a la vez poner la "voluntad" (que en última instancia equivale a la actividad práctica o política) en la base de la filosofía. Pero ella debe ser una voluntad racional, no arbitraria, que es realizada en la medida en que corresponde a las necesidades históricas de una cultura determinada, que es la historia universal en el momento de su progresiva actualización" Antonio Gramsci, "Filosofía creativa", Cuadernos de la cárcel, Q. III.

Italia, el prototipo producido por la ausente referencia prestatante, cual promotor de aquella ética individual y molecularmente difundida, que ha constituido siempre, históricamente, la precondición cultural de toda gran mutación del orden político (véase la defensa de Weber contra De Ruggiero en *QG, 1086-1087*).

Queremos ahora hacer surgir, del cuadro que hemos delineado esquemáticamente, un aspecto en particular: la *crítica de la concepción gramsciana, ninguna autonomía de las estructuras económicas "objetivas"*. Aunque las estructuras más inertes y opacas, más mudas y compulsivas en su inexorable automatismo, en realidad están *empapadas de racionalidad y de decisión voluntaria*. También ellas son sólo el resultado de determinadas opciones culturales. Es en esta aceptación rigurosa (completamente conforme al significado que la nueva sociología le atribuye a esta palabra) que Gramsci puede habarnos del mercado como "mercado determinado". Y es por esta vía que llega a delinear, aunque más no fue, ambientalmente, una antropología histórica de las estructuras culturales, que le permite salir fuera no sólo de la órbita ideológica del movimiento obrero y comunista de su tiempo, sino también del cuadro de "autoconciencia" epistemológica de propia teoría marxiana. Todo esto resulta evidente si se lee unitariamente, bajo esta luz, el entero trayecto gramsciano. Más allá del viraje autocrítico y del cambio de perspectiva, ese recorrido aparece atravesado por un núcleo problemático constante: el nexo entre *decisión voluntaria y ley de desarrollo*.

2) Decisión voluntaria y ley de desarrollo: ésta es la entidad que atraviesa todo el itinerario político, intelectual y humano de Gramsci, desde los consejos hasta el "moderno Principio" desde los primeros escritos -impregnados del *élan vital* bergsonian y de la teoría de la ofensiva de matriz soviética- hasta el tan argumentado como sugestivo laboratorio de los Cuadernos. Este binomio se sitúa en el centro de toda la reflexión gramsciana: desde la exaltación vitalista

del acto, del hacer histórico creador de novedades que cifra eminentemente que sintetiza el devenir, hasta la formulación madura del concepto de *praxis*, punto de encuentro de sujeto y objeto de la historia, corazón de una *filosofía* que es simultáneamente también política.

A partir de aquí y sólo a partir de aquí, de esta discordia constante de una experiencia intelectual y humana por muchos aspectos extraordinaria, sale a la luz la compleja y a veces incoherente estructura de la concepción gramsciana. Por él fluye una constante, un verdadero punto inamovible de su *pars destruens*: la necesidad de dispersar ese "aroma de necesidad férrea" que, en los orígenes del movimiento obrero, había servido de coraza para la fuerza de resistencia y para la fe en el futuro. En la época de la *revolución permanente* -la era abierta por la guerra mundial y por Octubre- ese aroma se convierte en una coartada imperdonable, sobre todo donde pierde las connotaciones espontáneas de "sentido común" de "folklore" del movimiento socialista y por ende perder la forma doctrinariamente generalizable de Marx y Engels, y promulgado por la Iglesia oficial y por el "Papa rojo" Kautsky. Gramsci es muy claro en este punto; en el ámbito del marxismo europeo no hay una vez más estereotipo que la suya durante aquellos trabajos años de escisiones y diásporas. En los momentos y períodos de la revolución internacional. Es el "amor gramsciano por la revolución" lo que impide a la teoría socialista aferrar los signos de los tiempos, de aprehender que "la libertad es la fuerza immanente de la historia, que hace explotar cualquier esquema preestablecido". Los "filósofos del socialismo" -insportados ebullentes en la cultura burguesa- no de una holgazanería mental a la cual pretenden dar el nombre de *necesidad*-han hecho de la doctrina socialista un "trapo de piso del pensamiento". Y sobre la ciencia *teológico-histórica* de este "filosofismo", Gramsci es aún más explícito: ella es el futuro del mundo, la libertad ya moldeada, en creer en los planes preestablecidos".

En estos escritos de los años juveniles, Gramsci parece entonces reivindicar algo más que una mera exigencia de renova teoría y de capacidad de previsión-impulsiva para el movimiento socialista, de modo de ponerlo a la par de los tiempos. Más bien, parece reivindicar la readquisición de un futuro como dimensión propia de la libertad y de la elección, de la decisión y de la contingencia, frente a un futuro neutralizado reducido al rango de *estéreo hábita* *no*, propio de los esquemas "burocráticos" propiamente producidos por los grandes arquitectos proyectistas y custodios de la Doctrina. Es tan cierto esto que si mediante un salto comparamos el escenario de los *Escritos juveniles* con el de los *Cuadernos* encontramos ante todo una inversión diametral del diagnóstico y de la *previsión*: el tiempo histórico aceleraríamos de los artículos del período 1905-1912 ha sido reemplazado ahora por el tiempo de los lentos desplazamientos de la "guerra de posición". Pero la discordia originaria sigue siendo la ya indicada: la relación entre ley de desarrollo y decisión voluntaria. Más aún, en cierto sentido los Cuadernos testimonian una profundización ulterior de este problema, precisamente en la dirección de una potenciación del polo constituido por la temática de la decisión y de la voluntad como hechos institucionales. Dicho con más precisión: de las instituciones como *heces de decisiones*, de actos volitivos en *proceso* -en *gestión* -los hechos, que pasan a configurarse como factores poderosos de resistencia inercial. Lo que es importante poner de manifiesto aquí no es más (se lo ha dicho, repeti-



dolo hasta el cansancio, durante los años setenta) el análisis original de la política y del "estado ampliado" (sugestionado, como se sabe, por la lectura de autores "elitistas" como Mosca, Pareto y Michels). Más relevante nos parece, en cambio, comprobar cómo recorre los Cuadernos un tema que acerca la reflexión gramsciana -a pesar de las numerosas críticas a la sociología- a algunos de los resultados más significativos de la investigación social pospositivista. Nos referimos al tema de la resistencia inercial de las estructuras como posibilidad encerrada en la estructura misma de la *praxis*. Como notaron exactamente hace 20 años Alessandro Pizzorno y Luciano Gallino en el *Convenio gramsciano* de Cagliari, Gramsci (no obstante su indiscutible ignorancia de gran parte de la sociología de este siglo -véase de Tönnies a Simmel y a Mannheim-) de la sociología política de la época -de Marcel Mauss a Lévy-Bruhl y del mismo institucionalismo- basta pensar que ligaba a Weber como evolucionista (incapacitado), Gramsci desarrolla de un modo totalmente autónomo una teoría de la integración social en la cual, al igual que lo que sucede en Durkheim (que a nuestro autor le llega a través de la mediación de Sorel), el rol principal lo cumplen los *factores ético-normativos*. Es este

aspecto del que, una vez asumido dentro del cuadro más estrictamente filosófico de la *inversión de la praxis*, permite no solamente explicar la compleja economía del "error" en base a la racionalidad organizativa interna de la sociedad política -sobre la base de un *adesso de mito* (o, si se prefiere, de un "relevo" teológico-político), que persiste también en la más laica y mundana de las "coherencias de partido" y que se justifica con el recurso a la fría lógica de las "necesidades internas de carácter organizativo". Ello permite también -y sobre todo -aferrar aquella peculiar disonancia cognoscitiva, por la cual es precisamente el estatuto estructural de la *praxis* lo que produce el efecto de la pasividad y del obstruccionismo en la forma de "condición objetiva" del "mercado capitalista mismo, en un último análisis, es describable como ensamblamiento o condensación de comportamientos inerciales, de actos mecánicamente reiterados, de hábitos que se han ido sedimentando una constelación determinada de fuerzas sociales y de prácticas intencionales en conflicto estricto".

En nuestra opinión aquí se encuentra la clave del mensaje todavía actual y disruptivo de la reflexión gramsciana: la necesidad de una *crítica del sentido común*. Es cierto que este mensaje se a una, -y a veces directamente se entrecruza y

se confunde con -ese otro motivo, más caudante, Gramsci maduro: el de la racionalidad en sentido único del momento "fordista" de la disciplina, que a la *ratio* del partido correspondiera solamente prolongar y sustancializar éticamente. Mas allá del relieve que alcanza este aspecto como signo de un límite inexorablemente "industrialista" de la obra gramsciana, relevancia que debería vincularse a un análisis del término-concepto, deliberadamente provocativo de "conformismo", estamos aquí en presencia de un caso de contraste singular entre *significantes-otendores* y *significado-contenido*. Es el mismo contraste que emerge cuando confrontamos las aperturas analíticas más impetuosas del texto de Gramsci -allí donde la escena histórica pasa a configurarse como una suerte de grilla con múltiples entradas, marcado por la libertad y el error, la elección y la contingencia, con ciertas fórmulas sintéticas generales en las cuales, con sonoridades en parte hegelianas y en parte tonadas de la lingüística, se habla de todo lo que no ha sido recuperado, o "transmido dialécticamente" en presencia de la "mano fuerte" -una "escoria" causal y contingente [...] episodio superficial, no digno de atención en última instancia" (Q7, 873).

A esta "jaula" del *significante* escapa, en cambio, la noción gramsciana de "responsabilidad", en su doble valencia ético-política y socio-profesional, en algunos aspectos análogo a la aceptación weberiana de *Beruf*, de vocación-profesión -precisamente -responsabilizante, tanto en la "política" como en la "ciencia". En efecto, estamos convencidos de que el modo como la última reflexión de Gramsci enfrenta el tema del *forté etivo*, de la verdad como comprensión de "lo político" -a partir de aquello que *estremeció* este más allá de "lo político" mismo, pero que, no obstante, sin la tensión de éste volvería inevitablemente banal aun el sentido profundo de aquel "para siempre", da lugar a una dimensión del compromiso y del "ser-en-el-mundo" que no es sólo un *leit-motiv* de la manera como Max Weber criticó la *actitud de espera escatológica*, contrapunto del proceso de racionalización: "Hoy"-leemos al final de la célebre conferencia del 1918: *La ciencia como vocación* -"todos aquellos que viven a la espera de los nuevos profetas y de los nuevos redentores, se encuentran en la misma situación descrita en el bellísimo canto del guardia edomita durante el período del exilio, que se lee en el oráculo de Isaias: "Una voz llama desde Sair en Edom; ¿Centine!"; "¿Cuánto durará en la noche? Y el centinela responde: ¡Vendrá la mañana, pero todavía es de noche. Si quisiéramos preguntar, volvería a estar de vez en cuando. Se daba esta respuesta, ha preguntado y esperado más de dos milenios, y conocemos su trágico destino. Aprendamos la lección: no es suficiente anhelar y esperar. Y entonemos nos comportaremos de otro modo, nos pondremos a trabajar y cumpliremos la ley hegeliana" - en nuestra condición de hombres y en nuestra actividad profesional. Lo cual es simple y fácil, una vez que cada uno encuentre y siga el *daimon* que tiene los hilos de su vida"

Releer a Gramsci

Razón política y modernización

Giacomo Marramao

La aproximación que proponemos aquí a la obra de Gramsci es un efecto, tanto esa excesiva precisión filológica que enfatiza aspectos individuales, perdiendo de vista a menudo el conjunto (y que, una vez que ha extraviado la brújula metodológica, puede fácilmente trasladarse a una notalíad divina entre "lo vivo" y "lo muerto") como aquella objetividad actuadora que se manifiesta en la tendencia a unificar y a homologar coactivamente los diversos estratos de la reflexión gramsciana en el interior de una lectura de tesis, conforme-a-un-fin, directamente fungible a una política *in actu*.

En parte para ser breves, en parte para ser precisos, enunciaré mi clara de la lectura del texto gramsciano en forma de tesis, intentando llegar a las conclusiones en la segunda parte de esta ponencia.

1) Gramsci no es un "clásico" en el sentido en que lo entiende Norberto Bobbio. Es, sobre todo un clásico en el sentido de la "crítica del pensamiento del término". Es decir, en el sentido de la "imposibilidad del sistema": desde esta perspectiva, el "sistemáticamente" de la célebre carta a Tatiana del 19 de marzo de 1927 (la carta del "für ewig...") debe ser considerado en una sentido débil y analógico. En consecuencia, un no-clásico. De esta premisa hermenéutica se deriva una consecuencia que concierne al contenido, y que enuncio como segunda tesis.

2) Si en el texto de Gramsci no se busca más el sistema, sino la interconexión transversal -es decir, si se renuncia a reconstruir una íntima e improbable "teoría general"-, se sabe de esto que las fórmulas drásticamente sintetizadas presentes, por cierto, en los Cuadernos pasan a configurarse como un significante-contenedor demasiado rígido frente al significado contenido: o sea frente a la riqueza del análisis y de las reflexiones específicas.

El conjunto de estas reflexiones, de estos sondeos puntuales, de estas genealogías y estrategias, es de orden "meta-político". ¿En qué sentido? En el sentido de que, en vez de enfrentarse directamente al nudo de la política-historia y

La intervención de Marramao en el último coloquio Gramsci (24-26/6/87), mencionada por el autor en el reportaje de L'Unità que fuera publicado en *LCF/6*, y que ahora incluimos, evidencia los elementos que en Gramsci apuntan a una reflexión sobre la modernidad.

de la política institución (o de lo "político"), Gramsci adopta una suerte de estrategia del cerco a sus fortalezas conceptuales y semánticas. Esta estrategia se articula lógicamente a través de dos pasajes que resumio en las tesis siguientes:

3) idea de la historia de Occidente como sucesión de "hegemonías". Con más precisión: como desarrollo del nexo hegemonía-modernización, entendido -en analogía con la concepción weberiana del "racionalismo occidental" - como una unidad que desuniversaliza, extendiéndose a realidades históricas y culturales "ajenas" y que da lugar así a una progresiva sincronización de lo asincrónico (sólo a la luz de la centralidad de este plexo de ritual y energía ético-cultural, racionalidad y modernización; - se explica la atención recientemente le prestó a la obra de Gramsci, en paralelismo con la de Max Weber, uno de los máximos estudiosos contemporáneos de la secularización: Samuel Eisenstadt).

4) idea que remite todas las estructuras sociales (y no sólo las "superestructuras ideológicas") al fenómeno de la "mutación cultural, optimización del nuevo acción-fin, y su reflexión sobre la ineludibilidad del nexo *ética-política* lo vuelven mucho más próximo a autores como Weber, Schmitt, Jünger, que a la pareja alienación-desalienación de un Lukács o de la teoría crítica frankfurtiana).

5) Gramsci recupera su diagnóstico de la "fase" (que hace pero sobre los conceptos de "revolución pasiva" y "guerra de posición") en el interior de esta idea de modernización como efecto de una unidad que se universaliza (y de aquí la presencia del relato de Hegel en los Cuadernos). En este cuadro, lo Moderno en sentido propio aparece como una conquista

tan reciente como frágil, como *ethos* que penetra de por sí las *res vestae* en el arco histórico expansivo, que va de la revolución francesa a la revolución de octubre, pero he aquí que la *fragilidad de lo moderno* - expresada por las diversas formas de "revolución pasiva" - no está acompañada en absoluto, para Gramsci por un déficit, sino, por el contrario, por una *hipertrofia de la modernización*.

6) el correlativo ético de esta *declinación en el crecimiento* está constituido por el pasaje de *la ética de principios* a *la ética de normas*: desde una moral fundada sobre imperativos profundamente compartidos y asumidos autónomamente por los sujetos históricos hasta un cuadro de prescripciones abstractas y externas a las cuales es necesario adecuarse (esto lleva consigo una consecuencia bien precisa en términos de una colocación internacional de la obra gramsciana: Gramsci pertenece, por algunos aspectos, a la gran cultura europea de la crisis, sin compartir con ella, sin embargo, la prevalente hostilidad a la técnica; su exaltación de la racionalidad como simplificación -véase *Q14* 1655-, reducción a lo esencial, optimización del nuevo acción-fin, y su reflexión sobre la ineludibilidad del nexo *ética-política* lo vuelven mucho más próximo a autores como Weber, Schmitt, Jünger, que a la pareja alienación-desalienación de un Lukács o de la teoría crítica frankfurtiana).

7) la idea de una "reforma intelectual y moral" se sitúa en este cuadro como asignación de una específica función histórica al sujeto político, como "moderno Principio"; la función de colmar, en las particulares condiciones de

Después del socialismo real

Más allá del liberismo...

Lucio Libertini

Es falsa e inactual la contraposición entre colectivismo estatal y capitalismo de libre competencia. Hoy, en el Este como en el Oeste, es necesario adecuar democráticamente la demanda a la oferta de bienes, luchando contra la injusticia, la drogadicción y la subutilización de las fuerzas productivas

estridente entre las inmensas áreas de pobreza y de necesidades existentes en el mundo y los límites interpuestos por el mercado a la utilización plena y a la liberación de las fuerzas productivas. Emerge la tendencia del progreso técnico, que también aumenta de manera notable la fuerza productiva y la potencial disposición de la colectividad para producir en vastas áreas de desocupación y de miseria; y la desocupación, en sus oscilaciones, resulta un signo distintivo de las sociedades industriales. En fin, aparece claramente cómo la dinámica de los mercados, a través de la libre competencia y luego por sus fallas, limitaciones para la formación de oligopolios y cárteles, conduciendo a crecientes desigualdades, marginando a los beneficios del progreso a vastas áreas humanas, a cuyas necesidades teóricamente los recursos productivos — se liberaran de toda atadura — podrían dar todo lo necesario.

Del conjunto de estas consideraciones, arraigadas en grandes dramas y tragedias sociales, nace la idea de que es posible resolver el problema centralizando la producción en las manos de un estado colectivista, que deberá estar orientado para la satisfacción de modo equo, y bien dirigido, de las necesidades emergentes. Las razones del socialismo se asientan en la posibilidad de hacer coincidir la máxima capacidad productiva con la demanda real, rompiendo las ataduras del mercado, y resolviendo por esta vía los problemas de justicia social, pero también aboliendo las divisiones en clases. Esta idea — un gran colectivismo de estado como expresión de una racionalidad superior — estuvo en la base de la revolución de octubre; y en sus desarrollos, no menos que en el retrazo histórico de Rusia y en las consecuencias que ella tuvo en los rasgos de la sociedad soviética, reside la razón de las características del socialismo burocrático del Este. Ver con claridad este punto esencial no significa en modo alguno desconocer los méritos históricos de Octubre ni dejar de valorar con serenidad la sociedad soviética sino entender los graves límites y los problemas que este camino presenta.

Esta concepción de organización de la sociedad, del todo racional y convexa en los papeles, tenía su punto débil en el hecho de que una organización colectivista y estatista de la economía disipa el incentivo individual para trabajar, para ahorrar, para inventar y, en lugar de control por ejemplo de reequilibrío y control (por ejemplo de los costos), da inevitablemente origen a estructuras burocráticas rígidas, incapaces de responder a los dinámicos de la economía industrial moderna, a la vez que da lugar a un nuevo poder centralizado y opresivo. Sistemas de este género, eficaces en abatir el muro del originario retraso (no casualmente China venció el desafío histórico con la

India por la eliminación del hambre y de las formas extremas de miseria), resultan en todos los sentidos, limitaciones para el desarrollo en una sociedad moderna. Y es sobre este terreno que se consumó en los decenios del último medio siglo una crisis profunda de la idea de socialismo.

3. El reformismo europeo y la socialdemocracia intentaron responder a aquellas soluciones, y luego, a su crisis, retrocediendo del control de la oferta y concentrando la intervención sobre la demanda, sobre la distribución de la riqueza de cualquier forma producida. De aquí nace el estado social: la intervención pública en la sanidad, en la vivienda, en el sistema de pensiones y de seguro, en el uso del lenguaje y del gasto público para la redistribución del rédito, para alimentar la demanda, para estabilizar el ciclo, sosteniendo el desarrollo de manera continua.

Las realizaciones de movimiento están a la vista de todos; y de ellas depende saber todo que Europa está privada de las asperas contradicciones sociales de un país como Estados Unidos y tenga un bienestar mucho más difundido y homogéneo, a pesar de que luego en Norteamérica se hayan introducido, en determinados períodos sociales, realidades y mecanismos típicos del estado social que si siquiera el reformismo ha podido liquidar sino a penas remediación.

Pero hoy emergieron todos los límites de esta política y en torno a ellos gira el gran debate actualmente en curso en la socialdemocracia europea. En primer lugar el estado social conduce el gasto público — que asume como un dato, una invariable — los costos existentes, de cualquier manera determinados — a niveles vertiginosos, a punto tal de derrumbar el techo de todo equilibrio presupuestario; y todo esto se agrava por el hecho de que el estado social, en cuanto administrado de manera centralizada una serie de servicios, produce burocratismo, deriva a formas de parasitismo. Con la crisis fiscal han caído en numerosas oportunidades gobiernos socialdemócratas, desde Suecia hasta Inglaterra. En segundo lugar se verifica que la carga fiscal y la intervención sobre la demanda no llean a controlarse las tendencias de las estructuras productivas capitalistas para producir concentraciones de riquezas, desigualdad y marginaciones sociales. El modelo socialdemócrata se ha reducido al modelo capitalista y ha perdido empuje y referencias ideales, un tema por lo demás recurrente en los debates de la socialdemocracia europea. Es necesario regresar a esta altura que la arena y compleja lucha del movimiento de los trabajadores, en sus diversas componentes, erróvil profundamente sobre el sistema capitalista, que no es una realidad por sí misma sino el fruto dialéctico de las luchas sociales y políticas. En este sentido es verdad que elementos de socialismo permearon firme-

mente toda sociedad capitalista. Por otro lado se produce una difusión, más o menos intensa y compleja, del estado social; no se debe olvidar jamás que la reducción del horario de trabajo, los diversos equilibrios entre trabajo y tiempo pleno, la intervención pública en el problema habitacional, el sistema jubilatorio, etc., no son el producto autónomo del capitalismo sino una modificación, de ciertos aspectos estructurales, realizada por una secular lucha de los trabajadores. Por otro lado se desarrollaron formas crecientes de intervención pública en la economía que no tienen nada que ver con el modelo del mercado de competencia y que resultaron cada vez más importantes para la estabilización del ciclo económico, para reequilibrar el desarrollo, y para sostenerlo. En los países industriales el sistema bancario fue ampliamente publicitado y opera una suerte de dirigismo económico; se difundieron las empresas públicas o con participación del estado; en varios sectores (como el edificio, las comunicaciones, la naval-mecánica) la intervención pública fue institucionalizada y se convirtió en una estructura de peso; la política fiscal es un incremento importante y decisivo de intervención sobre el mercado y sobre el desarrollo; las políticas aduaneras, las políticas monetarias, son todos instrumentos de gobierno estatal de la economía. Las formas de este entrelazamiento entre capitalismo público y capitalismo privado (este último cada vez más concentrado en grandes corporaciones financieras con carácter oligopólico) son distintas según sean los países y, por ejemplo, en los Estados Unidos es decisivo el aspecto militar, que hace del Pentágono, de sus suministros gigantescos, de sus relaciones simbióticas con las direcciones industriales, una estructura de dirección de la economía.

4. Estos nuevos caracteres del capitalismo moderno, que cancelan la idea falsa de una contraposición entre un socialismo estatizado y un capitalismo de libre y perfecta competencia (un modelo sólo propagandístico, pero fuertemente difundido) determinaron una creciente burocratización del estado y de la sociedad, un rasgo por otro lado conspicuo de las sociedades capitalistas de Occidente.

En la raíz del embate neoliberalista de estos años, y en la base de masa y de consenso que ella encuentra en las áreas sociales más diversas se encuentra la amenaza concreta que las formas de burocratización representan para los ciudadanos, para su libertad, para su capacidad de autodeterminación, para sus derechos civiles más elementales. Se trata de un problema verdadero, real, de gran dimensión; las fuerzas políticas que no lo entienden se apartan de la sociedad real.

Y sin embargo, en la base de esta "ideología" difusa existe un equívoco profundo, las repercusiones de los socialismo del Este, el dilatado conocimiento de los mecanismos reales del capitalismo moderno, conducen a una imposible idealización de una sociedad "libre" que de cualquier manera luego no subsiste en lugar alguno, y a la ilusión de que aquellos efectos de libertad se pueden obtener manteniendo la intervención pública, girando por detrás de la rueda de la historia. En los Estados Unidos de Reagan — donde por otro lado en pleno boom hay ocho



millones de desocupados y el 20 % de la población es oficialmente declarada "pobre" — el desmantelamiento de muchas de las estructuras del estado social no han llevado a una reducción del peso efectivo del estado en la economía, porque se agantó la intervención militar, elemento clave del incremento económico; y porque permanecieron en pie y hasta se acentuaron políticos públicos de intervención en el mercado (basta pensar en el carácter artificial de la manutención sobre las tasas de interés que incrementó la cotización del dólar y favoreció las condiciones de la balanza comercial norteamericana).

5. En una situación como ésta, cuyos rasgos esenciales traté de recordar, carece de significado hablar de una victoria del capitalismo y de una muerte del socialismo: se trataría de un esquema mistificado y falso. El desarrollo real fue muy distinto de este esquema, como ya hemos visto, y además los sistemas capitalistas, aun tan profundos e irreversiblemente modificados, no suprimen las contradicciones fundamentales que inspiraron la exigencia de socialismo, como hemos habido al comienzo.

Ante todo ellas no suprimen la desproporción entre la potencialidad de la fuerza productiva y la capacidad de absorción del mercado, y entre esta última y la calidad de las necesidades reales. Desde este punto de vista, no obstante la reclamada economía de consumo, la contradicción es hasta más notoria por muchos aspectos. Ciertamente, en los países industriales el desarrollo se difundió gracias también a la socialización de las riquezas luchadas a través de las grandes y asperas luchas sociales y políticas del movimiento obrero, lo que trajo como consecuencia un fuerte crecimiento del tenor de vida medio. Pero las diferencias sociales son angustiosas, especialmente en un país como Estados Unidos, que no experimentó un reformismo como el europeo; y a la luz de una idea racional del desarrollo son tanto menos explicables porque la fuerza productiva, en razón del gran crecimiento técnico y científico, podría "verdaderamente" si se liberara, asegurar la prosperidad de todos. Y cada vez más aguda se plantea la cuestión de la *calidad* del desarrollo; el gran tema del ambiente, que caracteriza y caracterizará cada vez más a las sociedades modernas, si no es afrontado con la loroología lógica de un retorno a la edad de oro del estado de naturaleza, representando precisamente el problema de un modelo de desarrollo distinto. Pero todavía más notable es la diferencia entre países avanzados y países retrasados, los últimos de los cuales representan ahora la mayoría de la humanidad. Las previsiones de la ONU nos dicen que, con la tendencia actual, en el año 2000 el 50 % de la población pertenecerá al área del hambre y de las necesidades más elementales. Esta se ha convertido verdaderamente en la principal y ejemplar cuestión del mundo moderno. Sin embargo, también aquí, desde el punto de vista material, la ciencia y la técnica están hoy en condiciones de incidir poderosamente sobre aquella diferencia. En verdad es una trágica ironía escuchar hablar de "ayuda" a los países del Tercer Mundo cuando sólo la política del dólar absorbió en sentido opuesto muchas veces el total de estas ayudas; cuando la relación entre precios industriales y precios de determinadas materias primas alimenta la concentración del desarrollo y la difusión de la miseria; cuando no se afronta el problema crucial de la estructura, del desarrollo mundial, cuando el rearme destruye y esteriliza recursos gigantescos.

6. La idea originaria del socialismo como un sistema nacional e internacional que hace coincidir oferta y demanda rea-

les, liberando las fuerzas productivas potenciales y orientando de modo nuevo la calidad del desarrollo, emerge más fuerte que nunca a la luz de la historia mundial contemporánea. Esta idea no está sepultada por la crisis del modelo soviético y por los límites de la crisis de la socialdemocracia; requiere en cambio una búsqueda que valore estas experiencias, en los aspectos positivos y negativos, que diserte formas nuevas de organización de la sociedad. Es esta la base de la elección de la tercera vía, que caracterizó a los italianos en los últimos diez años, y que llamó la atención del movimiento de izquierda mundial y que permitió lograr niveles de fuerzas y de prestigio sin precedentes. Una idea que hoy se intenta borrar, volviendo a agitar y rebotar viejos mitos. La objeción más difundida contra esta perspectiva es la más risible: Se sostiene que ella es imposible porque no existe en ninguna parte. Para este sector todo lo que se concibió como algo nuevo en la historia de la humanidad no se habría debido verificar porque obviamente no existía antes; a la vez la realidad contemporánea es presentada, precisamente en una fase de perturbadores progresos científicos en todos los campos, como una última área de aquella historia. Y, en homenaje a esta banalidad, se dejan de lado luego todos los signos visibles que existen de las exigencias y de las soluciones que van en dirección de la tercera vía.

7. En cambio el desafío que debemos enfrentar es precisamente éste. ¿Es posible imaginar y construir una sociedad que se haga corresponder el potencial productivo a las necesidades reales, en la cantidad y en la calidad más allá del colectivismo estatal y de formas de poder burocrático? ¿Es posible desarrollar esta sociedad en la dirección de formas crecientes de autogestión y por tanto de "extinción del estado" (para usar la expresión marxiana), manteniendo y desarrollando elementos de programación que intervengan tanto sobre las ofertas como sobre la demanda, y por lo tanto actúan también sobre los costos? ¿Es posible desarrollar formas de cooperación internacional con contenidos avanzados que den lugar a condiciones estructurales tales como para reducir la diferencia entre países avanzados y países retrasados y para terminar con la carrera armamentista? ¿Es posible imaginar que la idea de libertad, y por tanto de lucha contra toda forma de opresión burocrática, se encamine en el socialismo, uniendo justicia social y garantía de los derechos individuales, de una democracia más amplia y más participativa?

La expresión "conciliar programación y mercado" contenida en muchos documentos del PCI es ciertamente inadecuada y restrictiva, pero sin embargo tiene este significado. Y en esta dirección están orientadas nuestras investigaciones participativas y políticas, de las cuales no es necesario apartarse, pero sí saber desarrollarla con un nuevo lanzamiento. Hoy la necesidad más evidente no es en verdad la de un asentamiento sobre viejos esquemas sino una gran provocación intelectual y cultural en dirección de la innovación social, sectoriales de las cuales no es necesario apartarse, pero sí saber desarrollarla con un nuevo lanzamiento. Hoy la necesidad más evidente no es en verdad la de un asentamiento sobre viejos esquemas sino una gran provocación intelectual y cultural en dirección de la innovación social, sectoriales de las cuales no es necesario apartarse, pero sí saber desarrollarla con un nuevo lanzamiento. Hoy la necesidad más evidente no es en verdad la de un asentamiento sobre viejos esquemas sino una gran provocación intelectual y cultural en dirección de la innovación social, sectoriales de las cuales no es necesario apartarse, pero sí saber desarrollarla con un nuevo lanzamiento.

gandhi

- Krisvea: Historia de amor
- Habermas: Historia y crítica de la opinión pública
- Horkheimer: Ocaso
- Morin: Ciencia con conciencia
- Candwell: La agonia de la conciencia burguesa
- Morin: Qué es el totalitarismo
- Dahrendorf: Las oportunidades de la crisis
- Bachelard: La llama de una vela
- Hypocrite: Lógica y existencia
- De Wachters: La filosofía de Heidegger
- Jochim: Perspectivas hacia la historia social de Latinoamérica
- Kanados: La revolución pasiva: una lectura de los "Cuadernos de la cárcel"
- Basaglia: Mujer, locura y sociedad
- Basaglia: Una voz: reflexiones sobre la mujer
- Marx y Engels: Su vida y su tiempo
- Hobsham: Marxismo e historia social
- Cohen: La teoría de la historia de Marx
- Anderson: Teoría, política e historia
- Anderson: Tras las huellas del materialismo histórico



Cursos de noviembre

Ana del Cuello Introducción a las técnicas dramáticas y dinámica grupal

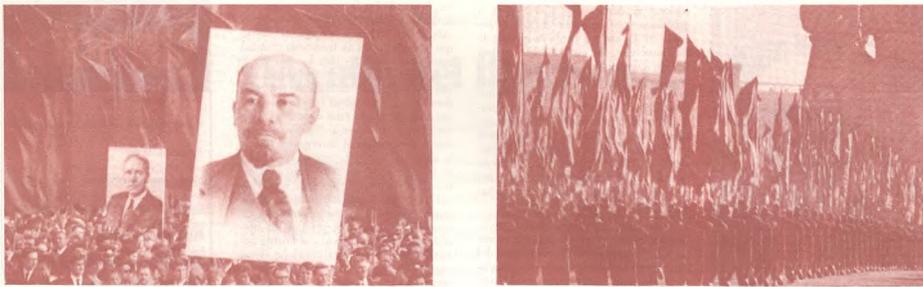
Sergio Rodríguez El Inconsciente en producción documental. Lo inconsciente en la producción de movimiento social

Hugo Vezetti Familia y matrimonio en la Argentina. Historia de las ideas.

* Retire los programas e infórmese en: **Libros Café Foro Cultural**

gandhi
Montevideo 453
46-1994 - (0109) Cap. Fed.

(Publicado en *Rinascita*, núm. 34, 14-9-1985. Traducido por Jorge Tula).



La generación del marxismo-leninismo

Fernando Claudín

“Nuestra generación, dice Claudín, vivió una borrachera de romanticismo revolucionario, y nos hicimos marxistas-leninistas”. A varios años de distancia intenta mostrar cuál fue el “estéril” punto de partida y los condicionamientos históricos, políticos y culturales que lo explican. “Sólo cuando nos liberamos de él, agrega, pudimos aportar algo al marxismo”.

sis española y europea, una concepción del mundo que, para realizarse, requería el aniquilamiento de los que profesaban la concepción opuesta, una acción militante cuyo eje vertebrador era la afirmación de un partido único, depositario de una verdad única, dotado de la única estrategia capaz de hacer la necesaria revolución. Una revolución a la que la masa debían ser conducidas aunque no pudieran elevarse a la comprensión de su necesidad, proclamada por el partido.

Europa se vio desgarrada por estas dos ideologías que reflejaban su crisis profunda, una crisis que en sólo treinta años se tradujo en dos guerras mundiales con un breve intervalo caracterizado por el declive de las democracias y el ascenso de las dictaduras. Pese a su relativa marginalidad en Europa, España no podía escapar a esa deriva suicida de la civilización europea. Es cierto que la crisis española, iniciada con el naufragio de la Restauración, tuvo raíces propias, nacionales, pero en esencia se asemeja mucho a la de otros países del centro, sur y este de Europa. En todos encontramos la incapacidad de las fuerzas políticas tradicionales para adaptarse a las nuevas formas económicas y sociales que emergían en el cambio de siglo, y encontramos también la impotencia del todavía inexperto movimiento obrero para crear un bloque social que diera a la crisis una salida progresista.

A l iniciarse en Europa los fatales años treinta, España —una vez más, diferente— emprendió un rumbo a contrapelo del marcado por el ascenso de las dictaduras y la crisis de las democracias en el conjunto del continente. Pero pronto esta “anomalía” española se ve minada por las tendencias de fondo de la evolución europea que entroncaban —estimulándose recíprocamente— con las tendencias de fondo, aparentemente dominadas pero persistentes de manera sobe-

nada, de la anterior etapa española. Esta interacción explosiva encuentra muy pronto su expresión en las dos corrientes ideológicas ya mencionadas, que se enervaron directa o indirectamente de las fracciones antagonistas de nuestra generación. A mi parecer más indirecta que directamente, porque en su forma pura sólo grupos reducidos las hicieron suyas, las adoptaron como credo de su acción militante, pero de manera indirecta, difusa, simbólica, impregnaron a amplios sectores, tanto en lo político como en lo cultural.

No voy a referirme, pero no hablo yivido más que como combatiente en el campo opuesto, y tampoco es tema que haya estudiado especialmente, a las formas y vicisitudes que el fenómeno tuvo en la fracción de nuestra generación marcada por la ideología fascista. Voy a hablar, claro está, de la de Sánchez Vázquez y la mía, la que abrazó la causa de la revolución ejemplarizada y simbolizada en el Octubre ruso, y a la que denominó *generación del marxismo-leninismo*. Tal vez de manera abusiva puesto que sólo era eso: una parte, una fracción de la generación de la guerra civil. Pero también los conceptos de generación del 98 o del 27 aluden sólo a los rasgos distintivos de una fracción generacional, y la legitimidad de considerarla representativa reside en que su visión, su actitud, ya fueran de carácter político-intelectual o estético, constituían algo no sólo nuevo sino progresista. También nuestra fracción generacional, pese a lo que hubiera de extraviada en su ideología concreta o difusa, representaba la voluntad de transformación radical de una España llegada a la encrucijada más dramática de su historia moderna. La cuestión que quisiera abordar aquí es la siguiente: ¿por qué esa ideología, a primera vista tan ajena a las tradiciones políticas y culturales de nuestro solapatrio —al liberalismo del ochocientos, al apolitismo anarcosindicalista, al socialis-

mo de Pablo Iglesias—, nos subyugó a los jóvenes que entrábamos en la vida política con la crisis de la Monarquía y la instauración de la República?

No creo que haya una razón única sino el efecto de varias causas o factores que se conjugaron para producir un resultado imprevisto. O no tan imprevisto, porque ya en 1930, en su “Prólogo para franceses” a *La rebelión de las masas*, Ortega hacía algunos pronósticos que resultaron premonitores. Después de recordar que él no participó del temor general a que el comunismo inundara Occidente cuando triunfó en Rusia, porque —según había escrito entonces— el comunismo era una sustancia inasimilable para los europeos, preservados por su principio histórico, la individualidad, Ortega prosigue: en cambio ahora —es decir, en 1930— “me parece soberanamente posible que en los años próximos se ensesime Europa con el bolchevismo”. Del conjunto del razonamiento orteguiano se deduce que la seducción vendría de que, fuera cual fuera de su contenido, el bolchevismo “representa un ensayo gigante de empresa humana”. “Es no conocer al europeo esperar que pueda oír sin excendarse esa llamada a un nuevo hacer, cuando él no tiene otra bandera de parca altermaría que desplegar envenenado. Con tal de servir a algo que es de sentido a la vida y buir del propio vacío existencial, no es difícil que el europeo se trague sus objeciones al comunismo”. “Es no por su sustancia, se sienta atraído por su gesto moral”.

Y, en efecto, los más destacados intelectuales de aquél período de crisis europea, y desde luego todos los situados políticamente en la izquierda —sin exceptuar los pocos que en uno u otro momento formularon críticas de fondo a la revolución rusa—, se sintieron atraídos por el “ensayo gigante de empresa humana”.

Para los que entrábamos en la vida histórica sin haber cumplido aún los veinteaños, al iniciarse la década de los treinta —cuando aparentemente España emprendía una trayectoria inversa a la tendencia europea— el problema no era de “vacío existencial” ni de un “futuro vacío”. Al contrario, ante nosotros parecía perfilarse un futuro que podía dar pleno sentido a nuestra existencia: el horizonte de una transformación radical, revolucionaria, de nuestras vidas, de nuestra sociedad y del mundo. Para nosotros, la atracción de Rusia no era tanto moral —o no era sólo moral— como podía serlo para los

intelectuales de la generación de Ortega o de la del 27: era, ante todo, una atracción política e ideológica. Porque, ¿de qué se trataba, a fin de cuentas? De que en España se iniciaba una revolución, por muy pacífica que su comienzo fuera —de todas maneras realista, porque antes habían sido fusilados Galán y García Hernández, convertidos en los héroes románticos de nuestra juventud adolescente—. También el zarismo había caído como una fruta madura, casi sin derramamiento de sangre y el gran cambio revolucionario había venido después. Aquella trayectoria de la revolución rusa estuvo muy presente, desde el primer momento, en las interpretaciones del proceso español. La derecha veía en la democracia republicana-socialista una posible repetición de la etapa Kerenski, que daría paso a la revolución comunista. Y la mayoría de los jóvenes que iniciábamos nuestra militancia política —no sólo los que ya entonces optamos por el exótico comunismo, sino la mayoría de los jóvenes socialistas, e incluso muchos de los que se consideraban simplemente republicanos— veíamos en aquella alianza con los partidos republicanos burgueses, si no una tradición al menos una táctica, desagradablemente necesaria, que debería abrir paso a la revolución socialista.

No y habíamos de la juventud influida por el anarcosindicalismo, lanzado a un enfrentamiento radical no sólo contra la “democracia burguesa” sino contra la política en general. Pero incluso esta juventud atraída por las ideas anarquistas sentía cierta fascinación por la revolución bolchevique.

En realidad esa algo común entre todas esas corrientes ideológicas que empezaron a imperar en la mayoría de los núcleos más activos de nuestra generación, y era la influencia de una herencia político-cultural carente de

verdaderas tradiciones democráticas. No era un problema sólo español: en la mayor parte de Europa, el sistema democrático apenas comenzaba a salir de las restricciones censitarias de las discriminaciones políticas de la mujer y de otras limitaciones tradicionales. En España, concretamente, la larga experiencia de la Restauración había sembrado en la sociedad no sólo la desconfianza en el parlamentarismo sino la aversión por la política en general. Resulta difícil explicarse la relevancia del anarquismo español sin tener en cuenta esa experiencia. Y también influyó no poco en las características del socialismo español, en su obrerismo, en sus recelos respecto a la “democracia burguesa”, que con tanta virulencia resurgieron en cuanto se produjo la derrota electoral de los partidos que habían formado el gobierno republicano-socialista, y se iniciaron los gobiernos “burgueses”. Este poco común de las diversas ideologías revolucionarias de nuestra generación no podía por menos de enlazar, muy naturalmente, con uno de los rasgos fundamentales de la revolución bolchevique: la descalificación total de la “democracia burguesa” y el postulado de que la dictadura del proletariado encarnaba una democracia superior, auténtica.

No es fácil para las generaciones actuales situarse en la atmósfera y los condicionamientos ideológicos en que creció nuestra generación. El hecho que resultó decisivo, incontestable, deslumbrador, para todos los que nacimos a la vida política con el añeño comitativo de que estaba iniciándose una gran revolución española, consistió en que no teníamos otro ejemplo, otro modelo, que el que estaba experimentándose en el inmenso espacio del antiguo imperio zarista. No encontramos en el panorama político y cultural español una elaboración teórica, un proyecto social, que pudiera servirnos de

guía. Y lógicamente este vacío realizaba aún más la luz que venía del Este. Por otra parte, incluso una mirada crítica sobre ciertos aspectos de aquel experimento —algunos de ellos eran objeto de discusiones entre los que buscábamos hacia dónde ir: recuerdo, por ejemplo, mis discusiones con Manuel Tagüeña hasta que ambos decidimos ingresar en la Juventud Comunista —encontraba fácil respuesta en lo que conocíamos de la historia europea. ¿Qué gran revolución no había incluido excesos, represiones, incluso el recurso al terror? ¿Cómo podía no ser doloroso el parto de una nueva sociedad, que a diferencia de las grandes revoluciones burguesas quería acabar con toda forma de opresión, de explotación, de injusticia? Si la dictadura jacobina había sido necesaria en la revolución francesa, ¿cómo podía realizarse una revolución aún más profunda sin una dictadura incluso más férrea?

Además, nuestro febril activismo político nos dejaba escaso tiempo para la reflexión y el estudio teóricos. Tratábamos, sin embargo, de asimilar lo más urgente, que a nuestro parecer era, aparte de algunas cosas, muy pocas, de Marx —el inevitable *Manifiesto*, o el *18 Brumario*—, la versión del marxismo producida por los que de verdad habían hecho la revolución. Leíamos a Lenin, y cada vez más a Stalin, los largos y prolíficos documentos de la Internacional Comunista, y aprendimos lo básico —que no es necesario repetir aquí— del leninismo-estalinismo. No teníamos dudas de que aquello era el marxismo vivo, actual, el marxismo operativo que necesitábamos para guiar nuestra acción. Pero no todo había de ser arida teoría y solazarnos nuestro fervor revolucionario con las novelas y relatos de la gran epopeya, que la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios, con su revista *Octubre*, se encargaba de valorar como realizaciones de la nueva estética del realismo socialista. *Nuestro Cinema* cumplía análogo papel con las primeras películas soviéticas que podíamos ver en cine-clubs y algunas pocas salas comerciales. El *Teatro proletario* montaba piezas del mismo carácter. Era todo un frente cultural protagonizado por Alberti, María Teresa León, César Falcón, Arciniegas, Renau, Wenceslao Roces, Sándor y otros muchos. La Asociación de Amigos de la Unión Soviética, o los Comités contra la guerra y el fascismo, podían atrair un abanico más amplio de personalidades intelectuales —Bergamín, los arquitectos Lacasa y Sánchez Arca, Luis Jiménez de Asúa, Luis de Luján, Bagaña, Federico García Lorca, Américo Castro, Claudio Sánchez de Albornoz, y la lista sería larga —muchas de las cuales no tenían la menor vinculación con nuestro movimiento, pero sentían un compromiso moral con el “ensayo gigante de empresa

humana”. Todo ello configuraba la atmósfera espiritual en la que se formaba también nuestro espíritu revolucionario, nuestra creencia en el nacimiento de un mundo nuevo. Pensábamos que la victoria de nuestra revolución estaba al alcance de la mano y pronto se fundiría con la que había venido en la misteriosa Rusia. En una palabra, vivíamos una borrachera de romanticismo revolucionario. Así nos hicimos marxistas-leninistas, que para nosotros era sinónimo de estalinismo, porque Stalin era el nuevo Lenin, el dirigente de acero —aprendimos que su nombre venía de *stal*, acero en ruso— implaceable con los traidores a la revolución, cuya máxima figura era el Judas Trotsky.

La agudización de la lucha política y social parecía darnos la razón. Cuando los jóvenes socialistas asumieron también los postulados del marxismo-leninismo, y se propusieron, nada menos, que la “bolchevización” del histórico PSOE, cuando la mayor parte de esos jóvenes socialistas pasó al PCE, y la JSU —la mayor organización juvenil que haya conocido España— quedó bajo nuestra influencia ideológica, podía decirse que nuestra generación se había ganado mercedemente el título de marxista-leninista, incluida la connotación estaliniana que ese concepto tenía entonces (y durante bastante tiempo después).

El curso de la guerra civil, el papel casi hegemónico que en ella tuvo el PCE, el hecho de que la URSS protagonizara la victoria ayuda efectiva a la República, no podía por menos de fortalecer nuestras convicciones. Y no digamos, más adelante, la victoria de la URSS en la segunda guerra mundial y el papel decisivo que en esa victoria desempeñó. Frente a la entidad de estos hechos, las persecuciones contra los trotskistas en España, los procesos de Moscú o el pacto germano-soviético, difícilmente podían quebrantar nuestros esquemas políticos e ideológicos. Tanto menos cuando que podían encontrar una explicación racional dentro de estos mismos esquemas: el imperativo, ya mencionado, de aplastar toda tradición a la revolución; la utilización a fondo de las contradicciones intercapitalistas para que la URSS pudiera ganar tiempo frente al fascismo hitleriano (explicación del pacto germano-soviético); etc. Y podría referirme a mi experiencia posterior, cuando viví siete años en la Unión Soviética: la coherencia interna de nuestra teoría, una vez aceptados los axiomas básicos, permitía explicarse racionalmente la realidad soviética, incluidas las contradicciones con la imagen idealizada que se podía tener antes de tomar contacto directo con esa realidad.

En verdad sólo había —salvo excepciones que confirmaban la regla— dos po-



sibilidades para romper el cerco mediático de nuestra ideología. O bien la representación por la contradicción interna, dentro de uno mismo, con otros valores culturales ya adquiridos, a través de un conflicto que bajo determinados estímulos podía entrar en crisis: tal fue el caso de algunos destacados intelectuales de la generación anterior a la nuestra, o bien la revelación clamorosa de una situación, de unos hechos inconcebibles, que sacasen a la luz la contradicción entre nuestra teoría y la realidad. Esto se produjo después de la muerte de Stalin a través de una serie de acontecimientos: las revueltas obreras de 1953 en Alemania Oriental, el Octubre húngaro y polaco en 1956 y, sobre todo, las sucesivas revelaciones de Jruschov en su famoso "informe secreto" ante el

XX Congreso del PCUS. Fue entonces cuando ante evidencias tan inasoyables muchos comunistas europeos de nuestra generación comenzamos a poner en cuestión aspectos básicos de nuestra ideología y de nuestra política. Según las circunstancias personales y políticas de cada uno, el camino que recorrimos para liberarnos de la alienación marxista-leninista fue más o menos largo, más o menos doloroso. Otros muchos, tal vez la mayoría, ni siquiera lo iniciaron y siguieron viviendo en el marxismo-leninismo el guía infalible de su acción política.

Adolfo Sánchez Vázquez y yo mismo figuramos entre los que recorrimos ese camino, a veces encontrándonos conflictivamente en la trayectoria, como cuando yo fui encargado por la dirección del

PCE de censurar y sancionar las posiciones críticas de Sánchez Vázquez en México, o cuando años después él hubo de aceptar disciplinadamente, como miembro del partido, mi exclusión del mismo. Luego, entre 1968 y 1973, cruzamos una interesante correspondencia en la que comentábamos, a veces críticamente, nuestros respectivos trabajos, en particular su *Filosofía de la praxis* y mi *Crisis del Movimiento Comunista*. En esa correspondencia constábamos que la influencia del leninismo aún se hacía sentir en nuestros escritos.

Yo no voy a entrar en el análisis de la obra filosófica de Sánchez Vázquez, por la que se rinde este merecido homenaje. Otros van a hacerlo a continuación. Mi intención ha sido, únicamente, mostrar

cuál fue el estéril punto de partida ideológico de nuestra generación, los condicionamientos históricos, políticos y culturales que lo explican. Sólo a medida que pudimos liberarnos de él, en un complejo proceso político e ideológico, algunos miembros de esta generación pudimos aportar algo al marxismo. Un marxismo que permanece como una de las corrientes fundamentales del pensamiento moderno pero que es sólo eso — con ser bastante — no puede darnos la clave interpretativa de todos los fenómenos del pasado y del presente. Menos aún del futuro.

[Esta intervención fue leída en el seminario sobre Adolfo Sánchez Vázquez, celebrado en Cádiz los días 13 y 14 de mayo de 1987, y fue publicado en *Letra Internacional*, núm. 6, 1987.]

Conversación con Teodoro Petkoff

Oscar González

El modelo leninista es cómodo para los jefes

¿Cómo es el tránsito que hacen ustedes desde un Partido Comunista tradicional, como el venezolano, pasando por la experiencia china, y concluyendo con una fuerza parlamentaria en el marco de un orden democrático-liberal?

Para comprender el nacimiento del Movimiento al Socialismo es indispensable tener en cuenta algunas claves que lo explican. En primer lugar tenemos un Partido Comunista clásico, ortodoxo, pro-soviético, convencional. En segundo término, que ese PC, por una rareza de la historia, asumió durante los 60 el peso fundamental de una experiencia inédita: la lucha armada en Venezuela.

Los siete u ocho años de lucha armada en Venezuela constituyeron una experiencia distinta a la de otros países del área en los 60, donde el voluntarismo tuvo expresiones más bien precarias. En esos países la lucha armada no se correspondía —digamos así— con las condiciones reales y objetivas, y esas experiencias terminaron muy rápidamente. En Venezuela, en cambio, y si bien yo considero que fue un grueso error político haber desatado la insurrección, ésta cabalgó sobre una relativa movilización popular de carácter urbano, consecuencia de los desajustes producidos por la caída de la dictadura (de Pérez Jiménez). Desajustes económicos y sociales, acompañados por una gran fluidez política, en un país que tenía una larguísima historia de dictaduras y una muy pequeña tradición democrática real: donde los partidos políticos que ganaban las elecciones —en particular Acción Democrática— eran vistos con mucha desconfianza por la burguesía venezolana, por los militares, por la Iglesia.

De modo que se creó una situación en la cual el impacto cubano fue muy grande y eso produjo el desencadenamiento de circunstancias que hicieron del PCV un protagonista muy importante de ese proceso. Además, el PCV no era un partido marginal en la política nacional, estaba muy inserto en el proceso político. La experiencia que hicimos quienes estábamos en el PCV con una militancia prolongada, entre 15 y 30 años —vivir dentro de ese modelo de partido, tomar contacto con los países que servían de paradigma a la política comunista y la experiencia de la lucha armada— nos provocó un debate inmediatamente después que el PCV dio el paso histórico de admitir que estábamos derrotados, de retroceder, de desmantelar los propios aparatos armados, y, en el curso de un proceso de dos años, hacer posible que al encuentro de esa postu-

La experiencia del Movimiento al Socialismo, en Venezuela, no puede entenderse sin una serie de particularidades que corresponden no sólo a la historia de la izquierda en ese país, sino a la propia sociedad venezolana en su conjunto. Si por un lado el MAS es un partido con tendencias internas legitimadas estatutariamente y que no reconoce el modelo canónico de ningún Vaticano comunista, por otro lado existe un sólido bipartidismo que se alterna en el poder y un ejército que no se inmiscuye en la estabilidad democrática. Esos temas se analizan en este diálogo.



ra política saliera tanto el gobierno de Leoni como después el de Caldera, con medidas bastante audaces de reconocimiento de esa situación, con vistas a la relegalización del partido, a la normalización democrática.

¿Hubo entonces una secuencia autocrítica: primero la del PCV como tal, y luego la de quienes emigraron de allí para formar el MAS?

Sí, a finales de 1967 el PCV llega a la conclusión de que el camino que habíamos emprendido era un callejón sin salida. Y que era preciso sin negociar con el gobierno —estábamos derrotados— y en forma unilateral, aceptar los hechos: más que militar estábamos políticamente vencidos. Creo que dimos un paso atrás muy a tiempo y esa política encontró eco en las élites gobernantes, que no era la primera vez que daban muestras de sensatez, de capacidad para reconocer cuáles son sus intereses generales.

Legalizado el PCV se inició en su seno un debate ya perfurado cuando éramos aún cuadros clandestinos, un debate que se inició a mediados del 68 y culminó en diciembre del 70, cuando nos fuimos del PCV y formamos el MAS.

¿Cómo fueron los términos de ese debate?

Comenzó para tratar de explicarnos qué había ocurrido con la lucha armada, pero muy rápidamente pasó de la autocrítica formal de los errores cometidos a transformarse en una discusión sobre los fundamentos existenciales del PCV y de la política revolucionaria en el país. Se recordará, además, que en 1968 se produjo la intervención soviética en Checoslovaquia, de manera que eso se incorpora también a la polémica. Y luego comienza la discusión sobre el partido mismo.

Dos contradicciones comenzaron entonces a aparecer muy nítidamente ante nosotros. Una: nos habíamos levantado en armas con la bandera de la democracia contra un gobierno al que acusábamos de vulnerar las convicciones democráticas obtenidas por el derrocamiento de Pérez Jiménez. Verdad o no, en todo caso esa era la bandera de nuestra lucha. Sin embargo, el paradigma societario que proponíamos al país era el de una sociedad autocrática y hasta despótica en su historia y nada democrática: la sociedad soviética. Era una contradicción demandando explicación para que la resistiéramos. Empezamos a darnos cuenta de la enorme falta de credibilidad

de una política que, en el contexto venezolano, se proponía como democrática, pero, al mismo tiempo, se encontraba unilateralmente vinculada a un partido y a una sociedad no democrática que es la que proponemos como modelo.

En segundo lugar, había otra contradicción: la política comunista en nuestro país tenía una inspiración antiimperialista, combatíamos al imperialismo norteamericano, la penetración norteamericana y todas las consecuencias de la política imperialista de nuestro continente. Pero al mismo tiempo, el partido consideraba que cosas tales como la intervención soviética en Checoslovaquia eran algo así como un acto revolucionario. Estábamos entonces en una situación increíblemente equívoca: que, además, coincide con la intervención norteamericana en Santo Domingo, que nosotros combatimos con toda la cólera que puede producir un acto de esa naturaleza.

Aquellas dos contradicciones nos llevaron a la siguiente reflexión: debíamos rescatar la idea democrática como componente fundamental de un proyecto de cambio social y de cualquier sociedad que emerja de nuestras luchas que, si no es democrática, tampoco va a ser socialista. Pero además, concluimos en la necesidad de revalorizar también la democracia que existe hoy, dejando de sostener una concepción instrumental de la democracia, que es buena o mala es determinado en todo caso es burguesa, falsa y mascarada, pro de la explotación capitalista. Y esta democracia, en las condiciones actuales de la sociedad capitalista que conocemos, debe ser vista como un proceso, como una tensión permanente entre aquellos sectores que dentro de su marco quieren estar mejor y aquellos otros que pugnan por dilatarlos. Esta es una contradicción permanente que enfrenta a sectores sociales con concepciones diferentes no sólo en lo político, sino en la lucha por la distribución del ingreso.

Esta óptica para ver la democracia ahora y la democracia después, tenía que conducirnos inevitablemente a una crítica muy profunda del modelo soviético. Resultó que descubrimos que el rey estaba desnudo, que no era una sociedad democrática y que todo lo que parecía ser una forma superior de democracia, era una sociedad autoritaria, despótica, autoritaria, ninguna de cuyas características en el plano de las instituciones políticas podía corresponder al ideal socialista. Era los años 1968 y 1969 y finalmente era evidente que las relaciones entre la URSS y los países de su esfera de influencia no eran las relaciones supuestas de países iguales entre sí, sino la de un centro imperialista.

Toda esa discusión fue acompañada por otro sobre el partido mismo. Nosotros hicimos la experiencia de un partido leninista. Luchamos, a lo largo de los 16 años de vida del MAS, de algún modo contra nosotros mismos. Porque el modelo leninista es muy cómodo para los jefes: se limitan las discusiones por vía disciplinaria y, así, se gobierna el partido con una gran tranquilidad. Nosotros nos empeñamos justamente en quebrar ese modelo leninista, quebrar el verticalismo, asegurar los derechos democráticos de las posiciones minoritarias dentro del partido, favorecer el debate democrático interno.

No ha sido un camino fácil. Ha sido un camino lleno de contradicciones de avances y retrocesos. Y a mitad de ese camino hubo un momento en que recamos en nuevas prácticas leninistas. En el momento en que legalizamos estatutariamente las tendencias legalizadas, en realidad, fracciones internas, pequeños partidos dentro del partido, con políticas, disciplinas y finanzas propias. Eso era el MAS en 1978. Entonces fue que hicimos la apues-

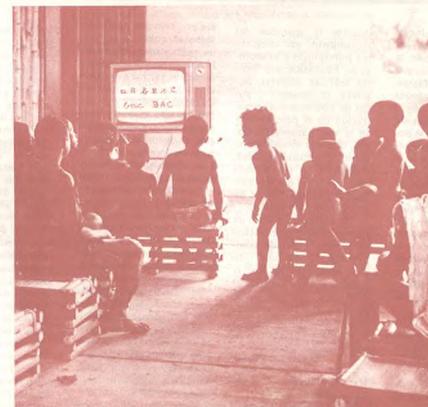


ta de haber hecho esas fracciones y confiar en que en el curso de la confrontación democrática fueran avanzando de la condición de "partidos dentro del partido" hacia la de corrientes de opinión, para finalmente disolverse y reconstituir otras. Y eso es lo que pasó. No se cumplió lo que el modelo político venezolano creía en 1985, cuando se reunió la última convención del MAS, que nos desintegráramos. Por primera vez aplicamos la regla de la representación proporcional. Los resultados de la convención dimensionaron a cada quien y cada fracción apareció con la fuerza que realmente tenía. Luego, vino la etapa de la disolución de esas fracciones y el reacomodo interno. En ese contexto el debate sobre la candidatura presidencial, que aparecía como dilemático y había prever un nuevo reacomodo interno, no ha creado prácticamente nuevas corrientes porque hay consenso en torno a esa candidatura. En síntesis, asumimos la democracia como el paso de nuestra actuación dentro de la sociedad, lo cual significa, entre otras cosas, asumir también una táctica reformista, gradualista, la comprensión de que nuestra política en una sociedad democrática no

puede formularse en los términos del actual al Palacio de Invierno. Es un largo camino a través de las instituciones para el desarrollo de una fuerza, para la acumulación de fuerzas, no con vistas a la "gran madrugada roja" sino para ensanchar nuestra presencia en las instituciones, participar de las contingencias de la vida política y plantearnos una perspectiva de acceso electoral al gobierno. Además, no formamos parte de ninguna internacional vinculada al movimiento comunista. No dependemos de ningún Vaticano comunista —ni Moscú, ni Pekín, ni La Habana— y somos independientes de todo centro de poder mundial porque tenemos una definición nacional.

¿Cómo opera el fenómeno del bipartidismo en Venezuela, toda vez que AD y COPEI se reparten prácticamente la totalidad del poder? ¿Cuál es el perfil que ustedes explotan y qué espacio ocupan en el contexto de esa bipolaridad partidaria?

Al MAS le tocó actuar electoralmente por primera vez justamente en la elección en que el fenómeno del bipartidismo hizo irrupción. En 1973, entre AD y COPEI



comparon más del 80 por ciento de los votos para la presidencia y más del 70 % de los votos para las Cámaras. En las elecciones de 1978 y 1983, ese fenómeno se acentuó aún más: en la última elección, el 93 % de los votos se repartieron entre los candidatos adcos y copeyanos. De modo que nos tocó actuar coincidentemente con el esplendor del bipartidismo y nos hemos desenvuelto en ese marco a través de los 16 años de nuestra vida.

Durante ese periodo, el bipartidismo liquidó a todas las formaciones políticas venezolanas, incluidos viejos partidos de centro y centroizquierda que cesaron incluso como denominación electoral. Desde entonces, la izquierda vive prácticamente pulverizada: venía de la práctica derrota de los 60, pero aun en los 70 el impulso, la gloria de la lucha armada perduraba y había muchas organizaciones que se movían. Sin embargo, a fines de los años 70 la izquierda está reducida a polvo y sólo el MAS, constituido en tercer polo político del país, logró resistir la trituradora y, aunque no ha crecido electoralmente, ha mantenido una influencia electoral del 6 % a lo largo de tres procesos electorales.

¿Cómo ha hecho a lo largo de estos 30 años para preservar la estabilidad democrática? ¿Cómo han resuelto el problema de los militares?

Es un proceso largo que, a mi juicio, encierra una parte de la explicación en lo que considero la inteligencia de las élites políticas y sociales del país para entender cuáles con sus intereses fundamentales. Manera que, una vez caída la dictadura, el primer gobierno se constituyó sobre la base de un pacto social y político. Los políticos lo proponen a los sectores económicos la democracia y si aceptan la democracia se promoverá desde el gobierno los intereses de esos sectores, la promoción del desarrollo capitalista del país, en fin, una política reformista cuya primera acción fue la reforma agraria, que no fue una medida revolucionaria pero alivó enormemente la presión campesina. Así se transformó el campo venezolano, cuyos sectores más dinámicos se desarrollaron de modo capitalista. Luego, el período de sustitución eufórica de las importaciones produjo un desarrollo industrial mediano, un fortalecimiento de la burguesía y de la clase media que además encontró en los precios petroleros puntos de apoyo para sus propias fuerzas. En ese contexto, el ejército fue metido en cintura. Pero yo creo también que el peso de la ideología es muy importante y hay que reconocer que los partidos políticos venezolanos han tenido una praxis democrática de 30 años, afirmando que la democracia es el sistema en el cual queremos vivir. Sin embargo, esos gobiernos apelaron también, en el caso del ejército, a la corrupción, a privilegios. Esa combinación de praxis democrática y privilegios domesticó al ejército. Claro que hubo un factor que influyó mucho y es que en los 60 Betancur y su sucesor, Leoni, encontraron en nuestra insurrección el cemento que les permitió cohesionar a la burguesía, la Iglesia y el ejército en torno a ellos. Y es interesante ver cómo, después de la insurrección y la derrota, la reconciliación fue fácil. Porque en Venezuela no hubo "pases de factura". Ni los vencidos salieron a cobrarles cuentas a los torturadores que andaban por allí, ni los del otro bando a nosotros. Claro que en Venezuela no hubo los horrores que hubo en Argentina. No hubo "guerra sucia", hubo excesos. Pero del otro bando tampoco salieron a cobrarlos cuentas a los que quedamos vivos. Es un proceso que tiene que ver con la venezolanidad.

Otra vez las clases

Miguel Angel Garcia

El libro de Sylos Labini Ensayos sobre las clases sociales es el punto de partida para una polémica reflexión sobre las clases en un momento en que la historia no parece ser la historia de la lucha de clases, en un sentido físico e inmediatamente perceptible a los sentidos, sino una historia de una humanidad compleja y contradictoria en donde la base social ya no coincide automáticamente con el programa de acción, ni éste con la identidad política.

1. La interpretación de la historia moderna como resultado de la lucha de clases es equivocada: la "ley de movimiento" de la sociedad sería el proceso de democratización, polarizado entre "libertad" e "igualdad".
2. La división de la sociedad en el plano de la sociedad civil tendería a ser sustituida por una división vertical entre "clase política" y ciudadanos ("mandatados" o "mandatarios"). Los datos por Europa y se considera la característica distintiva de la Unión Soviética.
3. La división en clases tiende a desaparecer como consecuencia del desarrollo tecnológico: primero desaparecieron los campesinos, y ahora los obreros. La sociedad resultante es solo una gran "clase media".

La respuesta del marxismo ortodoxo

La crítica más seria a las tesis del *Saggio* de 1974 fue el libro de Livio Maitan *Dinamica delle classi sociali in Italia* (La Saca, Roma, 1978). Maitan cuestiona la inclusión de los empleados en la clase media, y demuestra estadísticamente que, si los empleados eran considerados (en cuanto asalariados) parte de la clase obrera, las conclusiones de Labini se inventarían por completo: crecía fuertemente la clase obrera, y se reducía la clase media. Sylos Labini responde a dicha crítica en la introducción de su nuevo libro en un doble nivel: reconoce que su clasificación "tiene un margen no pequeño de discrecionalidad y por lo tanto de arbitrariedad"; y defiende la inclusión de los empleados en la clase media recordando que ha considerado "no solo las condiciones propiamente económicas, sino también las culturales". Sostiene que, desde este punto de vista, "...aún los empleados de nivel modesto deben ser considerados distintos de los obreros".

La respuesta es débil, tratándose del principal pilar demostrativo del *Saggio*: siendo los empleados la única categoría social en fuerte crecimiento en el período considerado, su inclusión en una clase o en la otra es decisiva para la tesis que se quiere demostrar, y no un margen de arbitrariedad residual? En cuanto a la dimensión cultural introducida da la impresión de ser un argumento simplista, y en el problema planteado por Labini, es "anticomunista" de Sylos Labini mismo. En la sociedad contemporánea no parece subsistir la división vertical entre empleados y obreros, en los mismos niveles de distribución; esta es precisamente una de las razones que hacen necesario el problema planteado por Labini: las clases sociales. En los países europeos, el problema de las clases sociales constituye esencialmente una herencia de la época feudal, y que las diferencias de clase tienden progresivamente a desaparecer. (Introducción, p. XI).

c) el "sur del mundo" puede ser dividido desde este punto de vista en dos grandes áreas: América Latina, cuya cuestión de las clases sociales, como en Europa, de una herencia feudal, en este caso transplantada por los colonizadores; y el medio Afrosiaticó, donde se presencian cuestiones tribales étnicas y culturales más reducidas a una dinámica de lucha de clases en el sentido occidental-marxista.

su propia tesis, o sea la validez de la lucha de clases como clave de interpretación de la dinámica social. Desde un punto de vista marxista ortodoxo virtualmente todos los partidos políticos existentes en el mundo deben ser considerados "interclassistas", esto es otra manera de decir que se plantea una cuestión que trasciende a la composición social del electorado o del activismo de los partidos y su comportamiento político.⁸

Si se mantiene la cuestión del plano en el cual la ponen (con innumerables resbalones hacia el plano que acabamos de mencionar en el párrafo precedente) Labini y Maitan, o sea la existencia o no de una tendencia hacia la polarización de la sociedad entre proletarios y burgueses, se llega a resultados paradójicos: aunque Maitan parece estar en lo cierto (sustituyendo el concepto proletario = obrero industrial por el concepto proletario = asalariado) no avanza un paso hacia la demostración de que, sobre esta base, es posible desarrollar un bloque político "de clase" capaz de asumir la hegemonía sobre el Estado, remodelarlo, y transformar la sociedad en el sentido previsto y preconizado por los marxistas. Su objeción basta para quitar validez al aparato estadístico de Labini, pero no es suficiente para demostrar que la crítica de éste a la interpretación marxista de la historia carece de fundamento; es puramente negativa. Lo mismo sucede a Labini: su fragilidad estadística no le impide verificar que la teoría social marxista no funciona; pero es un obstáculo formidable a la propia tesis de democratización progresiva y de paulatina superación de la división en clases de la sociedad moderna, por absorción en una industria "clase media". También su tesis tiene un valor puramente negativo.

Recogiendo el guante

Sylos Labini propone reflexionar sobre lo que llama "las tendencias características que se manifiestan en el seno de la sociedad"; como base racional para la acción política. Es posible concretar en que se trata de un terreno estimulante para el pensamiento social, probablemente el mayor desafío que el mundo de hoy presenta a la razón. No es posible ignorar que el enfoque clásico marxista encuentra dificultades insuperables para explicar la dinámica social; es casi inútil en la Urrs (salvo que se considere que en dicho país se ha superado la lucha de clases y se ha entrado en el "reino de la libertad"), existe en Estados Unidos un tal aparato de excepciones y de mediaciones que vuelve la teoría algo parecido a la astronomía pre-colombiana; y en la misma Europa se encuentra siempre más frecuentemente en contraste con la realidad.

El interés de tantos estudiosos de la sociedad en el modelo teórico marxista no se explica por un simple apego dogmático a la tradición; el marxismo propone un cuerpo teórico que unifica la totalidad de los fenómenos sociales, una especie de teoría de la relatividad general de las ciencias sociales; ninguna de las teorías alternativas tiene estos alcances: todas ellas se presentan como segmentos de conocimiento de aplicación local y limitada. Apenas se trata de reconstruir un cuadro general a partir de estas teorías locales se encuentra un verdadero caos, producto de un vacío teórico, que el espezialismo a toda costa de las ciencias sociales modernas no hace otra cosa que esconder. El problema se presenta en forma práctica para aquellos partidos que intentan ser marxistas (genéricamente) fundar su propia acción sobre la racionalidad propia del marxismo. La acción política, por lo tanto, requiere de una teoría social unificada, o debe abandonar el todo cualquier pretensión racional, y fundar su propia unidad sobre elementos puramente ideológicos.

Si a Sylos Labini no es posible responder en el modo simple reivindicación polémica del marxismo ortodoxo (como hizo Maitan); tampoco es posible aceptar sus propias sugerencias teóricas, en el mejor de los casos muy por debajo de lo que haría falta. Es hora de comenzar a poner moñones en este terreno de la teoría general de la sociedad, aunque sea a partir de las propias perplejidades y cuestiones no resueltas. Si aventurarse en este terreno es una imprudencia, no será peor que otras que hemos cometido en el pasado, ni más grave en sus consecuencias que la navegación de cabotaje a la que nos hemos reducido en los últimos años.

Saltando en el vacío

En las sociedades modernas (y en todas las sociedades, superado un cierto nivel de desarrollo, por lo que puede observarse) ha desaparecido o tiende a desaparecer del todo el mundo campesino, con su entera constelación de

Christián Buchrucker
Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la era de la guerra mundial (1927-1955). Buenos Aires, Editorial Sudamericana, Colección Historia y Cultura dirigida por Luis A. Romero, 1987, 410 pp.

La década del treinta sobrevive como un desafío historiográfico en el que los argentinos siguen hablando unas problemáticas estimulantes pero también buscando las claves de desgracias nacionales posteriores. El nacionalismo autoritario consumió en esos años un movimiento consistente en cuyo desentrañamiento el libro de Buchrucker interviene con una conspicua pretensión documental y un expresivo encuadre teórico. Y si recordo este período y este fenómeno político intelectual dentro de un libro que incluye asimismo una lectura del feojismo y del peronismo, es porque creo que puede ser leído como una conspiciosa pretensión documental y un expresivo encuadre teórico. Y si recordo este período y este fenómeno político intelectual dentro de un libro que incluye asimismo una lectura del feojismo y del peronismo, es porque creo que puede ser leído como una conspiciosa pretensión documental y un expresivo encuadre teórico.

Richard Gillespie
Soldados de Perón. Los Monterones

Buenos Aires, Grijalbo, 1987

Leer un libro de historia es un ejercicio de la imaginación con el fin de recrear épocas, momentos y personajes. En este caso la mente deberíamos preguntarnos si la guerra de Malvinas y la lucha antiterrorista hoy en el seno de la sociedad militar — pero no solamente — de ese momento, y no sólo de los avatares de una organización. Gillespie va mucho más lejos de la simple crónica de combates y violencias; con temática objetividad, superando la dificultad de entender "desde fuera" la realidad argentina, va señalando motivos, causas y críticas al fenómeno violento. Armó la estructura de su estudio remontándose a las luchas civiles del siglo XIX, pasando por el proyecto del 80 y refiriéndose a los antecedentes inmediatos de los acontecimientos de los Monterones. Se concentró en los actores principales de aquellos años, Perón y sus teorías sobre el socialismo nacional y

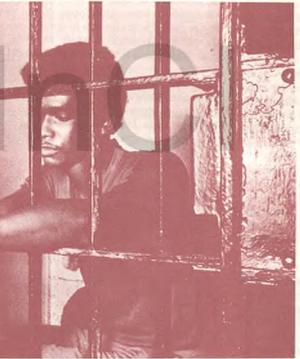
lectum del libro del inglés Richard Gillespie es un desgarante ejercicio de la razón y la memoria que implica remover inconsistentes olvidos, negaciones y miedos. Esta lúcida crónica de Gillespie es uno de los pocos estudios que se han hecho sobre el período de la lucha armada de los años setenta en la Argentina; en general, consiente o inconscientemente se prefiere "no tocar el tema". Sin embargo, la salud mental del pueblo argentino y el proceso democratizador de la vida política del país necesitan analizar este período crucial de nuestro pasado reciente. En el prólogo, Félix Luna califica a ese momento como "la historia de una locura" teñida de sinceridad, sectarismo, violencia y sangre. Saldar de tal modo diez años de vida política nacional, donde el

Manuel Azárate
La izquierda europea
Madrid, El País, 1986

no resulta exagerado formular la actual encrucijada en la que se encuentra la izquierda en los siguientes términos: o la izquierda accierte a convertirse en europea, adquiriendo una dimensión supranacional en su pensamiento y en su capacidad de acción, o deja de ser izquierda en la práctica.

M.A.
Los tránsitos del trabajo: crítico, desenvolvimiento de oposición, suelen constituirse en puntos de referencias del desarrollo del objeto que cuestionan. Siempre es posible situar este o aquel cuerpo de reflexiones a partir de la crítica que recibe, en tanto ésta misma es índice del grado de evolución o la reserva cualitativa de los textos que interpela. Tal vez

mite al autor a ensayar un retorno a la historia de la izquierda europea: un desandar que reborda la cronología, donde se reconocen formas y desvíos, tachaduras y desiertos, resacaes y miserias. Nombramos un sitio de arribo y estamos diciendo "europeización de la izquierda", o deja de ser izquierda en la práctica. M.A. Los tránsitos del trabajo: crítico, desenvolvimiento de oposición, suelen constituirse en puntos de referencias del desarrollo del objeto que cuestionan. Siempre es posible situar este o aquel cuerpo de reflexiones a partir de la crítica que recibe, en tanto ésta misma es índice del grado de evolución o la reserva cualitativa de los textos que interpela. Tal vez



sea por esto que desde una sociedad como la argentina, raída y desdibujada políticamente, tomar contacto con la crítica que desde la intelectualidad marxista (Manuel Azárate y su libro, en este caso) recibe la izquierda orgánica europea, es encontrarse con un universo lejano pero inhabitual. Posiblemente descuidemos algunos elementos al relatar esta primera impresión que nos conduce a la comparación, pero bien vale el riesgo como forma de evaluar experiencias. Evaluar experiencias y desatar el deseo, confesamos: sólo queremos decir: bien quisierámos tener una izquierda de este tipo. Así este despeje de la subjetividad no es más que el prefaceo ineludible a un debate que nos pertenece a la distancia, pero que aquí, por ausencia de actores, lo sabemos utópico.

Un punto de llegada re-clarobrar una oferta que

supera la coyuntura. El trabajo al que referimos es prueba de esto; Marx no es Keynes, la crisis de éste no es la nuestra, parece decir Azárate.

Quien escribe *La izquierda europea* se reconoce explícito deudor de los textos gramscianos, de los de Rosa Luxemburg, y leído desde el autor como réplica internacionalista al objetivo proceso de transnacionalización capitalista, y que sin embargo encierra una paradoja: la izquierda parece recobrar puntos esenciales de su universo conceptual (por ejemplo el internacionalismo) sólo en la medida en que la fuerza de las cosas la acomete, un recuperador que deja ver, en tanto ésta misma es índice del grado de evolución o la reserva cualitativa de los textos que interpela. Tal vez

supera la coyuntura. El trabajo al que referimos es prueba de esto; Marx no es Keynes, la crisis de éste no es la nuestra, parece decir Azárate. Quien escribe *La izquierda europea* se reconoce explícito deudor de los textos gramscianos, de los de Rosa Luxemburg, y leído desde el autor como réplica internacionalista al objetivo proceso de transnacionalización capitalista, y que sin embargo encierra una paradoja: la izquierda parece recobrar puntos esenciales de su universo conceptual (por ejemplo el internacionalismo) sólo en la medida en que la fuerza de las cosas la acomete, un recuperador que deja ver, en tanto ésta misma es índice del grado de evolución o la reserva cualitativa de los textos que interpela. Tal vez

estado asistencial; intervale por cierto más amplio que el de la derecha, propiamente arropada en fervores sociales y animadose a cierta terminología con la contradicción hecha estilo: una "revolución conservadora" que se ha quedado en lo conservador; un "capitalismo popular" hasta hoy más capitalista que popular. Este desarme del asistencialismo estatal abre al conjunto de la izquierda, en tanto no la saca de un punto crítico, un sitio de reformulación desde el cual podrá diferenciarse su programación a largo plazo, su proyecto de propuestas sociales, Azárate reclama la construcción de "una nueva racionalidad contra el fanatismo religioso" a la forma de un programa socialista del conocimiento científico como herramienta insustituible para la conjunción teórico-práctica.

Javier Franzé

A veinte años de la muerte del Che

La sed de absoluto

José Aricó

En ocasión del vigésimo aniversario de su muerte, *Rinascita*, semanario del Partido Comunista Italiano, pidió a dos de nuestros directores algunas breves y puntuales reflexiones sobre el Che en cuanto argentino y sobre la repercusión de su muerte en un grupo de intelectuales de izquierda. No obstante las características de las notas, creímos conveniente publicarlas como un homenaje al revolucionario caído, aunque expresan apreciaciones personales sobre algunos perfiles de una figura política y moral que reclama una visión más total. Es lo que intentaremos hacer en números sucesivos.

Cómo recuerdo ese funesto día de octubre? Con tristeza, con profunda tristeza y desasosiego. Ni siquiera indignación, posido como estaba por la certeza de que se cumplía un hecho inevitable, una muerte anunciada. Los diarios lo atestiguan y aunque el gesto instintivo de negar lo irreparable intentaba introducir alguna duda, sabía que era verdad, que no podía ser de otro modo. El Che sólo podía terminar sus días así, en algún lugar de América peleando hasta el final por lo que creía justo. Esa era la dirección que impuso a su vida y no podía admitir ninguna otra; quiso ser el símbolo de un espíritu que no debía consumirse y lo logró, porque no le estaba permitido ser distinto.

Esto yo lo sabía: lo sabía desde el momento en que una ardiente noche de julio de 1965 lo conocí en el Ministerio de Industrias y hablé largas horas con él. Ya se había extinguido la guerrilla de Masetti y con ella la creencia en nosotros —el pequeño grupo de intelectuales que animó en Córdoba la experiencia de Pasado y Presente— de que la guerrilla rural podía ser en el país una perspectiva de lucha válida. No creo que ninguno de los argumentos que esa noche utilicé hicieran mella en sus convicciones. Ni la situación del país, ni el carácter de sus formaciones políticas, ni el profundo distanciamiento entre una juventud radicalizada y un movimiento obrero que buscaba en el acuerdo con los militares golpistas una salida de fuerza que derrumbara el gobierno civil del presidente Illia, ni las lecciones a extraer de una guerrilla que desconocía hasta el extremo de lo farsesco la realidad de un país complejo, diferenciado, contradictorio como era y sigue siendo el nuestro, nada de todo esto podía decidirse a modificar una postura que no necesitaba de los hechos para validarse. Para el Che, el fracaso del comandante Segundo —nombre de combate que adoptó Masetti tal vez para indicarnos que no era sino el Adelantado de él mismo— era simplemente una batalla perdida, pero tenía que haber otras para que las cosas pudieran ponerse en movimiento. Había que prepararse mejor para intentarlo de nuevo.

Confieso que no tuve valor para desmentirlo; mis objeciones no tenían fuerza alguna para corroer la coraza de una postura que ponía en la balanza, frente a la rigidez de lo inerte, el peso vivo y deslumbrante de una voluntad revolucionaria a toda prueba. Desde ese momento supe que nada lo detendría y que seguiría en su camino hasta el final. Es cierto que yo no tenía nada que oponerle, salvo la admisión de nuestra debilidad. No teníamos detrás ni una fuerza política con gravitación propia, ni un movimiento social que protegiera nuestra acción. De la derrota de la empresa de Masetti sólo quedaban despojos y había que recomenzar desde abajo una tarea que no podía reconocer un final ni tener el signo que pretendía imponerle. Se comprenderá que no era ésta una alternativa que sedujera a un luchador posido por la sed de absoluto como era el Che.

Desde ese momento nuestros caminos se bifurcaron. Nuestro grupo siguió con emoción y simpatía su combate contra los molinos de viento: el cuestionamiento de las formas burocráti-



cas de gestión de la economía cubana, sus esfuerzos por dilatar los estímulos morales en una sociedad que daba muestras de agotamiento en su lucha contra el cerco, su combate contra el tratamiento poco solidario de los países socialistas con los pueblos del Tercer Mundo, la búsqueda de la unidad americana para resistir las presiones del imperialismo, su renunciamiento cubano, su recorrido por el mundo portando el verbo de la revolución. Leíamos sus escritos y los difundíamos porque reconocíamos en él una voz que

rehusaba plegarse al realismo político de quienes se someten a lo que ni siquiera pretenden cambiar. No creíamos que su camino fuera el nuestro, pero las cosas por las que luchaba sí lo eran. No fue un maestro, fue un símbolo, un ejemplo moral en el que muchos nos reconocíamos no importa cuál fuera el juicio que sus países nos merecieran.

Su muerte significó la caída de algo más que una ilusión. En esos momentos la sentimos como el fin de una época. Con el Che se cerraba un capítulo de una

historia que no estábamos en condiciones de pensar de qué modo habría de proseguir. Después vinieron los años de las nuevas esperanzas, el mayo francés, las luchas obreras, la revolución cultural china, el cordobazo, la violencia armada y el terror. El terror de una dictadura militar que se propuso aniquilar sin piedad todo aquello que el ejemplo del Che contribuyó tal vez como ningún otro a que madurara en el país. Su muerte nos lo preanunció sin que lográramos verlo. Nos dijo muchas cosas que debería habernos obligado a reflexionar más sobre el sentido, la naturaleza y los caminos de una efectiva lucha por la transformación social. Pero no pudimos hacerlo, porque admitir el duro umbral de lo real era vivido por nosotros como una forma de traicionar su ejemplo. Preferimos cambiar la realidad por nuestros deseos, fantasear con los ojos abiertos en lugar de asumir la responsabilidad cívica y moral que cargan sobre sus espaldas aquellos que insisten en pensar que lo que existe no puede ser verdad.

No creo que nuestras buenas intenciones justifiquen los errores que cometimos, pero ¡guay! del que pretenda salvar su alma impiéndose a sí mismo actuar para no cometer yerros. Las verdades se modifican, decía Sartre, y lo único que importa es el camino que conduce a ellas, el trabajo que se hace sobre sí y con los otros para llegar a ellas. La lección que debemos extraer del Che no puede ser hoy la insistencia en el error, sino el valor de la corrección, de la incesante y permanente corrección. Las cosas por las que él combatió siguen en pie y reclaman seguidores; sigue siendo una tarea por la que nos sentimos obligados a luchar la búsqueda de una nueva forma de construir la vida asociada de los hombres. No hemos cambiado nuestras convicciones; pero no estamos a la altura de las demandas del presente si nos negáramos a admitir lo que la propia sociedad crea de nuevo y erosiona nuestras certezas.

Mientras escribo estas líneas acuden a mi memoria las palabras con las que un viejo revolucionario ruso, Herzen, trataba de explicarle a su amigo Bakunin las razones de sus diferencias: "Tú te lanzas hacia adelante como antes, con la pasión de la destrucción, derrumbando los obstáculos y respetando a la historia sólo en el porvenir. Yo no creo en los caminos revolucionarios de una época y me esfuerzo por comprender el paso humano en el pasado y en el presente, para saber cómo caminar junto a él, sin quedarme atrás ni correr hacia adelante, hacia un lugar donde los hombres no me seguirán, no pueden seguirme".

No fue poco el coraje y la independencia de criterio que necesitó Herzen para pronunciar estas palabras en un ambiente que le era adverso. Tampoco es fácil decir las en el presente frente a una izquierda que se resiste a extraer las lecciones de los hechos y a un medio que se burla de nuestras convicciones. Pero a veinte años de la muerte de un hombre que fue maestro, y que legó a un mundo increíble el sacrificio de una vida por ideales que siguen siendo los nuestros, cometeríamos una grave falta a su memoria si no fuéramos capaces de hablar claro.